

CRISTIANDAD

Nº 738-739
Año XLIX
NOV.-DICBRE. 1992

ADMINISTRACION
Durán i Bas, 9, 2º - Tel. 317 47 33
08002 BARCELONA
Director: Fernando Serrano
Imprime: Gráficas Fomento, S.A.
Peligro, 8. Barcelona
Depósito Legal: B-15860-58

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



SUMARIO

PRO CHRISTO LEGATIONE FUNGIMUR.
Editorial

Carta de Pío PP. X al venerable Hermano José, Obispo de Vic

Fragmentos de la Pastoral
DIOS Y EL CÉSAR del Dr. Torras i Bages

TORRAS I BAGES: MUY DENTRO DEL CORAZÓN DE JESÚS
Gerardo Manresa Presas

MARÍA, MADRE DE CATALUÑA
Antonio Prevosti Monclús

EL VENERABLE TORRAS I BAGES, APOSTOL DE SAN JOSE
Francisco Canals Vidal

EL TOMISMO EN EL PENSAMIENTO DE TORRAS I BAGES
Eudaldo Forment

Fragmentos de las pastorales del Dr. Torras i Bages:
**LA SAVIDURIA DELS HUMILS
LA CONFESSIÓ DE LA FE**

TORRAS I BAGES TEÓLOGO DE LA HISTORIA
José Javier Echave Sustaeta

EL CARDENAL VIVES I TUTÓ, VISTO POR EL DR. TORRAS I BAGES
Fr. Valentí Serra de Manresa

EL DR. TORRAS I BAGES Y LA MÚSICA
Hug Banyeres Baltasà

LA SEMANA TRÁGICA A LA LUZ DEL OBISPO DE VIC
José Vives Surià

LA ACCIÓN DE TORRAS I BAGES, INCULTURACIÓN DE LA FE CATÓLICA EN CATALUÑA
F.C.V.

LOS CONGRESOS EUCARÍSTICOS INTERACIONALES
José M. Alsina Roca

PRO CHRISTO LEGATIONE FUNGIMUR

«En nombre de Cristo somos embajadores, pues Dios os exhorta por medio de nosotros». Las palabras del Apóstol Pablo a los Corintios, que definen la misión apostólica, las tomó Torras i Bages, «el obispo de santa memoria», como su lema en el comienzo de su pontificado en Vic.

Declarado recientemente «Venerable», es decir, declarada la heroicidad de sus virtudes y aprobados sus escritos, podemos ver en aquellas palabras la caracterización de su vida y de su tarea. Ya en vida suya fue reconocido por el Santo Pontífice Pío X como «Obispo cual lo describe el Apóstol».

Siempre reconocido como lo que llamaríamos hoy un eminente y excepcionalmente eficaz «inculturador» de la fe católica en la vida contemporánea, podemos hoy, si lo leemos con atención, en su integridad y autenticidad, contemplar en él las características ejemplares de una misión de obispo, de sucesor de los apóstoles de Cristo.

De él escribió el P. Ignacio Casanovas que no es posible leer sus escritos sin sentir lo cálido y confortante de algo sagrado, por el espíritu sobrenatural que circula en ellos, y con aquel tono que participa de la enseñanza de Jesús porque habla «como quien tiene potestad». El santo obispo de Vic es, por lo mismo, hoy, mensajero vivo de la perennidad, en creciente y luminoso desarrollo, de la enseñanza católica.

El Cardenal Vives i Tutó, al prologar la traducción castellana de sus escritos, aludía «al Sagrado Corazón de Jesús, a María Inmaculada y a San José, a quienes tanto había glorificado con sus escritos». Podríamos añadir su ardiente amor a la autoridad del Papa, «director espiritual de la humanidad».

En verdad Torras i Bages fue un continuador excelso de las

corrientes espirituales surgidas durante el pontificado de Pío IX, y que se habían acrecentado y profundizado en los años de León XIII hasta culminar en la consagración del Universo al Sagrado Corazón de Jesús.

Del P. Enrique Ramière, el gran apóstol del Reinado del Sagrado Corazón, dijo el santo obispo de Vic que sus obras están «henchidas siempre de caridad ardiente, y luminosas por el singular conocimiento de las necesidades espirituales de nuestra época».

Torras i Bages, por su iluminadora atención a la vida humana, a la sociedad y a la cultura, a la historia y al arte, por su visión tan «encarnacionista» de la obra divina de la salvación, frecuentemente ha sido calificado como clarividente precursor del Concilio Vaticano II.

Después de la aparición reciente del nuevo Catecismo de la Iglesia católica, aquel juicio toma un nuevo valor también en un decisivo aspecto: en Torras i Bages brilla un espíritu de fidelidad y de unidad; de fidelidad al dogma y al magisterio de la Iglesia, y de exigencia de unión entre la naturaleza y la gracia, entre lo humano y lo divino, cuya separación «fue objeto predilecto del liberalismo y sus progenitores». Viene a ser ejemplo vivo para nosotros de aquello que Pablo VI advirtió pocas semanas después de clausurado el Concilio Vaticano II: La Iglesia, al aplicar y desarrollar la doctrina con atención a los problemas de nuestros días, no deroga, antes reafirma, la totalidad de su dogmática y de su doctrina.

En Torras i Bages resplandece inequívocamente la perennidad y universalidad de la fe católica. De él podría decirse lo que proclamó San Paciano: «cristiano es mi nombre, y es católico mi apellido». Consecuente con su tarea de penetración integradora de la gracia en la sociedad humana, aquella actitud le hace decir, pensando en Cataluña, que el catalanismo «nunca debe separarse del catolicismo», y hablando de España: «el catolicismo es el fundamento más hondo de nuestra nacionalidad, y el eje sobre el que gira toda nuestra vida social. De manera que el Papa es un elemento más intrínseco y más esencial a la sociedad española que cualquier institución o forma política».

NOTA: El santo obispo de Vic, el Dr. Josep Torras i Bages escribió la mayor parte de su obra —no toda— en catalán. Una buena parte de la misma fue traducida al castellano, precisamente por iniciativa de su amigo el gran hombre de gobierno de la Iglesia el cardenal Vives i Tutó. En los abundantes textos del Dr. Torras i Bages citados en este número monográfico dedicado a su magisterio, cuando había la posibilidad de elección de uno de los dos idiomas, hemos respetado el que ha elegido el autor del respectivo artículo. *¡plura ut unum!* Por otra parte, la ortografía catalana usada por el gran escritor no coincide con la que es ahora oficial y habitual.

AL VENERABLE HERMANO
JOSÉ, OBISPO DE VICH

PÍO PP. X

VENERABLE HERMANO
Salud y Bendición Apostólica

En medio de las amarguras que Nos apenan cada día más por los males que afligen y por los que amenazan a la Iglesia católica, en la nación española, Nos ha servido ciertamente de gran consuelo la Carta pastoral que poco ha dirigiste al pueblo. Realmente en ella te muestras el Obispo, cual lo describe el Apóstol, *adicto a las verdades de la fe según se le han enseñado a él, a fin de que sea capaz de instruir en la sana doctrina y redargüir a los que contradijeren*. Y en verdad que con sana doctrina y perfectamente acomodada a las circunstancias de la sociedad, has instruido al pueblo que se te confiara, exponiendo e ilustrando magníficamente los principios, según los cuales han de componer sus mutuos asuntos ambas potestades, la eclesiástica y la civil: y a los contradicentes no sólo les has redargüido brillantemente, sino que además has puesto al descubierto los ocultos planes que conciertan y has desvanecido y pulverizado los sofismas del falso *liberalismo*.

Cierto que los perjuicios causados a la fe católica, los cuales recuerdas con dolor, provienen, como de fuente principal, de que los que gobiernan la cosa pública se creen investidos de autoridad no ceñida por límite alguno, ni siquiera en las cosas que atañen a la religión. Cuán lejos sea esto de la verdad lo convence tu discurso de una manera terminante, cuando, fundado en aquella sentencia del Evangelio: *Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios*, demuestra que por el derecho natural y divino les han sido constituidos sus límites a los gobernantes, y que no les es lícito el resolver por sí solos, y sin que intervenga el consentimiento y autoridad del Jefe supremo de la Iglesia, aun aquellos asuntos que se llaman de materia mixta.

* * *

Esto que enseñaste, Venerable Hermano, clara y copiosamente, lo conceptuamos de tanta importancia en las circunstancias actuales, que quisiéramos fuese divulgado profusamente por toda España, porque abrigamos la confianza de que una vez los ánimos de los católicos estén bien penetrados de los puntos de la excelente doctrina expuestos en tu Carta, les suministrarán nuevos alientos para una vigilancia saludable y fructuosos trabajos. Y estos trabajos, salvo siempre el respeto debido a las justas leyes, han de ser ahora más enérgicos, ya que los males que de tiempo amenazan, han adquirido mayor gravedad y se vienen encima de los católicos. Para apartarlos, es menester que cuantos se precian de católicos en España estén unidos, formando un solo corazón y una alma sola, y observen con toda fidelidad las enseñanzas de la Sede Apostólica, a la cual han de estar firme y constantemente adheridos.

Sea prenda de las gracias divinas y testimonio de Nuestra benevolencia la Bendición Apostólica que enviamos a ti, Venerable Hermano, y a tu Clero y pueblo muy afectuosamente en el Señor.

Dado en San Pedro de Roma, día 1º de mayo de 1911, año octavo de Nuestro Pontificado.

PÍO PP. X

(Del BOLETÍN OFICIAL ECLESIASTICO del
Obispado de Vich, 11 de mayo de 1911)

**«DAD... A DIOS LO QUE ES DE DIOS»
Fragmentos de la pastoral «Dios y el César»**

Por la ley del contraste, los casos de opresión se encuentran lo mismo en los ambientes de la anarquía que en los de concentración de poder en las manos de unos cuantos, tanto en asambleas revolucionarias como en el poder unipersonal de imperios y de monarquías; por esto al hablar de Cesarismo no nos referimos a esta o aquella forma de gobierno, sino a todas, cuando quieren invadir el terreno de la vida religiosa, prescindiendo de la autoridad autónoma que a ésta regula.

En vez del gusto por el sistema de régimen autonómico de la sociedad, los enamorados de la grandiosidad de las formas sienten hoy predilección por la autocracia del Estado.

* * *

Nadie hay más libre que un cristiano, y hasta los enormes extravíos de la libertad, que nos ofrece la historia moderna, son aberraciones del ideal cristiano; y si el Cristianismo desapareciese de la tierra reaparecería la tiranía, el Cesarismo en toda su crudeza: como por boca de algunos vemos ya invocar cual *summum* de perfección social, de felicidad política, la supremacía de la potestad civil, *non plus ultra*, según ellos, en el régimen de la sociedad humana, infalible e impecable, en virtud de un derecho que resultaba ultradivino, pues no tiene quien le pueda exigir responsabilidad; al paso que el derecho divino entre los cristianos no hace impecables ni irresponsables a los que ejercen el poder, sino que, al revés, les impone una tremenda responsabilidad en el ejercicio del mismo. Los cristianos nunca admitirán aquel ya rancio principio del parlamentarismo moderno de que una mayoría pueda volver blanco lo negro, ni negro lo blanco, hacer justo lo injusto, e injusto lo justo.

* * *

«Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».

En conformidad con este principio de la limitación y de la responsabilidad del poder, bajo las maternales alas de la Iglesia se crió la sociedad europea, se formó la civilización de que aún disfrutamos, hasta que el Renacimiento trajo los gérmenes del Cesarismo redivivo, y con ellos la extinción de la libertad popular, y el establecimiento del absolutismo monárquico. Pero éste, a pesar de sus pretensiones y de la devoción que le profesaron hombres eminentes en toda especie de las humanas disciplinas, de sus magnificencias y de su poderío, no logró nunca alcanzar la ilimitación del poder delante de la influencia de los principios cristianos, sostenedores de la dignidad y de la libertad de la persona humana.

La clave que explica todas las persecuciones contra la vida cristiana, desde los emperadores romanos y los emperadores medioevales hasta los monarcas absolutos y las repúblicas de la Europa moderna, es ésta, la ilimitación del poder, o sea el absolutismo de la potestad civil, revistiéndose cada vez con el traje propio de la época respectiva.

* * *

En España los movimientos anticlericales son fuegos de artificio, suscitados *ad hoc*, para fines particulares de los partidos que turnan en el poder, y de los que esperan

suceder a los mismos en el gobierno de la nación.

Es, de consiguiente, el Catolicismo un elemento intrínseco y esencial en la constitución real y legal de la sociedad española, es el fundamento más hondo de nuestra nacionalidad, y el eje sobre el que gira nuestra legislación y toda nuestra vida social. De manera que el Papa es un elemento más intrínseco y más esencial de la sociedad española que cualquier otra institución o forma política, porque el catolicismo no es cuestión de forma, sino de fondo, pertenece al alma de la nación, y el alma no se separa hasta la muerte. Los fundamentos no pueden cambiarse, so pena de venirse abajo el edificio.

* * *

Por esto los enemigos del Catolicismo, que quisieran expelerlo de nuestra íntima constitución, van casi siempre denigrando la patria, suponiéndola la más infeliz de las naciones, y a nuestra historia una historia de ignominia; atribuyendo ellos todos los males a la Iglesia; ¡como si la Iglesia no fuera la madre de todas las naciones de Europa y América! y ¡como si España no ocupase un lugar eminente entre las pocas naciones que, en distintas épocas, han acaudillado el movimiento internacional de la civilización cosmopolita, y como si su espíritu y su lengua no fueran aún hoy predominantes en gran parte de los pueblos del mundo civilizado!

* * *

Dios es el que gobierna a los pueblos y a las naciones, y a todo el linaje humano; el César está en sus manos y es un instrumento de su poder, que en su omnipotencia maneja sin lesionar la libertad de los hombres, que, moviéndose al impulso de sus pasiones, ejecutan los inescrutables designios de la Providencia.

* * *

Porque, afortunadamente, en nuestros días ya no tiene partidarios aquella doctrina que algunos habían sostenido, de que el poder público era Señor de vida y muerte de los ciudadanos que tenía bajo su dominio, con el consiguiente derecho de disponer de ellos a su arbitrio; y, por lo tanto, la potestad legislativa hoy no puede considerarse omnipotente en sus facultades. Por lo cual, siendo el derecho interno, a que antes nos hemos referido, la ley de vida de los pueblos, el Gobierno no se puede considerar autorizado con una votación favorable de las Cortes a cambiar la vida, o a dar muerte a la sociedad que rige, cuya esencia y substancia no se formó en ningún parlamento, ni se decidió por una mayoría en una votación, sino que la formaron nuestros padres en una serie de generaciones, por medio de un sufragio universal muy reflexivo y deliberado, no con las palabras de su boca, sino con los hechos de su vida, amasados con la sangre de sus venas, que generosamente derramaron para que resultara una sociedad cristiana.

* * *

Sacando del mismo los fundamentos que le pusieron los que formaron la nación española, y esto por pequeñas pasiones, y más que todo por la hábil y perseverante maniobra de una secta que prosigue, hace más de un siglo, la empresa de quitar el carácter cristiano de la sociedad humana.

Y a los ciudadanos de un país libre el Gobierno no puede imponerles a su arbitrio la ley, sino regirles por la que tienen, por la que vive en sus conciencias, por la que está escrita en sus códigos, por la que anima sus costumbres. Y si existe en España

una ley nacional que abarque todo su territorio, que comprenda todas sus regiones, que se extienda a todas las clases sociales, que viva en todas las familias, una ley orgánica de la vida doméstica y pública, es indudablemente el Catolicismo, que constituye, de consiguiente, el vínculo más eficaz de la unidad nacional.

* * *

Para algunos, lo que en España hace falta es la impiedad, de manera que con ella se han de curar los males de nuestra patria. Así es que sólo por el evidente misterio de la rebeldía humana a la dulce sumisión divina, se explica; es preferible el socialismo materialista y ateo que acabe de devorar las masas populares, a la sobrenatural influencia del sacerdocio, que existe en la tierra, no para pretender el dominio temporal, sino para levantar almas por encima de las concupiscencias terrenas al deseo de las cosas celestiales.

* * *

La Potestad política; es porque ésta quiere eliminar la religión de la vida pública, es porque pretende abolir la práctica externa de la religión, y quisiera relegarla al espíritu interior de cada hombre; y el hombre es alma y cuerpo, y es social, y ha de exteriorizarse, y ha de manifestar en público sus creencias, y ha de obrar de conformidad con ellas para corresponder a aquella sentencia de Jesús: «Aquel que se avergonzare de confesarme a Mí delante de los hombres, Yo me avergonzaré de confesarle a él delante del Padre celestial».

* * *

La sentencia de Jesús: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», señala una limitación al poder civil que no puede traspasar, so pena de incurrir en lamentable abuso, pues si todo se atribuye a la potestad civil nada queda para el hombre, que es absorbido por la fuerza omnipotente de aquélla. El principio de Jesús queda destruido, si en la sociedad todo es del César y nada es de Dios.

* * *

Manteneos firmes en los buenos principios, que son eternos y propios de todos los tiempos y de todas las situaciones políticas y sociales, y cualesquiera que sean las circunstancias que sobrevengan, acordaos siempre de que la Verdad padece, pero no perece, y de que Jesús, Verbo de vida, es el único Salvador de los hombres, y el Papa su Vicario en la tierra.

* * *

Que Dios ilumine al Gobierno de Su Majestad, y que España continúe siendo, aun legalmente, una nación católica, ya que al dejar de serlo, resultaría una nación descalificada; pues dejaría de ser hija de sus padres, que crearon nuestras leyes, principios, sentimientos y costumbres, al maternal calor de la Iglesia católica, apostólica y romana.

† *José, Obispo de Vich, 19 de marzo, fiesta del Patriarca San José, de 1911*



Josep Torras i Bages nació en “Les Cabanyes”, a 3 Km. de Vilafranca del Penedés (Barcelona), el 12 de septiembre de 1846. Fue bautizado al día siguiente y confirmado a los siete años, recibiendo el mismo año la primera comunión. Estudió las primeras letras en dicha ciudad y vivió en un ambiente familiar y patriarcal, en un entorno eminentemente rural y agrícola. En 1857 comenzó el bachillerato en Barcelona, donde residió poco después protegido por el Canciller-secretario del obispado, el Dr. Salt, obteniendo un premio especial de la Diputación por sus calificaciones. Estudió Filosofía y Letras entre 1863 y 1865 alcanzando la más alta calificación. Fueron maestros suyos, entre otros, Milà i Fontanals, Llorens i Barba, Rubió i Ors. A los diecinueve años comenzó la carrera de Derecho, doctorándose en Derecho Civil y Canónico con Durán i Bas, Guillén i Tomás y Vergés i Mas. En 1869 se matricula de Teología Moral en el seminario de Barcelona y al año siguiente entra en el seminario de Vic, ordenándose sacerdote en 1871. Se traslada a Barcelona donde sigue estudiando y ejerciendo ministerios sacerdotales y tiene que huir al sur de Francia, por poco tiempo, al proclamarse la primera República.

Es consagrado Obispo en Montserrat el día 8 de octubre de 1899, entrando en su diócesis de Vic el día 14. Su muerte acaece el 7 de febrero de 1916, después de una enfermedad cristianamente asumida y con una muerte absolutamente lúcida y piadosa, ejerciendo de obispo hasta las últimas horas de su vida.



TORRAS I BAGES: MUY DENTRO DEL CORAZÓN DE JESÚS

GERARDO MANRESA PRESAS

EL MUNDO BUSCA LA SOLUCION DE SUS PROBLEMAS

En el año 1881, con ocasión de la solemnidad de la fiesta del Sagrado Corazón, se celebró en Tarragona un Certamen Nacional de composiciones literarias. La memoria presentada por Torras i Bages, en aquellos días sacerdote aún, fue premiada con la joya ofrecida por el Dr. Casañas, en aquellos días obispo de Urgel. Independientemente de la edición que se hizo de todas las obras galardonadas esta composición se hizo editar para el conocimiento de todo el pueblo cristiano, exaltación del Divino Corazón y propagación de su Reino.

Torres y Bages tituló esta memoria *«Influencia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en los tiempos modernos»*.

En la introducción de este documento está resumida la intención que persigue el autor.

«Dios y el hombre no pueden vivir separados, y aunque es cierto que el primero no necesita de los bienes del segundo, no obstante le ama y busca hacerle feliz; aun a pesar de sus continuas prevaricaciones, ni un instante le abandona, alumbrando su inteligencia y enciendando su voluntad, le suministra, en una palabra, toda su existencia, no exigiéndole, por su parte, más que docilidad y amor. Muchas veces el hombre con sus rebeldías ha puesto a prueba el amor de su Creador; mas sin duda que nunca en tan alto grado como en los tiempos actuales. A la unión que pretende Dios de sus criaturas, corresponde, no el divorcio singular de algunas de ellas, sino la separación, mejor dicho, el abandono ignominioso de estos conjuntos de las mismas que llamamos sociedades, las cuales abiertamente se han rebelado contra Aquel que habita en las alturas y se complace en gobernar con amorosa sabiduría. Dios ha sido echado de la sociedad».

(...)

«¿Podrá vivir separada de Él? No hay nadie de los que creen en Dios que no esté tan seguro

de su imposibilidad, como de que un árbol, arrancado de cuajo de la tierra, viva y prospere con las raíces al aire. Mas si el hombre tiene un fatal e inmenso poder para desprenderse de Dios, no lo tiene para buscarlo, por lo cual todo remedio ha de ser divino. Dios es el solo que puede curar a las sociedades, ostentando en estas maravillosas curaciones los mismos sublimes atributos que manifestó en su constitución; Él tan sólo conoce y domina su naturaleza, y, por lo tanto, a Él está reservada su curación. Y es indudable que la sociedad debe ser restaurada, pues si Dios la comenzó, Él ha de perfeccionarla y no dejar que se fustre, como se frustran las cosas humanas; ha de conducirla a feliz y magnífico término como en demostración de la gloria de su Hacedor».

(...)

«El mal de la sociedad no es otro que haberse separado de Dios, y tal ha sido siempre el mal del hombre que pugna por separarse de Aquel sin cuya unión no puede vivir. (...) Porque los hombres y las sociedades en vez de admitir ser legislados por Dios, quisieron legislarle a Él, por haber querido sacudir el yugo divino secularizándose, han quedado yertas y frías, la Caridad que las animaba se ha desvanecido, y ha resucitado aquel antiguo y egoísta monstruo del Estado que no piensa ni obra más que para sí mismo».

«Como que se hubiesen aflojado los lazos de aquella estrechísima unión entre la divinidad y la humanidad que se consumó con la Encarnación del Verbo, habiéndose la sociedad separado de Cristo, quiere Éste otra vez enlazarla consigo en amorosísimo consorcio; por lo cual en estos días de desolación y amargura ha revelado a la Iglesia la devoción excelentísima de su amoroso Corazón, que venerables y robustas argumentaciones prueban que ha de ser la restauradora de esta desvencijada sociedad, a la cual traerá el soplo divino que ha de rejuvenecerla y vigorizarla,

atrayéndola por medio del amor a aquella unión con la Divinidad que forma su grandeza».

«Tal es el pensamiento que queremos desarrollar en el presente Discurso».

Este extenso documento, cien años después de su publicación, es más actual, si cabe, que en la sociedad catalana de la época del santo obispo, y merece una lectura detallada de todo aquel cristiano devoto del Divino Corazón que espera la pronta venida y extensión del reino de Cristo en la tierra.

La memoria está dividida en cuatro partes. En la primera parte se extiende sobre la historia de la sociedad humana que en su deseo de suplantar a Dios ha defendido la independencia de la razón y ha llevado por medio de legislaciones anticristianas a la sociedad al estado racionalista y ateo, que en realidad es esclavitud, miseria y muerte para el espíritu.

«San Pablo dijo que todo cooperaba al bien de los destinados a la santidad, hasta el mismo mal (Rom, VIII); mas en la sociedad que no posee a Dios todo contribuye al mal, hasta sus mismos verdaderos adelantos. Los cuales se convierten en pasto de los apetitos materiales y de las pasiones aviesas. (...)

Hoy en día, después de expulsado Dios de la sociedad, hemos visto la demostración de este gran principio; gracias a los adelantos de la industria, ha reaparecido el sibaritismo; merced a los progresos de ciertas artes mecánicas, la guerra se ha hecho más bestialmente carnífera, la libertad política ha producido la esclavitud para los mejores ciudadanos, reprimiendo las más nobles tendencias y a la sombra de la libertad en los contratos se ha ido formando aquel feudalismo del oro que hace gemir inútilmente hasta aquí, a tantas almas que sufren al contemplar la explotación del hombre por el hombre». (...)

Por esto el Estado racionalista ha defraudado todas esperanzas de sus entusiastas y ha quedado frustrado en mitad de su carrera sin haber cumplido sus promesas grandiosas en favor de la sociedad, que ya se conoce víctima del mismo y se siente devorada para satisfacer sus monstruosos apetitos».

En la segunda parte expone la oportunidad de las revelaciones del Sagrado Corazón y las esperanzas que

el orbe católico ve en Él: Para la restauración social promovida por los latidos del Corazón de Jesús, cree Torres i Bages, que es necesario la rectificación de lo que podríamos llamar la inteligencia y la voluntad de la sociedad, la razón deberá ser infundida por la Fe y la industria por la Caridad.

«Todo se espiritualiza con el sistema cristiano; nada hay despreciable: la industria sería la gran auxiliar de la Caridad; del dar vueltas al manubrio de un telar el teólogo probará que es un acto merecedor de la vida eterna; por lo cual nadie con sinceridad podrá afirmar que el espiritualismo cristiano sea rémora a los adelantos materiales. (...)

Es indudable que la comprensión de las grandes verdades cristianas volvería a la tranquilidad a nuestros turbados tiempos. Los hombres, convencidos de que la felicidad no consiste en los medios materiales, buscando la bienaventuranza en la contemplación divina, no se dividirán entre sí; los pobres no codiciarían contra los ricos, y éstos, imbuidos en la idea de que eran siervos y no señores, de que la Providencia al colocarlos sobre los otros lo hacía en beneficio de éstos, de manera que no les era lícito gastar superfluamente lo que ellos necesitasen, serían verdaderos padres de los pobres y se cumpliría aquel solemne precepto de san Pablo que intimaba ya a los primeros cristianos: «que vuestra abundancia alivie la escasez de aquellos, para que asimismo su abundancia alivie nuestra penuria de manera que haya equidad». Y de aquí deshecho el horrendo monstruo del socialismo moderno. Mas ¿dónde se encontrará un principio suficientemente enérgico para acallar tan insaciables y violentas pasiones? ¿Quién podrá establecer entre los hombres la creencia de que la bienaventuranza primariamente consiste en la contemplación de Dios? Únicamente la piedad cristiana, tan sólo la misma contemplación divina generalizada y llevada a la práctica haciendo probar a los hombres la dulzura de aquel Corazón inagotable, principio de verdadera felicidad, juntando otra vez la razón y la Fe y uniendo en amoroso lazo la industria y la Caridad».

EN EL MUNDO NO HAY MÁS QUE UN AMOR

Siendo ya obispo de Vic, Torres i Bages escribió una pastoral titulada *L'amor típic* contra lo que en aquellos días era la incipiente secularización del amor por el laicismo.

Caríssims:

Tot el que existeix, tant en el cel com en la terra, té una resplendor d'hermosura. Lo mateix l'animal més insignificant que la planta més simple, els mateixos rudiments del món despedeixen una llum que expressa la LLum sobirana, Déu, qui els ha fet. (...)

És impossible que l'obra de Déu no manifesti en un grau major o menor la sobirana bellesa de son Autor; el fer coses lletges és un trist privilegi de l'home quan se separa de son Criador. I tots anem cercant la bellesa, de manera que la bellesa és el motor del món, d'aquest món i de l'altre, del cel i de la terra. L'excitació que produeix la bellesa en el cor de l'home és l'amor, i l'amor és la vida universal, i si s'apagava el foc de l'amor, la vida es quedaria glaçada, és a dir, la vida moriria. Fins en Déu, existència necessària, infinita, absoluta, independent, l'amor hi és essencial. De consegüent, també en nosaltres, insignificants criatures, però criades a sa imatge i semblança. Si en Déu la vida i l'amor es confonen, és a dir, són una mateixa cosa, també en nosaltres, i per això, segons la saviduria cristiana, aquell que no estima ja és mort; i els graus d'amor assenyalen els graus de vida, i l'amor summe, perfet i pur indica la vida excelsa, sobirana i felicíssima.

Tota la doctrina de l'Evangeli podem dir que es dirigeix a ensenyar-nos aquest amor que forma la substància i l'església de la llei cristiana, que és el camí de la pau i de la salvació eterna; i per això deia el bon Jesús que Ell havia vingut per encendre el món amb el foc del seu amor. (...)

Aquesta idea, estimats cristians, de que la nostra religió, la nostra vida espiritual, la gràcia divina, la virtut cristiana, no són altra cosa que manifestacions de l'amor sobrenatural que Jesús portà al món i ensenyà als homes, sempre l'ha professada la santa Mare Església, és com la substància de la teologia catòlica ha sigut la matèria sobre què han predicat tots els sants i constitueix la gran força de consolació que els fills d'Adam sempre han

trobat en la professió de la vida cristiana; però avui la Iglésia l'ha concretada encara més, i volent fer més expeditos els camins de l'amor, i moure el cor dels cristians a seguir-lo, en els temps moderns ha posat en la sagrada litúrgia el culte de l'amor, estatuint la solemnitat del Sagrat Cor de Jesús, la devoció del qual s'és estesa per tot el món, produint fruits riquíssims de santificació de les ànimes.

Después de introducir la pastoral explicando que la religión cristiana es la manifestación del amor de Dios pasa a exponer el enfrentamiento entre dos conceptos diametralmente opuestos del amor: el primero lo que el Concilio Vaticano II llamó el amor de Dios que se hizo hombre y el segundo el del hombre que se hizo Dios. Aunque ya desde el primer pecado se empezó a corromper el sentido auténtico del amor, la influencia diabólica no pervirtió, ni corrompió con un sistema de doctrina sutil ni engañosa la recta doctrina del amor hasta que apareció el laicismo.

..., però un cop l'amor de Déu, per medi de son Verb encarnat, hagué encès el món, un cop l'amor arribà a ésser el cim i acabament de les humanes aspiracions, aleshores eixí una falsa doctrina de l'amor no derivada del cel, i a les magnífiques manifestacions d'amor del Verb encarnat, a les sublimes expansions d'afecte del Cor de Jesús, a la direcció de l'amor, a la llei del cor que amb les paraules i amb les obres ensenyà Jesucrist, l'anticristianisme oposà una altra doctrina i una altra llei d'amor, una direcció distinta dels cors de la que volgué donar-los. Aquell qui forma el cor de cada home i sap tot lo que es fa.

La secularización del amor, afirma en el capítulo siguiente, trae como consecuencia ineludible su muerte y va demostrando cómo sólo el cristianismo lo hace ley universal.

Per això els pobres, els dèbils, els malalts, els ignorants, tots els desgraciats, cerquen instintivament el Cristianisme perquè coneixen que els mundans els volen escombrar del món, que els fan nosa, perquè els desllueixen la vida.

Más adelante al hablar del amor cristiano y de la

sensualidad explica como ésta es incapaz de penetrar en la región sublime donde vive la verdadera e inefable belleza y prosigue:

I encara que tal volta no sembla propi d'una Carta pastoral, no obstant, no volem deixar de manifestar el fet que posa en evidència lo que acabem de dir, i és que totes les arts humanes que tenen per objecte l'expressió de la bellesa, per a delectar amb ella als homes i estimular en ells un amor honest, en els temps anteriors al Cristianisme encara que tinguin una gran perfecció i elegància de formes, no obstant, les sublimitats de la bellesa, el misteri de la bellesa summa i infinita, per la qual sospira el nostre cor, no l'expressen de bon tros amb l'eficàcia de sentiment de les arts després que han rebut la influència cristiana; i és que el Verb de Déu, amb sa vinguda al món i amb sa celestial doctrina, ha fet desplegar l'esperit de l'home: l'esperit ha crescut i, de consegüent, l'amor s'és fet més intens, més íntim i magnífic.

Finalmente nos muestra quién es el ejemplo de amor más perfecto y de máxima belleza:

Per això la Iglésia nostra Mare, tenint en compte les extraviacions del cor dels homes, ha assenyalat als cristians com objecte de culte l'amor, i ha fet del culte del Sagrat Cor de Jesús el culte del seu amor diví-humà, i l'ha constituït exemplar del cor dels homes i mestre d'amor dels fills d'Adam.

LA CONSAGRACIÓN DE CADA CORAZÓN DE JESÚS

Leyendo estos dos documentos tan diversos en sus temas, ya que el primero tiene un carácter más político-social y el segundo más filosófico-moral y en ciertos momentos estéticos vemos que Torres i Bages llega a una misma conclusión. Al igual que los grandes santos devotos del Corazón de Cristo y como lo enseña la Iglesia, el ilustre obispo de Vic ve en esta devoción la síntesis de la vida cristiana y la solución a todos los problemas políticos, sociales, filosóficos, estéticos y de cualquier ámbito de la vida.

Pero nos podríamos preguntar cómo quería Torres i Bages que dicha solución se fuera implantando en el mundo y de forma universal con nuestras fuerzas. Desde el día que el Sagrado Corazón se apareció a santa Margarita era manifiesta la desproporción existente entre los

pobres medios de los apóstoles del Corazón de Cristo y la misión encomendada por Él; y esto lo conocía perfectamente Torres i Bages y por ello exhorta a todos sus fieles que cada uno de forma individual vaya transformando su vida, se moldee según el Corazón de Cristo y se convierta en un apóstol suyo.

Per això vos exhortem, caríssims germans i fills, a la devota celebració del mes de juny, consagrat per la pietat dels cristians al culte del Sagrat Cor de Jesús. Aquest mes del Sagrat Cor ha d'ésser per nosaltres un curs d'amor, i les nostres meditacions i contemplacions de les sublimitats d'amor, que Jesús ens ensenya, no sols han de ser un motiu poderosíssim d'adoració a la caritat divina del Redemptor, que ens estimà fins a morir, sinó que també han d'ésser per nosaltres un viu estimulament a la pràctica de la caritat o amor envers el pròxim, sense el qual la fe cristiana no sols no ens salvaria, sinó que encara seria per a nosaltres motiu de més rigorosa condemna, puix que significaria una major infidelitat a la llei divina que no pas la dels mateixos infidels.

Para facilitar este conocimiento del Divino Corazón compone un mes del Sagrado Corazón. Con ello pretende que nuestro corazón se vaya pareciendo cada día más al de nuestro Maestro y en las consideraciones diarias va proponiendo a nuestra contemplación algunos aspectos del Divino Corazón que creyó más provechosas para nuestra íntima unión con Él, ya sean virtudes, como el amor a Dios, la dulzura, la paciencia, la resignación, la humildad, la mortificación, la pureza, la igualdad de afectos (la indiferencia ignaciana), ya sean épocas de la vida como la infancia, la juventud, ya sean actitudes en la vida como el amor al trabajo, el amor a la patria, el amor a los amigos, el amor a los enemigos, la vida dolorosa, la vida desconocida de los demás, etc., y también los frutos que produce la devoción al Corazón de Jesús, la importancia de ella y una acción de gracias a Cristo por habernos regalado su santísimo Corazón.

Todas estas consideraciones pretenden que los cristianos vayan conociendo más profundamente al Corazón de Cristo, lo aman cada día más y le consagren su vida. De esta forma nos abandonaremos en Él y con nuestra docilidad a su Voluntad, a través de nuestro apostolado y ejemplo, podrá cambiar los corazones de cada uno de los hombres y, consecuentemente las ideas políticas, sociales, filosóficas, estéticas, etc., y conseguir lo que cada día pedimos en el Padrenuestro: «Venga a nosotros

MARÍA, MADRE DE CATALUÑA

EL VALOR SOCIAL DE LA DEVOCIÓN MARIANA SEGÚN TORRAS Y BAGES

ANTONIO PREVOSTI MONCLÚS

En la solicitud pastoral del ilustre Obispo de Vich, Dr. Torras y Bages, como si tratara de hacerse una y otra vez eco de las palabras de Jesucristo: «Aquí tienes a tu Madre» (Juan 19:27), destaca el empeño de presentar a los hombres a la Virgen María como Madre, y de despertar en todos la conciencia de ser hijos de María.

En su admirable pastoral *L'etern Rosari* (1914) escribía que María, «al ser constituida Madre de Dios, del nuevo Adán que venía a renovar el linaje, fue también constituida Madre espiritual de todo el linaje». Y también: «En la Virgen María, la maternidad de Jesús incluye la maternidad de todos los cristianos; y la maternidad tiene una trascendencia que los siglos no pueden disolver, que alcanza a la naturaleza de las cosas y que por consiguiente es una relación eterna.» Añadía el venerable Prelado que las consecuencias de la maternidad son eternas, y por lo tanto ella misma es perdurable: «Las consecuencias de la maternidad de María son incalculables, y no podrá comprenderlas nuestra limitada inteligencia hasta la gloria, porque toda la gloria celestial de la humanidad redimida deriva de la maternidad de María.» Una simple consideración de esta última verdad bastara para que todos los cristianos sintieran hacia María un agradecimiento inmenso y se hicieran tiernos devotos suyos.

La consideración de María como madre y la consiguiente visión de los hombres como hijos suyos, va unida, en el Dr. Torras y Bages, al pensamiento de la infancia y de la juventud, a una atención especial hacia lo naciente y más necesitado de protección, aunque también más puro y sencillo. Podemos comprobarlo en más de una ocasión, cuando, próximo el mes de mayo, el solícito Pastor recomienda a sus fieles piadosos obsequios a la Virgen. En el año 1913 «por razón de las circunstancias en que se halla nuestra España», escribía, «queremos pedir a los padres y madres de la familia, que en este mes de mayo consagren a la gran Madre de la familia cristiana lo que es más hermoso que las flores, más exquisito que los cánticos, más agradable a Dios que las mismas oraciones: que le consagren sus tiernos hijos e hijas». La razón de esto es que por ser mujer y por ser madre, María tiene con la niñez una relación especial. «Por ley de naturaleza y también de la gracia,

la madre es la especial protectora de la infancia; y todos, cuando llegamos a ser hombres sabemos que principalmente por la madre somos lo que somos.» (*La Reina dels Àngels*)

Torras y Bages fue un enamorado y un impulsor de la práctica del mes de María, en la que veía un auxilio espiritual concedido providencialmente a los hombres en medio de las desgracias del siglo XIX. En abril del año 1900, en su pastoral *El último mes de María del siglo XIX*, comparaba esta «suavísima, consoladora y purificante» devoción a una rosa nacida entre espinas, refiriéndose a las herejías, persecuciones, vicios públicos e indiferencia religiosa que en ese siglo proliferaron. La pastoral tenía como propósito recomendar especialmente el mes de María a los jóvenes, los futuros hombres del siglo XX, y poner así el siglo entrante en manos de María. Para ello pedía a los jóvenes una consagración especial de la vida a la Santísima Madre de Nuestro Señor Jesucristo, e incluso instaba a los párrocos de su diócesis a organizar en una devota y solemne fiesta tal consagración según una fórmula por él mismo redactada.

Leamos algunas de sus propias palabras:

«Dios, así que aumentan los peligros y los males en el mundo cristiano, aumenta también los auxilios espirituales a los hombres, ya que está escrito (I Tim II, 4) que Él quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento y práctica de la Verdad. Uno de estos auxilios enviados al mundo, para la salvación de los hombres en el siglo XIX, es indudablemente el mes de María.»...

«Por esto exhortamos a todos nuestros carísimos diocesanos para que acudan a la Virgen María, ya que Ella es la triunfadora de Satanás, quien lo tiene bajo sus pies, la que rompe las cadenas de los vicios como santa libertadora de las almas, la que ilumina las inteligencias entenebrecidas por el error, porque, como estrella matinal, con la luz de sus rayos deshace las tinieblas que tienen entristecidos a tantos cristianos; Ella es la mística y fragantísima Rosa que con su olor desinfecta las almas dejándolas puras, devotas, afectuosas y encendidas de caridad hacia Dios y hacia el prójimo.

Pero especialmente exhortamos a los jóvenes y a las

muchachas, ya que el mes de las flores parece que de una manera particular a ellos les pertenece; ya que sus almas han de ser las más puras, las más encendidas del santo amor, del amor hermoso, ya que han de ser las que más exactamente reproduzcan el símbolo de la rosa, por la perfección de sus costumbres, por la hermosura de su vida moral y por el aroma de sus virtudes.»

La maternidad de María no tiene sólo un carácter individual, aunque sea para con cada uno de los cristianos, sino también un carácter social, por lo que puede ser llamada Madre de pueblos y de naciones. Es así como Torras y Bages completa su insistencia en presentarnos a María como nuestra Madre, afirmando y recordando a los catalanes que María es Madre de Cataluña. En esa misma exhortación al «último mes de María del siglo XIX», que firmó en Ripoll, cuna de Cataluña, el venerable Obispo recordaba una idea vertida anteriormente en un sermón predicado en el mismo lugar, en la Basílica de Sta. María de Ripoll: «al lado de la cuna se halla siempre la madre, y junto a la cuna de Cataluña se hallaba su Madre, la Madre de Cataluña, la Virgen María».

El mencionado sermón, publicado en sus *Obres Completes* (vol. XXIV, pp. 489-507) con el título de *La devoció a Maria presidint el renaixement de La devoció a Maria presidint el renaixement de Catalunya*, es una perla de doctrina mariana, por la claridad con que expone la importancia y alcance social de la devoción a María y el celo con el que insta a que Cataluña quiera renacer de Ella.

La doble recomendación que el Dr. Torras y Bages propone a los catalanes, en su *Visita espiritual a Nuestra Señora de Montserrat*, de considerar la maternidad de María sobre ellos primero en general y luego en particular, puede muy bien remontarse a lo desarrollado en dicho sermón. En él nos presenta, en efecto, primero una maternidad universal de maría, que al ser Madre del Cuerpo físico es también Madre del Cuerpo Místico de Cristo, y es por lo que la vemos junto a la Iglesia naciente con cuidado y autoridad maternos: «En la casa de Nazaret, lo mismo que en la Iglesia de Jerusalén, María no era el jefe; la Providencia había asignado para ejercer la autoridad, en uno y otro caso, a San José y a San Pedro; mas, no obstante, María Santísima poseía la plenitud de la influencia y de la gracia, y era como la maestra y doctora de las cosas divinas.»

Pero hay otra maternidad de María particular sobre los pueblos de la Cristiandad que Ella «espiritualmente engendrò». No se trata sino de una natural continuación de su tarea universal de Madre, que cuida del crecimiento de su prole, es decir, que cuida de la historia y del cumplimiento en ella de los designios de Dios: «La Providencia divina quiso borrar lo antiguo y formar nuevos pueblos»

dice Torras y Bages, y en el nacimiento de estos nuevos pueblos, entre los que se cuenta el catalán, María no dejó de ejercer su oficio materno.

Lo más interesante es, sin embargo, que Torras y Bages, que a modo de ejemplo recuerda algunas más conocidas intervenciones de María en la historia de Occidente, expone también cuál es el fundamento de este particular aspecto de la maternidad de María. No es otro, en última instancia, que el resultado de aplicar su mariología a lo más nuclear de la doctrina social católica.

En cuanto a lo primero, expresamente se apoya en S. Alfonso María de Liguorio, que afirma la mediación universal de María, y en S. Bernardino de Siena, que enseña la maternidad espiritual de María sobre toda la humanidad e incluso «una especie de jurisdicción o autoridad sobre toda procesión temporal del Espíritu Santo».

Por lo que atañe a la doctrina social, notemos que Torras y Bages no hace una exposición abstracta de principios generales o de orden puramente natural, sino que, teniendo presente que habla para Cataluña, considera los pueblos cristianos en su realidad histórica específica. Dios es el autor de todos los pueblos y todos dependen en todo de Él; pero de los pueblos cristianos dice Torras y Bages que su principio unificador es la caridad y, en consecuencia, que el actual «enfriamiento de la caridad» conlleva la disolución y desorganización de la sociedad.

Ahora bien, el amor sobrenatural entre los hombres, y con él también el amor social, en lo especulativo como en lo práctico, derivan «como de abundante fuente, de la maternidad de María». Pues María es la Madre del Amor Hermoso, «criatura amorosa por excelencia», y «todo el cristianismo es una inmensa difusión de amor, efectuada por ministerio de la Virgen María; por lo que «la devoción a María ha de ser un vínculo social de primera fuerza.» «Es por eso», explica, «que los fundadores de pueblos, desde Wifredo en Cataluña y San Esteban en Hungría, que quiso hacer de aquella región un reino de la Virgen, han puesto siempre la devoción a María Santísima como fundamento del pueblo y vínculo de unión entre los ciudadanos.» Junto a esto, son de notar los destacados ejemplos de amor social que aduce, tomados de la historia de Cataluña, fundados en la devoción mariana.

Cuando Torras y Bages pasa a considerar la Cataluña de su tiempo, halla en el anhelo, públicamente sentido, de un «renacimiento» de la misma, un argumento para vencer de la necesidad de la devoción a la Madre, a la vez que reclama humildad y espíritu de infancia, si es que los catalanes han de alcanzar un nuevo vigor y una sana vitalidad como pueblo. Con extremo realismo y gran conocimiento de los hombres, se extiende Torras y Bages a prevenir contra la soberbia y las ínfulas de una falsa

ciencia. Son palabras que no tienen desperdicio: «Nunca se ha fundado pueblo alguno sobre la filosofía; al revés, frecuentemente es ésta un principio disolvente que deshace los pueblos y diluye la sociedad; por esto, nosotros hemos de tener cuidado de que, engañados por la ilustración, por los estudios sociológicos, por las pretensiones de los nuevos sistemas políticos, es decir, creyéndonos sabios, no queramos poner la mano sobre la sustancia de nuestro pueblo.» Es fácil de comprender cómo se opone a este peligro la sencilla y filial piedad mariana.

Termina el memorable sermón dirigiendo el pensamiento hacia el espíritu que ha de animar la vida de la comunidad, el Espíritu Santo, que todo lo crea y renueva, e invitando a pedir a Dios que nos lo envíe, para que vuelva

a florecer Cataluña y viva como un pueblo de la nueva ley. «Llamemos también nosotros al Espíritu para que venga por todos los cuatro vientos, y veremos el país viviendo otra vez de una manera noble y ordenada, y la sociedad catalana será como la figura e imagen de la celestial Jerusalén...»

Que estos ideales no se basan en ideas vagas, puramente generales, sino en algo bien definido y concreto en la mente de Torras y Bages, lo podrá apreciar finalmente el lector en el texto de la *Visita espiritual a Nuestra Señora de Montserrat*, que a continuación reproducimos, con la que se materializa la insistencia del ilustre Obispo de Vich a orar y a poner la restauración moral de Cataluña en manos de la Virgen.

VISITA ESPIRITUAL A NOSTRA SENYORA DE MONTSERRAT, PATRONA DE CATALUNYA

«Considera, devot de la Mare de Déu de Montserrat, que la maternitat de la Verge Maria s'estén a tots els pobles de la terra, perquè de tots els homes la constituí Mare son Santíssim Fill quan clavat a la Creu li digué, recomenant-li la persona de Sant Joan: «Senyora, aquest és el vostre Fill.» El deixeble allí present representava en sa persona tots els deixebles venidors. Considera també, devot català, que demés d'aquesta recomanació general, tu en tens una altra de particular. La Providència divina féu de la muntanya de Montserrat un lloc de defensa dels cristians contra els moros; i els cristians, demés, sempre invocaren la Verge de Montserrat quan volgueren deslliurar la Pàtria, per lo qual el Vicari de Jesucrist sols ha confirmat la relació entre la nostra terra i la Mare de Déu de Montserrat, quan, al declarar-se Patrona de tots els pobles de Catalunya, els digué: «Catalans, en la muntanya de Montserrat i en la devota Imatge que allí es venera, teniu la vostra Mare.» Per a correspondre, doncs, a l'ordenació del Sant Pare, i per a obtenir de la Mare de Déu de Montserrat sa poderosa intercessió en favor del poble català, digues-hi humil i devotament les següents pregàries:

I. Verge prodigiosa, trono puríssim on reposà l'Eterna Saviduria quan vingué al món a ensenyar el camí de salvació, alcançau als vostres catalans aquella Fe que enfonsa les muntanyes, omple les valls i fa planer el camí de la vida.

Avemaria i Glòria Patri.

II. Mare castíssima, mirall de puresa, flor de les verges, que portàreu al món el bàlsam d'incorrupció, Jesús Fill de Déu, alcançau-nos l'honestedat dels costums públics. *Ave. i G.P.*

III. Profesessa admirable, que beneïreu i alabàreu a l'Etern més que no pas totes les jerarquies angèliques plegades, feu que sia desterrat d'aquest poble vostre l'esperit de maledicció i de blasfèmia. *Ave. i G.P.*

IV. Rosa de caritat, foc que sense consumir escalfa, treieu de Catalunya l'esperit de discòrdia, i ajunteu a tots sos fills amb cor de germans. *Ave. i G.P.*

V. Santa Engendradora de l'Etern, Filla del vostre Fill, feu que mai es desfaci aquest poble català que Vós espiritualment engendràreu. *Ave. i G.P.*

VI. Verge poderosa, més forta que un exèrcit en ordre de batalla, des del

vostre alt castell de Montserrat defensau d'enemics espirituals i temporals a tota la terra catalana que teniu encomanada. *Ave. i G.P.*

VII. Senyora de Montserrat, que teniu vostra santa muntanya voltada d'oliveres, signe de pau, alcançau als pobles de Catalunya una pau cristiana i perpètua. *Ave. i G.P.*

ANTÍFONA

Jo habito en les altures del Cel i tinc mon trono sobre els núvols: acudiu a Mi tots els qui teniu amor i us satisfareu del dolç Fruit de les meves entranyes, Jesús.

V. Pregau per nosaltres, Santa Maria advocada nostra.

R. Per a que siam dignes de les promeses de Jesucrist.

ORACIÓ

Déu i Senyor nostre, que gloriifiqueu amb un insigne culte l'electa muntanya de l'excelsa Mare del vostre Unigènit, concediu-nos que, sota la poderosa protecció de la mateixa Immaculada sempre Verge Maria, puguem arribar amb seguretat a Crist, que és l'eterna Muntanya de la Glòria. Pel mateix Jesucrist, Senyor nostre. Amén.»

EXEMPLE

«Les set invocacions a la Mare de Déu són molt antigues en l'Església per a obtenir l'auxili del Senyor en les grans tribulacions. El Rei En Jaume el Conquistador, refereix en la seva Crònica que en la conquesta de Mallorca es trobà en un molt greu perill del qual no sabia com eixir-ne; i dirigint-se a Maria Santíssima, li digué: *Vós, Mare de Déu, qui sou pont i pas dels pecadors, vos prec per les set alegries i pels set dolors que tinguéreu del vostre estimat Fill, volgueu pregar al vostre estimat Fill que em tregui d'aquesta pena i d'aquest perill; en què sóc jo i els que van amb mi.* I, acabada aquesta oració, diu el mateix Rei, que tot seguit li acudi el pensament salvador. Aquest Rei, el més il·lustre de la nostra terra, invocava la Verge Maria en totes les seves conquestes, i diu amb ses pròpies paraules: *En totes les viles, que grans fossen, que Déu nos havia donades a guanyar de serraïns, havíem edificada església de Nostra Senyora Santa Maria;* i el crit de la seva gent, quan entrava en batalla, era: *Santa Maria, Santa Maria.* I afegeix el mateix Rei que *aquesta paraula no els eixia de la boca que, quan l'havien dita, sempre hi tornaven,* com mística i devota Lletania. Amb la qual cosa, devot català, has d'entendre que si bé Nostra Senyora és Mare de tots els pobles cristians, ho és de manera particular del nostre, puix que sota sa protecció i defensa fou format; i així deus invocar amb fervor i constància Nostra Senyora, perquè afavoreixi la nostra restauració moral, més difícil que no pas la política, imitant el Rei En Jaume, que conta que en la conquesta de Múrcia s'abraçà a l'altar de la Verge i *ploram* —diu ell— *tan fort, que per espai d'una llarga milla no ens poguem partir d'aquell plorar ni d'aquell altar;* i en altre lloc i posat en gran perill, refereix que pregà a Nostra Senyora per espai de tres dies i tres nits.»

EL VENERABLE TORRAS I BAGES, APÓSTOL DE SAN JOSÉ

FRANCISCO CANALS VIDAL

El Obispo «de santa memoria», el «Obispo típico», siempre reconocido como patriarca espiritual de la Cataluña cristiana, ahora ya reconocido en sus virtudes heroicas, y al que podemos llamar «Venerable», tuvo siempre en su múltiple tarea como presbítero y como Obispo, la actitud y el carácter de un verdadero pastor de almas.

Con excepción de algunos escritos sobre cuestiones estéticas, y de algunas semblanzas o escritos de temas monográficos de interés cultural, siempre impregnado de espiritualidad y sentido de «inculturación de la fe», en la mayoría de sus escritos resplandece aquella actitud que él mismo proclamó en su lema episcopal: *Pro Christo legatione fungimur*.

Por esto en sus escritos resplandece a la vez una profunda sabiduría, también alimentada con asiduo estudio y extensa lectura, y una admirable sencillez, que le lleva a omitir casi siempre las referencias eruditas y la documentación crítica en que podría apoyar sus asertos.

Para comprender su obra nos hemos de situar en esta misma perspectiva, para apreciarla en su intención de iluminar y hacer el bien a sus oyentes, en la predicación, y a sus lectores en la abundante obra escrita. Si se le juzga así se podrá admirar una doble cualidad complementaria y en ningún modo divergente o contradictoria. Torras i Bages es un maestro fidelísimo de la enseñanza católica, muy especialmente pontificia, y es en esta misma tarea un maestro de profunda originalidad y aliento muy genuino y auténticamente personal.

Como Obispo, y ya como sacerdote, e incluso como pensador «sociólogo» en obras como *La tradició catalana*, el gran Obispo de Vic es una figura eminente de aquella línea o corriente de actitudes y de convicciones que arrancan del inmortal pontificado del también Venerable Pío IX. María Inmaculada, el Sagrado Corazón de Jesús, San José patrono de la Iglesia universal, la sede apostólica en su magisterio infalible y su autoridad universal, que Torras i Bages expresaba afirmando que «el Papa es el director espiritual de la humanidad». Una temática que justificaría que un sociólogo clasificase al Obispo catalán como uno de los más eminentes «ultramontanos» del pasado y del presente siglo.

En este contexto hallamos en la obra de Torras i Bages un riquísimo contenido doctrinal y espiritual josefino. Su doctrina acerca del Patriarca —así le nombra un centenar de veces en el *Mes de Sant Josep*— abarca lo que podría integrar un tratado completo de «Teología de San José», aunque por las razones dichas, apenas hallamos citas de «josefólogos», y sólo una investigación interna y a la vez la comprobación de la bibliografía que pudo utilizar el autor, podría conjeturar las fuentes de la doctrina josefina de Torras i Bages.

Es un impulso del Espíritu de Dios que rige a la Iglesia el que ha producido en la Iglesia la moderna extensión del culto a San José. La devoción creciente de los seglares, sacerdotes y religiosos y los actos pontificios que no han hecho sino autorizar solemnemente la aspiración universal de la Iglesia responden a aquel impulso.

La devoción a San José es providencialmente inseparable del culto al Corazón de Jesús, a la Santísima Virgen; va unida con el amor a la Iglesia y al vicario de Cristo, y no es una devoción particular y como opcional, sino que debe ser procesada por todo cristiano fiel que anhele por lo mismo la perfección.

A San José corresponde en su grado más excelso la dignidad patriarcal. Fue predestinado como esposo de María y padre de Jesús con una predestinación análoga a la de los antiguos patriarcas, pero con un oficio superior al de todos ellos.

El alcance universal del patrocinio y de la intersección de San José responde a la voluntad de Dios que quiso que, habiendo sido su padre protector y custodio en la tierra, fuese también padre protector e intercesor de todo el linaje humano.

San José tiene como una cierta igualdad con María, fue santificado de modo excelente, y es eminente en santidad por encima de todos los santos y de todos los ángeles, a los que también sobrepasa por su pureza.

La gloria de San José en el cielo corresponde a su asociación con María, y una gloria inferior derogaría la dignidad excelsa de la Virgen Madre de Dios. De aquí que debemos creer piadosamente que está en el cielo resucitado corporalmente junto a María y Jesús.

El oficio de San José en la vida cristiana se funda

en la misión que Dios le confió en unión con María en la salvación del mundo por Jesucristo su divino Hijo. José y María son el eslabón por el que la divinidad se comunicó a la humanidad; en la familia cuya cabeza era José habitó corporalmente la plenitud de la divinidad.

Por esto la Iglesia, pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo, es también la casa de Dios, la casa de Nazaret en grande. Así como Dios, en lo humano y temporal, puso a José como cabeza de aquella Sagrada Familia en la que se unió con los hombres, así le ha constituido «Príncipe y Señor de su casa», protector paternal del Pueblo Cristiano y de toda la humanidad llamada a ser redimida por su Hijo.

El matrimonio de José y María es la aurora que anuncia la llegada al mundo del Verbo de Dios. Los cristianos somos en lo espiritual descendientes de María

y de José, porque en aquel matrimonio, por virtud del Espíritu Santo, nació el que es tronco de la humanidad redimida y santificada, nuestro Señor Jesucristo.

De aquí que el cristiano, que se ha de orientar sólo a Dios, tiene que ir hacia Él por el camino que el mismo Dios ha establecido, que es su Hijo en su santísima humanidad, y por esto ha de vivir en íntima unión filial con María y José, que son sus padres en el orden de la gracia.

La devoción a San José es por lo mismo inseparable de la que debemos tributar a la Sagrada Familia; la convivencia contemplativa con las personas de aquella Sagrada Familia, realizada también al adorar a Cristo en la Eucaristía, ha de orientar la vida espiritual del cristiano.

FRAGMENTOS DEL "MES DE SAN JOSEP" DEL DR. TORRAS I BAGES

Los santos evangelios nos refieren que con Nuestro Señor Jesucristo resucitaron también algunos difuntos, que fueron vistos por diferentes habitantes de Jerusalén; y los escritores piadosos y varios teólogos creen que, entre estas primicias de la resurrección, que entre estos santos preferidos por Jesucristo, para que le acompañasen en su triunfal resurrección, estuvo el Patriarca San José. En efecto, si el buen Jesús pronunció aquella sentencia de que allí donde Él estuviese, también estarís su siervo, hemos de creer que quiso que, en este estado de gloria le acompañase San José, servidor suyo de un modo eminente, y superior a todos los demás servidores suyos en el cielo y en la tierra. ¿A quién podía llevar con más gozo a su lado el benignísimo Triunfador, que a su amorosísimo Padre adoptivo, el virginal esposo de su Madre Inmaculada, el glorioso Patriarca San José?

También creen muchos teólogos y escritores que aquellos cuerpos de los difuntos que resucitaron con el buen Jesús, y, por consiguiente, el Patriarca San José, fueron glorificados, y que gozaron ya desde entonces de aquella transfiguración de la carne, que la hace incorruptible e inmortal, ungida con una virtud divina y partícipe de las cualidades propias de la naturaleza espiritual por beneficio de la omnipotencia divina. Da tú, cristiano, a tu glorioso protector la enhorabuena por tan singular privilegio y beneficio.

* * *

El culto a San José, a la Virgen María y al Sagrado Corazón de Jesús son como los elementos de un culto comprensivo de todos ellos, destinado a hacer un gran bien a toda la Cristiandad, el cual va apareciendo majestuoso en el cielo de la Iglesia, como sol espléndido, que ha de calentar a la humanidad, helada por el frío de la indiferencia, es decir, el culto a la Sagrada Familia, tan recomendado y aun cantado en bellísimos versos por el Santísimo Padre León XIII, quien, en sus fatigas apostólicas para restaurar el espíritu cristiano, parece que descansa en la esperanza de que la devoción al modesto y humilde hogar de Nazaret, divinizado por la influencia del Verbo encarnado, ha de ser la restauradora de la familia cristiana, principio natural y necesario de la restauración de todo el mundo. Por esto, al meditar las virtudes y las excelencias de San José, hemos procurado considerarlas en relación con la Sagrada Familia, de la cual el santo Patriarca es cabeza y de cuyo culto podemos decir que resume el de aquella admirable y olorosa casa de Nazaret, que él presidió por decreto inefable de la Providencia divina.

EL TOMISMO EN EL PENSAMIENTO DE TORRAS Y BAGES

EUDALDO FORMENT

NECESIDAD ACTUAL DE LA DOCTRINA DE SANTO TOMÁS

Uno de los rasgos más sobresalientes del pensamiento del Dr. José Torras y Bages es su fidelidad a la doctrina tomista. La obra de Santo Tomás fue siempre su inspiración, su guía y su norma. Su recomendación era: «Sea Tomás de Aquino vuestro maestro». Con la Suma Teológica, decía: «Adquiriréis más ciencia en un año de estudio, que con los demás libros en toda la vida, según la expresión del Papa Juan XXII. Más también os diré que no hay otro estudio que requiera tanta *humildad* como éste» (1).

La utilidad de esta obra es única, porque: «La *Summa* del Angélico Maestro no es un código descarnado ni un libro de controversia, que sólo puede servir para los especialistas; en ella las grandes verdades filosóficas y teológicas, los altísimos problemas sobrenaturales, a *todo el mundo interesan* (...) libro fecundísimo en que ha de estudiarse la Sagrada Teología y la verdadera filosofía, el Maestro que ha sabido mejor hermanar el elemento divino y el elemento humano, que sabía poner por puntales a cuestiones de la Trinidad y de la Gracia al mismo Aristóteles» (2).

Además, la doctrina de la *Summa* sirve de criterio en la actualidad: «El que pretenda adquirir una ciencia de fantasmagóricos efectos cuales son los de la ilustración moderna, que suelte el libro de la mano: Santo Tomás no es a propósito para ello; mas el que va en pos de la verdadera sabiduría y quiere tener un *criterio certero y seguro* para juzgar de las cosas divinas y humanas, que no deje tal libro, y yo os aseguro que alcanzará tan noble fin» (3).

Torras y Bages estaba convencido de que: «El Angélico Maestro (...) tenía el cargo de un *eterno magisterio* sobre la tierra, *salvando* la razón humana y sacándola de las espesas tinieblas en que su propia soberbia continuamente le hunde» (4). Pero, además la doctrina de Santo Tomás es muy necesaria en la actualidad, porque: «Nuestro tiempo es tiempo de *soberbia*, y como consecuencia, de *Falta de reflexión* y de mucha

ligereza; solamente hace caso de las cosas grandes, del ruido, de la vanidad, del colorido, de lo que hiera a los sentidos; y, por esto las cosas del espíritu no las sabe entender, porque el hombre animal no entiende lo espiritual (1 Cor, II, 14), y para entender la ciencia de salvación se necesita un talento que solamente poseen los humildes» (5).

En el mismo lugar, añade, con gran acierto: «Y que el vicio dominante y capital de nuestro tiempo es la *soberbia* se demuestra observando cómo el mundo se contradice a sí mismo; pues predica que quiere ser popular y amigo del pobre y del trabajador, y, no obstante, aborrece y se avergüenza de lo popular, de lo sencillo, y todos se quieren ir por las alturas y hacerse el sabio» (6).

Al vicio de la soberbia se le une el vicio que resulta de ella la irreflexión. Y así: «El mundo desvanece nuestra cabeza, y los hijos del mundo *reflexionan poco*. Un antiguo profeta, viviendo también en una época de civilización magnífica y grandiosa según el mundo, escribió aquellas inspiradas palabras: 'Toda la tierra está llena de desolación porque no hay nadie que en su interior *reflexione*' (Jer XII, 11)» (7). También, como consecuencia. «El gran más moderno es la *flojedad*. Todo es flojo hoy en día (...) Una inmensa vanidad se ha apoderado del mundo; la *vanidad* y la flojedad son hermanas y suelen ir juntas. En el hombre vanidoso la verdad nunca triunfa; la verdad exige espíritus enérgicos, decididos, abnegados y dispuestos al sacrificio» (8).

Todos estos vicios explican asimismo que, como también indica Torras y Bages: «Es hoy día muy estimada la *originalidad* y la *novedad*, así en las ideas en cuanto atañe a la vida científica como en las costumbres por lo que hace a la vida práctica; todos queremos distinguarnos, y es porque, en realidad, más que movernos el amor a la verdad y de la virtud, nos excita el vanísimo estímulo del amor propio y de la mundana admiración» (9).

Advertía que toda esta realidad del mundo de hoy: «No nos viene de nuevo, porque Jesucristo ya lo profetizó, porque San Pablo, con una elocuencia maravi-

llosa, ya lo predicó, enseñando que esta *sabiduría del mundo* era *fatua* porque no cura de nada, ni ilumina, ni consuela, ni fortifica, ni dirige como la sabiduría de los humildes, que el mundo, es decir, el reino de las concupiscencias, no entenderá nunca porque los vapores de ellas, espesísimos, impiden el rayo de luz divina que esparce en todas direcciones la santa enseñanza del Evangelio» (10).

Por esto: «El mundo soberbio se avergüenza de la doctrina del Evangelio, porque es la ciencia de los que no son científicos, a pesar de que poseen la más alta sabiduría, la que deriva directamente de la Fuente de la verdad, la ciencia de la salvación, enseñada por Jesucristo Señor Nuestro» (11).

Sabed que es imprescindible, porque: «En la antigüedad, si bien es cierto que algunos filósofos poseían unas cuantas verdades, el pueblo estaba dominado por la *superstición*; y aun hoy en día en los lugares donde ha disminuido la creencia religiosa vemos el mismo hecho: a fuerza de estudio ciertas personas instruidas obtienen algún conocimiento de la verdad, pero el gran número queda atascado en la superstición y en el error. Precisamente enseña Santo Tomás que el objeto de la fe es *generalizar y facilitar* el conocimiento de la Verdad, es poner la Verdad a la medida de todos, y este es el gran milagro que hizo al principio el Espíritu Santo en la Iglesia de Dios, y que en cierta manera se reproduce en todos los tiempos» (12).

Igualmente es necesaria esta Verdad para los estudiosos, porque: «La actividad científica del mundo moderno, despertando en nuestro linaje sus ambiciones antiguas y siempre frustradas, que se manifestaron ya en el paraíso terrenal, de querer llegar a saber tanto como Dios, ambiciones que siempre acabarían en *confusiones*, y en no saberse entender, hecho que nos cuenta la Sagrada Escritura con la Torre de Babel». Comenta, por ello: «*Desgraciada* de la humanidad si tuviera diferentes maestros, si tuviera que obtener la verdad esencial con discusiones, con investigaciones científicas, con sistemas filosóficos, con intuiciones artísticas. Desgraciados de nosotros si Dios hubiese confiado la verdad eterna a los hijos de los hombres» (13).

En el orden intelectual, en nuestro mundo moderno: «Todo está en *orden de batalla*, las controversias científicas, las luchas de las cuestiones prácticas sociales, hasta parece que vuelve a venir lo que nos parecía solamente propio de las épocas históricas primitivas, la oposición y guerra entre las diferentes razas humanas. Pero todo esto es humano, y, por consiguiente, pequeño y transitorio; lo que hoy se nos presenta como grandiosas actividades y construcciones sublimes, mañana serán

unas sublimes ruinas. La humanidad y el mundo son ahora lo mismo que han estado desde su principio, y Dios es también *siempre el mismo* y no cambia» (14).

En definitiva, todos estos vicios y errores no son otra cosa que: «Una manifestación de la gran herejía contemporánea, es decir, del *naturalismo*» (15). Sin embargo, indica que esta: «Gran herejía moderna que flota en la presente *atmósfera mundana*, de prescindir de todo lo sobrenatural y divino, de fundar la vida en el orden puramente natural y hasta exclusivamente material, no es moderna, sino muy vieja» (16).

El naturalismo, junto con «el liberalismo dominante, cuya raíz filosófica es negar toda dependencia y ordenación de las facultades humanas» (17), son las herejías que han conformado «un siglo que exagera la *importancia de la ciencia*, que piensa que con ella quitará el más y el pecado de la tierra» (18). Se enfrentan de este modo a la verdad cristiana, por lo cual: «Con *pretexto diferente*, en cada época se levanta una oposición contra la santa Iglesia Católica; pero *Las herejías* van pasando y Ella va siguiendo su curso inalterable, sirviendo de arca de salvación a todos los hombres de buena voluntad, que quieren atravesar seguros el mar tempestuoso de la vida» (19).

LA VERDAD Y LA HUMILDAD

Desde la ascunción del pensamiento de Santo Tomás, recuerda Torras y Bages que «La Iglesia nuestra Madre *ama, respeta y fomenta* el trabajo intelectual, sus doctores han sido unos atletas de la inteligencia humana, el gusto de la especulación ha sido vivísimo en muchas generaciones monásticas y eclesiásticas, hasta a veces ha llegado al refinamiento y la Iglesia ha tenido que ponerle medida» (20).

En cambio: «Los *sabios del mundo*, los que se tienen por sabios y hablan como oráculos, y se hacen maestros de la vida humana, son incapaces de comprender la doctrina celestial, la *desprecian*, la tratan como si fuese un cuento y se *burlan* de los que la siguen; pero esto es ya cosa muy vieja, y en el Antiguo Testamento ya encontramos que pasaba lo mismo, y a los mártires del principio del Cristianismo se les acusaba de imbecilidad, como ahora a veces por calles y plazas de las grandes ciudades se burlan y en sus periódicos nos tratan de gente que no tiene inteligencia, ni conocimientos, ni la luz de la razón, poca cosa más que animales» (21).

Paradójicamente, todos estos «sabios» o *Herejes modernos*, que, pueden de una parte elevar el hombre sobre el mismo Dios, al propio tiempo enseñan que el hombre desciende de la mona u otro animal por el estilo;

y mientras proclaman que el hombre no debe sujetarse a nadie y que es soberano, no saben liberarlo de la esclavitud de las pasiones y vicios, que suelen dominar a aquellos mismos *maestros de perdición*» (22).

Se encuentran en ellos los males del mundo moderno, pero además: «La vanidad de los que a sí mismos se llaman *intelectuales* es insoportable. Ignoran el misterio de la vida y quieren pasar por maestros de la vida humana, viven entre tinieblas y caminan a tientas y tropezando y se llaman hijos de la luz (...) La pretensión de nuestros intelectuales de querer enseñar a los hombres el camino de la vida es muy vieja en la historia; siempre hay a quien le gusta pasar por maestro» (23).

Añade en su crítica que: «La Iglesia de los intelectuales es la *Babilonia de la confusión*, ni se entienden ni se pueden entender, es una escuela sin maestro, o mejor dicho, es una escuela en que todo el mundo quiere ser maestro y los maestros que llegan a imponerse lo son solamente por la moda. Es una de las grandes manifestaciones de la vanidad humana, capaz de excitar la curiosidad, de entretener la ociosidad, pero no de satisfacer a la humanidad» (24).

Los intelectuales: «Todo lo quieren pasar por el cedazo de su inteligencia (por eso se dicen intelectuales) y darnos a los otros la regla de vida, o mejor dicho, se manifiestan *enemigos de toda regla* y creyéndose *iluminados*, se emplean a dirigir a los otros hombres. Ellos quieren ser la regla y los pequeños dioses del mundo» (25). Sin embargo, precisa Torras y Bages: «Nuestros *intelectuales* (...) son como los académicos contra los cuales escribió San Agustín. Hombres que no conocen la trascendencia de la vida y la pasan entusiasmándose con *opiniones pasajeras*. Flaqueza muy propia y característica de todas las edades decadentes. Bonitos y ligeros como las mariposas, sufren pronto una transformación humillante» (26).

Algunos de ellos reconocen, en cambio, la limitación del entendimiento humano, pues: «Muchos modernistas predicán *misterios*, y se tiene que hacer honor a su sinceridad cuando confiesan la impotencia humana y caen en el pesimismo; pero, ¿qué diferencia entre los misterios que predicaba San Pablo, los misterios y los misterios de los intelectuales! Estos predicán misterios de *Desesperación*, de destrucción y de amargura, misterios de una oscuridad aterradora; Jesús, sus apóstoles y su Iglesia enseñan misterios de consuelo, de edificación y de luz» (27). Por el contrario: «Los *misterios de los intelectuales* aumentan la confusión, producen la amargura, y, en lugar de guiar a los hombres al lugar del orden y la paz, los conducen al *desorden* y a la *desesperación*, porque los misterios de que está llena

la vida sin la luz cristiana hacen tropezar a los hombres, pero con la luz de Jesús confortan y guían en el camino de la eternidad y nos facilitan el tránsito» (28).

Todos ellos se empeñan en guiar a los demás, pero dirá Torras y Bages: «La orientación de nuestra vida no depende del drama, de la novela, de la crítica o de la filosofía; los intelectuales no sabemos que hayan orientado, pero sí *desorientado* a mucha gente» (29). Escribe también al respecto: «¿Quién nos enseñará la Verdad? ¿Los *hombres habladores* que nunca acaban las razones, y deleitan los oídos con palabras escogidas, y seducen los corazones despertando en ellos las pasiones halagadoras y traicioneras que nunca podrán satisfacer? No; el maestro de la Verdad no es el hombre, porque *todo hombre es mentiroso*, dice el antiguo Profeta (Ps 115, 11), y la Verdad sólo puede enseñarla la misma Verdad, el Verbo eterno, Jesús, Hijo de Dios» (30).

Por ello, hace la siguiente invitación: «Os exhortamos a todos, carísimos, a huir y a *aborrecer la mentira*. Por una aberración que sólo se explica por el pecado original, como otras tantas antinomias que encontramos en nuestro linaje, los hombres no pueden vivir sin la Verdad, y, no obstante, sentimos delicia en la ficción, en la *vanidad* y en la *mentira*» (31). Lo que explicaría que: «Hay cristianos que temen perder la reputación de sabios delante del mundo si se manifiestan creyentes; los hay que se asustan de una burla. Estos viven más de la *vanidad* que no de la verdad» (32).

Recuerda que, en cambio: «La Iglesia es la columna y fundamento de la Verdad sobre la tierra; hasta las verdades que aún conservan los *herejes* y *librepensadores* derivan de ella, y si guardan dichos hombres alguna dignidad de vida que les libera de caer en el estado salvaje, es porque la *Iglesia es como el sol*, que hasta los que están en la sombra y no disfrutan del calor vivificante de aquel astro, no obstante, participan de la luz que de él deriva» (33).

La mentira y vanidad del mundo son opuestas a la verdad y humildad que enseña el cristianismo. Constata Torras y Bages que: «La *modestia* de nuestra vida cristiana contrasta con la *jactancia* de nuestros intelectuales. Ellos todo lo remueven, cielo y tierra; los cristianos nos contentamos (...) El cristiano más eminente se reconoce un discípulo perpetuo, hemos de aprender hasta la hora de la muerte» (34). Por otra parte: «Nada desvanece más la falsedad de las grandezas mundanas que la *experiencia de la vida*; y en el orden práctico, para el hombre de entendimiento bien asentado, la experiencia conduce a la verdad, que es la gran influencia disipadora de las pasiones (...) en el mundo *todo es vanidad*, fuera del servir a Dios» (35).

Siguiendo la doctrina de Santo Tomás, escribe que es preciso: «Deshacerse de los convencionalismos mundanos; hacerse superior a los gastos groseros y animales; trasladarse fuera de *toda vanidad*; despreciar todo lo relativo, como dicen ciertos modernos, o lo temporal, que es lo mismo, como decían los antiguos; obtener la libertad de espíritu y contemplar de cara la Verdad absoluta, que es Dios, aunque sea bajo el velo del misterio, he aquí la *suma felicidad* y de la Gloria a que aspiran todos los hijos de Adán en virtud de la constitución esencial de nuestra naturaleza humana» (36).

LA NATURALEZA Y LA GRACIA

El tomismo de Torras y Bages se advierte claramente en su explicación de la tesis nuclear de Santo Tomás de que la naturaleza humana necesita de la gracia no únicamente para ser elevada al orden sobrenatural, sino también para ser restaurada en la misma línea natural. Indica que: «Lo esencial del mundo, lo esencial de la sociedad, el ennoblecimiento de la vida humana, no nace de una fuerza humana, porque una cosa no puede ser hija de sí misma, la más noble vida humana nace de una *fuerza sobrehumana*» (37).

Igualmente, con Santo Tomás, enseña que la gracia no anula la naturaleza, sino que la exige como sujeto al que perfeccionar natural y sobrenaturalmente. De manera que ella, y todo lo que le sigue, dirá: «Ha de regir nuestra actividad y predominar sobre la naturaleza, a la cual no solamente respeta y consagra en toda su integridad, sino que la fecunda, la eleva, la purifica y la diviniza» (38).

Como una aplicación de esta doctrina tomista, opuesta a todo tipo de pelagianismo, afirma asimismo que: «La *fe* no es el resultado, no es la *consecuencia* de un raciocinio, no es hija de la ciencia, del arte o de la literatura, sino de una influencia sobrenatural y divina. La ciencia, el arte y la literatura no tienen suficientes fuerzas para producir la *fe*, que es de un orden superior a ellas y que es una regla sobre el hombre, una ley del hombre puesta por el Autor del hombre; y como todo autor pone la ley en la obra que hace, conforme a la naturaleza de la obra y en armonía con ella» (39).

En nuestros días, añade: «Muchos piensan que la *fe* se alcanza con industrias o diplomacias del ingenio humano, que es un resultado que se obtiene por las habilidades del sujeto que quiere propagarla, cuando la *fe* es un fruto del Espíritu Santo, y, por consiguiente, el Espíritu Divino no se comunica por medios humanos, sino por una influencia *sobrenatural*» (40). De un modo

más concreto, incluso: «Hoy se habla mucho de la difusión del cristianismo por medio de la controversia, de la investigación y de los estudios, como si la Religión fuese una rana literaria y no una *infusión de vida sobrenatural*. En estos tiempos de libre examen y de vanidades infantiles los hombres antes de creer quieren discutir con Dios, y Dios no discute con los hombres» (41).

Recuerda Torras y Bages que: «La misma *difusión del Cristianismo*, la iluminación del mundo, no se hizo por un puro procedimiento intelectual; hoy mismo las conversiones de los herejes, siempre numerosas, la purificación de los pecadores, la extensión de la Iglesia católica no es un efecto académico». Es cierto que: «La ciencia prepara el camino, quita obstáculos, demuestra que tenemos que creer; pero la infusión de la fe en el espíritu del hombre es una operación divina». Por ello: «Quien piense conquistar la fe con la ciencia se engaña completamente» (42).

Dada esta insuficiencia de la naturaleza humana respecto a lo sobrenatural, e incluso en orden a la propia perfección en el mismo orden natural: «Hemos de huir de la *originalidad*, de la vanidad de tener ideas propias; lo que es muy propio son *nuestros pecados*. Todo lo demás, nuestras ideas, nuestros sentimientos y toda nuestra vida, la mayor sublimidad y heroísmo de la vida, la mayor elevación de nuestras ideas y la mayor nobleza de nuestros sentimientos tiene un origen más alto; *deriva* de la Fuente de vida a la cual el cristiano acude continuamente porque su vida aquí en el mundo, corriendo por la tierra que ensucia el agua más cristalina, sepa conservar la excelencia con que el Creador la dotó y que restableció Jesús Señor Nuestro en los días de su predicación, pasión y muerte sacratísimas» (43).

Manifiesta también, como consecuencia de esta enseñanza de Santo Tomás que «Los cristianos perpetuamente son *discípulos*, y sin querer ser maestros invitan a todos los hombres de buena voluntad a matricularse a la escuela divina fundada por Jesucristo y a aplicarse al estudio de su ciencia de salvación, que es la misma palabra de Dios (...) Con ella pasamos *tranquilamente* nuestra vida y con *serena y pacífica humildad* con ella emprendemos el viaje hacia a la eternidad» (44).

Esta «ciencia» es la «sabiduría de los humildes», «la confusión de la ciencia que llena», «la luz del mundo, el consuelo del espíritu, la fuerza de la vida, la enseñanza universal que nivela todas las inteligencias letradas y sin letras, elevándolas a la sublimidad del conocimiento divino, que Jesucristo enseña desde su cátedra universal y sempiterna» (45).

De ahí que: «Entre la universal humanidad, dentro de la historia de todo el linaje humano los hombres que más resplandecen en la dignidad real, los de más potencia y dominio, no son los conquistadores de pueblos, que a menudo dejan una memoria de aborrecimiento; no son los políticos, que hacen obras y construcciones que en poco tiempo se arruinan; no son los filósofos, las especulaciones de los cuales poquísimos son los que las comprenden; no son los artistas y poetas, quienes a lo más hacen la delicia de hombres de algunas generaciones; a los que contemplamos revestidos de la dignidad real y vemos que se nombra reina y domina de generación en generación, y la universalidad del pueblo, grandes y pequeños, hombres y mujeres admiran, veneran y pagan un vasallaje de amor, son los grandes *confesores de la fe*» (46).

En su clara exposición de esta importantísima doctrina de Santo Tomás, insiste siempre en la afirmación de que: «Jesucristo es de ayer, y de hoy, y de todos los siglos, como ya predicaba el apóstol San Pablo; y su doctrina siempre tiene *idéntica actualidad*, porque los hombres siempre *son los mismos*, y las leyes de la conciencia del hombre no varían; y como Dios es siempre el mismo, porque es eterno, para encontrar a Dios, siempre tiene un invariable camino, el camino de la Verdad y de la Justicia» (47). Un camino también de hoy, porque: «La humanidad por sí sola es como una *rueda que gira* sobre sí misma, sólo el Cristianismo le ha abierto un camino de perfeccionamiento y de elevación, la base del cual ya no es la confesión del misterio, sino la sublime solución que de los misterios de la vida temporal y de su encadenamiento con el misterio de la eterna vida de Jesús» (48).

En definitiva el hombre siempre y en todo necesita de la gracia de Dios. Lo confirma el hecho de que: «Todo hombre en las grandes crisis, cuando para vencer obstáculos necesita esfuerzos prodigiosos, *desconfía de sí*, y levantando las manos al cielo, invoca el auxilio de lo alto (49). Es preciso tener en cuenta que: «Es necesaria esta vida espiritual, porque el *mundo es un aprendizaje* para prepararnos al estado de perfección del otro mundo. Quien no hace el aprendizaje no puede entrar en el Reino Eterno. Y conviene recordarlo con frecuencia: trabajamos para un reino que eternamente dura. Lo presente se acaba y no obstante, es la base de la vida eterna» (50).

LA DOCTRINA ÉTICA

Es igualmente patente su fidelidad al pensamiento de Santo Tomás en la exposición de la doctrina moral, que presentó siempre como una explicación de la ética

de la *Suma*. Por ejemplo, en su escrito *La formación del carácter*, que subtítulo *Comentario familiar de Santo Tomás de Aquino*, preparado meses antes de su consagración episcopal (8 de octubre de 1899) y dedicado al examen de los principales vicios y virtudes, siguiendo al Aquinate indica que: «El temperamento, trabajando, modificado, rectificado y dirigido por la fuerza racional constituye lo que decimos comúnmente el carácter» (51). Con Santo Tomás, sostiene que: «El instinto del hombre ha de ser *Dirigido racionalmente*, se ha de ejercer racionalmente. Si un instinto no se ejerce racionalmente, este instinto deja de ser racional, y es, por tanto, irracional; y si es irracional no es humano, sino *bestial*» (52).

También reconoce que: «Entre las pasiones y la razón a menudo hay una gran contrariedad, que el carácter resultante es diametralmente opuesto al temperamento en muchas personas (53). Pero, muestra que: «Si no hay *inteligencia* en su dirección, esta fuerza, en lugar de ser útil y beneficiosa se convierte en terriblemente *destructora*» (54), porque: «El vicio siempre es irracional, la virtud es profundamente verdadera» (55).

Es también muy fiel a la ética tomista la observación de que: «Cuando el hombre no se sabe *hacer fuerza a sí mismo* para abdicar de los halagos del mundo exterior y proporcionarse la satisfacción de la contemplación del espíritu que constituye la vida del hombre interno, el hombre se encuentra dominado por la *tristeza*, siente la tristeza de este siglo, como dice San Pablo, cae en el pesimismo, que desgraciadamente también hoy es la enfermedad de tantos espíritus, porque les falta vida religiosa, el alimento del espíritu, lo verdaderamente sustancial; les falta el agente que contribuye a rehacer las fuerzas del hombre y a sostener la dignidad humana» (56).

Después de describir el vicio de la soberbia y el vicio capital de la avaricia, se ocupa del de la lujuria, señalando que Santo Tomás: «Con todo el poder de la palabra, con la precisión acostumbrada y con la claridad vivísima con que penetra hasta el convencimiento (...) dice que la lujuria aniquila la *inteligencia* y la *voluntad* humanas; produce en primer lugar (...) la *ceguera*, el ofuscamiento de la razón (...) dice después que produce la falta de consejo, la *precipitación*, el hombre dominado por esta pasión se precipita, no puede soportar el proceso racional de la reflexión» (57).

Añade que, por ello, puede afirmarse que: «La *lujuria* es el más grande disolvente del carácter humano. El hombre, cuando le domina esta pasión, *pierde el carácter*; no tiene carácter: entonces viene una especie de evaporación humana, una aniquilación del hombre, la

voluntad pierde el imperio sobre el hombre, desaparece la autoridad de la razón, que ya no dirige la vida personal o individual» (58). Además, hace notar que: «En las épocas de decadencia de las costumbres, en las que el vicio se extiende, en el que va tomando por dentro a la sociedad, y especialmente entre los jóvenes, con la extensión de este vicio viene como un *culto del cuerpo*, hasta llegar a lo ridículo en la pretensión de vestir con elegancia, en ponerse olores, más propio de mujeres que de hombres; hasta la juventud pierde la virilidad, que es lo que afirma más la dignidad de la juventud dentro de la sociedad humana» (59).

En relación al vicio capital de la gula, desde las observaciones sobre el mismo Santo Tomás, advierte: «Cuando nosotros vemos en ciertas épocas el predominio de la *gula*; como vemos ahora (...) cocineros que alcanzan gran renombre y prestigio, que se publican periódicos y libros dedicados al arte de la cocina; cuando existe toda una literatura culinaria, hemos de creer que los espíritus no se han de elevar mucho» (60). Una época de gula es siempre decadente.

En su explicación de la ira, insiste como el Aquinate en la necesidad de la virtud de la paciencia. Indica que: «Encontraremos siempre contrariedades, contradicciones, modos de pensar diferentes, afectos y sentimientos opuestos, y, por tanto, si el hombre no tiene segura y dominada la pasión de la ira, si el hombre no posee esta virtud de la *paciencia*, será siempre un *desgraciado* sobre la tierra» (61).

Señala también que en la adquisición de las virtudes morales es necesario un gran esfuerzo, pues: «Toda virtud supone diligencia. La *pereza* es incompatible con cualquier virtud cristiana o humana; es incompatible con cualquiera de las perfecciones humanas, y esto no solamente en la esfera moral, sino también en el terreno intelectual. La sabiduría es incompatible con la *pereza*» (62). Sin embargo, termina la obra indicando que, a pesar de «ser una cosa difícil y ardua el camino de la virtud (...) hay un camino más fácil: es el camino del amor» (63).

En el *Panegírico de Santo Tomás de Aquino*, pronunciado en 1882 en el Seminario Conciliar de Barcelona, al tratar de la ley moral, ofrece la solución del problema de la gracia y de la libertad, de tal modo que evidencia su profunda comprensión de la doctrina tomista. Afirma, por ejemplo: «Dios, liberal y magnífico, que quiso hacer a las criaturas participantes de la dignidad de causa (S. Th., I, c. 22, a. 3, c.), hizo la voluntad del hombre la causa más poderosa y libre, la más aproximada a El, porque así como los más allegados a un monarca terreno, son los que más participan de la soberanía, así la criatura

humana participa de un modo ilustre de aquella *libertad*, que es una prerrogativa de Dios. A Dios debe el hombre su autonomía y su libertad; grandísimo error, es, pues, desterrar a Dios de la humanidad para hacer a ésta libre, error tan enorme como fuera apagar el sol para ver mejor. Nuestra voluntad es libre y, no obstante, sus actos buenos de Dios *proceden*, como el magistrado de una ciudad ejecuta actos de jurisdicción, y, no obstante, toda jurisdicción deriva del Sumo Imperante» (64).

Puesto que la gracia es la causa total del bien que realiza el hombre, cuya libertad no es destruida, afirma Torras y Bages que: «De fuera pues, nos viene el *poder* y la *soberanía* de la *voluntad* de que tan ufanos estamos, y esta nuestra libertad de que nos envanecemos y con frecuencia exageramos, en Dios tiene puestas las raíces y de aquella infinita sustancia saca todo su ser y valimiento» (65). Y concluye diciendo: «Nada eres, oh hombre, sin el *concurso* y la *gracia divina*; mas con ellos puedes dignamente representar en la tierra el papel de vicario y lugarteniente de Dios» (66).

El hondo arraigo del pensamiento de Santo Tomás en Torras y Bages, se manifiesta quizás aún más visiblemente en sus *Preces tomísticas*, escritas en 1883. En la séptima meditación, dedicada al consejo de Santo Tomás, en su *Carta exhortatoria a Fray Juan*, de «muéstrate amable con todos», hace la siguiente invitación: «Se propone la sabiduría moderar, equilibrar y ordenar de tal modo las fuerzas de nuestra naturaleza, que hasta en lo exterior de la persona resplandezca el sumo concierto que en su interior domina, y la amabilidad para con todos es el signo cierto de un carácter *bien templado*. Si no eres *amable* para con todos, sobrevivirá luego la discordia en el círculo en que debes vivir, se alterará tu corazón, se perturbará tu mente y la ciencia no prenderá en tu entendimiento desasosegado. La verdadera ciencia es amable» (67).

Invita también a que: «Reprimiendo de tu corazón todo tumulto», ser *prenda de paz* entre aquellos en cuya sociedad debes vivir» (68). Recuerda en otra meditación que: «La perturbación de espíritu es contraria al espíritu tomístico, cuyo distintivo es la *serenidad* y el *sosiego*» (69).

Por último, igual que Santo Tomás aconsejaba en su carta: «No dejes de dar tiempo a la oración», escribe Torras y Bages: «Si a todo cristiano le es indispensable la *oración*, mucho más al hombre de estudio; y si en todas las ocasiones difíciles debemos recurrir a este remedio celestial, de un modo particular si pretendemos alcanzar los excelentísimos dones de la ciencia y de la sabiduría» (70).

NOTAS

(1) J. TORRAS Y BAGES, *Panegírico de Santo Tomás de Aquino*, en Idem, *Obres Completes*, Barcelona, Ed. Ibérica, 1913-1927, 10 vols., V, pp. 51-70, pp. 59-60.

(2) Idem, *L'àngel de les escoles*, en *Obres Completes*, op. cit., VIII, pp. 211-216, p. 215.

(3) Idem, *Panegírico de Santo Tomás de Aquino*, op. cit., p. 60.

(4) Idem, *L'àngel de les escoles*, op. cit., p. 213.

(5) Idem, *La saviduria dels humils*, en *Obres Completes*, op. cit., I, pp. 221-254, pp. 226-227.

(6) Ibid., p. 227.

(7) Idem, *La confessió de la fe. Contra la vanitat dels que's diuen intel.lectuals*, en *Obres Completes*, op. cit., II, pp. 132-136, p. 164.

(8) Ibid., p. 157.

(9) Idem, *Preces tomísticas*, en *Obres Completes*, op. cit., VII, pp. 111-142, p. 131.

(10) Idem, *La saviduria dels humils*, op. cit., p. 231.

(11) Ibid., p. 227.

(12) Ibid., pp. 240-241.

(13) Idem, *La confessió de la fe*, op. cit., p. 153.

(14) Ibid., pp. 163-164.

(15) Idem, *La saviduria dels humils*, op. cit., p. 238.

(16) Ibid., p. 229.

(17) Idem, *Panegírico de Santo Tomás de Aquino*, op. cit., p. 66.

(18) Idem, *La confessió de la fe*, op. cit., p. 152.

(19) Ibid., p. 164.

(20) Ibid., p. 150.

(21) Idem, *La saviduria dels humils*, op. cit., pp. 230-231.

(22) Ibid., p. 233.

(23) Idem., *La confessió de la fe*, op. cit., p. 148.

(24) Ibid., p. 149.

(25) Ibid.

(26) Ibid., p. 161.

(27) Ibid., p. 155.

(28) Ibid., pp. 155-156.

(29) Ibid., ©. 150.

(30) Idem, *la saviduria dels humils*, op. cit., pp. 232.

(31) Idem, *La confessió de la fe*, op. cit., p. 161.

(32) Ibid., pp. 158-159.

(33) Idem, *la saviduria dels humils*, op. cit., p. 228.

(34) Idem, *La confessió de la fe*, op. cit., 148-149.

(35) Idem, *La formació del caràcter. Comentari familiar de Sant Tomàs d'Aquino*, en *Obres Completes*, op. cit., pp. 391-466, p. 448.

(36) Idem, *la saviduria dels humils*, op. cit., p. 234.

(37) Idem, *La confessió de la fe*, op. cit., p. 150.

(38) Ibid., p. 158.

(39) Ibid., p. 150.

(40) Ibid., p. 153.

(41) Ibid., p. 154.

(42) Ibid., p. 150.

(43) Ibid., p. 149.

(44) Ibid., p. 148.

(45) Idem, *La saviduria dels humils*, op. cit., p. 231.

(46) Idem, *La confessió de la fe*, op. cit., pp. 159-160.

(47) Idem, *La saviduria dels humils*, op. cit., p. 231.

(48) Idem, *La confessió de la fe*, op. cit., p. 156.

(49) Idem, *Panegírico de Santo Tomás de Aquino*, op. cit., p. 66.

(50) Idem, *La formació del caràcter. Comentari familiar de Sant Tomàs d'Aquino*, op. cit., p. 465.

(51) Ibid., pp. 396-397.

(52) Ibid., p. 420.

(53) Ibid., p. 397.

(54) Ibid., p. 420.

(55) Ibid., p. 398.

(56) Ibid., p. 463.

(57) Ibid., p. 421.

(58) Ibid., p. 420.

(59) Ibid., p. 422.

(60) Ibid., p. 460.

(61) Ibid., p. 433.

(62) Ibid., p. 459.

(63) Ibid., p. 465.

(64) Idem, *Panegírico de Santo Tomás de Aquino*, op. cit., p. 66.

(65) Ibid., pp. 66-67.

(66) Ibid., p. 67.

(67) Idem, *Preces tomísticas*, op. cit., p. 130.

(68) Ibid., p. 131.

(69) Ibid., p. 128.

(70) Ibid., p. 127.



LA SAVIDURIA DELS HUMILS

† Josep, Bisbe de Vich, 30 de Janer de 1902

(...) El nostre temps és temps de superbia i, de consegüent, de falta de reflexió i de molta lleugeresa; no més fa cas de les coses grosses, del soroll, de la vanitat, de la coloraina, de lo que fereix els sentits; i per això les coses de l'esperit no les sab entendre, perquè l'home animal no entent lo espiritual (I Cor., II, 14), i per a entendre la ciencia de salvació se necessita un talent que solament posseeixen els humils, una revelació celestial que mai tindran els qui estàn milats de superbia i vanitat, segons declara el mateix Jesucrist en el Sagrat Evangeli (Mat. XI, 25). «Jo us glorifico, oh pare celestial, Senyor del Cel i de la terra, perquè heu tingut amagades aquestes coses als savis i prudents del sigle, i les heu revelades als petits i humils.»

I que'l vici dominant i capital del nostre temps és la superbia, se demostra observant còm el món se contradiu a si mateix; puix predica que vol ésser popular i amic del pobre i del treballador, i, no obstant, avorreix i s'avergonyeix de lo popular, de lo senzill, i tothom se'n vol anar per les altures i fer el savi, i d'aquí és que no fa cas del gran miracle de Déu, de la ciencia que il.lumina a tot el món, fins als enemics de Jesucrist, la doctrina de l'Evangeli, és a dir, la Veritat posada a la mida de totes les intel.ligencies pel gran Benefactor i Redemptor de la Humanitat, qui es constituí Pedagóg de tots els homes, el Verb etern encarnat en la Persona del Fill de Maria, qui distribueix el Pa de la Veritat fins als homes de menor intel.lifencia; i per això el món s'avergonyeix de la doctrina de l'Evangeli, perquè és la ciencia dels qui no són científics, no obstant de que poseeixen la més alta saviduría, la que deriva directament de la Font de la Veritat, la ciencia de la salvació, ensenyada per Jesucrist Senyor Nostre.

(...)

Els savis del món, els qui es tenen per savis i parlen com oracles, i es fan mestres de la vida humana, són incapaços de comprendre la doctrina celestial, la desprecien, la tracten com si for una rondalla i es mofen dels qui la segueixen; però això ja és cosa molt vella, i en l'Antic Testament ja trobem que passava lo mateix, i als màrtirs del principi del Cristianisme els acusaven d'imbecilitat, com ara devegades pels carrers i places de les grans ciutats ens motegen i en sos diaris ens tracten de gent que no tenim intel.ligencia, ni coneixements, ni llum de raó, poca cosa més que besties. Però rès d'això, caríssims germans i fills, ens ha de venir de nou, perquè Jesucrist ja ho profetitzà, perquè Sant Pau, amb una eloqüencia meravellosa, ja ho predicà, ensenyant que aquesta saviduría del món era fatua perquè no cura de rès, ni il.lumina, ni consola, ni fortifica, ni dirigeix com la saviduría dels humils, que'l món, és a dir, el regne de les concupiscencies, no entendrà mai perquè'ls vapors d'elles, espessíssims, priven del raig de llum divina que escampa en totes direccions la santa ensenyança de l'Evangeli, i que'l Catecisme popularitza per tot arreu per ministeri de la Santa Iglesia catòlica.

¡Oh ciencia de Jesucrist, saviduría dels humils! ¡tu ets la confusió de la ciencia que infla, tu ets la llum del món, el consol de l'esperit, la força de la vida, la ensenyança universal que nivella totes les intel.ligencies lletrades i sense lletres, elevant-les a la sublimitat del coneixement diví que Jesucrist ensenya desde la seva càtedra universal i sempiterna!

Perquè'l Catecisme de la Doctrina Cristiana és el llibre de text de la Humanitat en tots els sigles, el llibre de la vida, i la centuria que comencem necessita tant d'ell com els sigles passats i els venidors. Jesucrist és d'ahir, i d'avui, i de tots els signes, com ja predicava l'apòstol Sant Pau (Hebr. XIII, 8), i la seva doctrina sempre té idèntica actualitat, perquè'ls homes sempre som els mateixos, i les lleis de la consciència de l'home no varien; i com Déu també és sempre el mateix, perquè és etern, d'aquí que l'home, per a trobar a Déu, sempre ha de fer un invariable camí, el camí de la Veritat i de la Justícia, segons la expressió del profeta David (Ps. CXVIII, 142).

¿Quí ens ensenyarà la Veritat? ¿Els homes parlaires qui mai acaben les raons, i delecten les orelles amb paraules triades, i sedueixen els cors despertant en ells passions falagueres i traïdores que mai podran satisfer? No; el mestre de la Veritat no és l'home, perquè tot home és mentider, diu l'antic Profeta (Ps. CXX, 11), i la Veritat sols pot ensenyar-la la mateixa Veritat, el Verb etern, Jesús, Fill de Déu; per això diu Ell en el Sagrat Evangeli (Joan, XIV, 6): «Jo só la Veritat, jo só el Camí, jo só la Vida»; i en altre lloc (Joan, VII, 12): «Jo só la Llum, qui em segueix a Mi, no caminarà a les fosques.»

Lo que havem de creure i lo que havem de practicar, és lo que se'ns ensenya en el catecisme de la Doctrina cristiana, o en altres paraules, en ell se'ns ensenya la Veritat i la Justícia, tals com les ensenyà Jesucrist.

Lo que havem de creure se conté en la Doctrina de fe; i recordeu, caríssims germans i fills, aquella sentència de Sant Pau (Hebr. XI, 6): «Sense la fe és impossible agradar a Déu»; i aquella altra del mateix Jesucrist en l'Evangeli (Marc, XVI, 16): «El qui no cregui, és a dir, el qui rebutgi la fe ensenyada pel Salvador i proposada per sa Iglesia, es condemnarà.»

La vida cristiana és un camí que porta a l'altre món, d'on ningú n'ha tornat; però Jesucrist n'ha vingut, i per això Ell únicament pot ensenyar-nos el misteri de la eternitat, essent la Llum que il.lumina entre les tenebres de la vida present.

Si s'apaga aquesta Llum l'home queda a les fosques, i per a il.luminar-nos, el Catecisme de la Doctrina cristiana ens ensenya els misteris de Déu, hu en Substancia i Trinu en Persones; la Encarnació de la segona Persona, o sia del Fill, en les virginals entranyes de Maria per obra i gracia de l'Esperit Sant; son Naixement, sa predicació i sa mort, per a redimir al llinatge humà de la esclavitut del pecat en que caigué després de la prevaricació de nostres primers pares; sa resurrecció i sa glorificació, causa i exemplar de nostra resurrecció i de nostra gloria; la fundació de la Iglesia i la institució dels Sagraments, mediant els quals se difón a tots els homes que dignament els reben, la gracia del Redemptor: aquesta gracia dóna a l'home la dignitat de fill adoptiu de Déu, i el dret a la herencia de la Gloria.

I aquí convé notar la conveniencia de que'ls qui ensenyen la Doctrina cristiana a persones de discreció, apliquen els principis de la nostra santa fe sobre la dignitat de l'home, criat i redimit per Déu, contra'ls errors dels heretges moderns, qui, volent d'una part elevar l'home sobre'l mateix Déu, al propi temps ensenyen que l'home descendeix de la mona o altre animal per l'estil; i mentres proclamen que l'home no deü subjectar-se a ningú i que és sobirà, no saben deslliurar-lo de la esclavitut de les passions i vicis que solen dominar a aquells mateixos mestres de perdició. I així per l'estil, la meditació profunda de les veritats del Catecisme ensenyarà als eclesiàstics i altres persones qui es dediquen a explicar-lo, que la ciencia de salvació portada al món per Jesucrist és útil en tots els sigles i propia per a destruir

tots els errors, essent el Catecisme gravat profundament dins del cor, el millor preservatiu contra les seduccions de la mentida.

(...)

Alguns pensen que les sublimitats de la Religió no estan a la mida de la intel·ligència popular, i tindrien raó si la Religió fos proposada en forma d'una filosofia; i per això en l'antiquitat, abans que vingués a la terra el Mestre diví, si bé és cert que alguns filòsops posseïen unes quantes veritats, més el poble estava dominat per la superstició; i encara avui dia en els llocs on ha minvat la creència cristiana veiem el mateix fet: a força d'estudi certes persones instruídes obtenen algú coneixement de la veritat, però el gran nombre queda encallat en la superstició i en l'error. Precisament ensenya Sant Tomàs que l'objecte de la fe és generalitzar i facilitar el coneixement de la Veritat, és posar la Veritat a la mida de tothom, i aquest és el gran miracle que feu al principi l'Esperit Sant en la Iglesia de Déu, i que en certa manera se reproduïx en tots els temps, com ja pronostigaren els antics profetes (Joel, II, 28) quan, com en un quadre, presentaven un temps a venir en que tothom, homes i dones, xics i grans, quedarien revestits d'un esperit superior i sobrenatural, il·luminats per la ciència de la vida.

La ciència de la vida és una ciència viva, íntima, que radica en l'esperit del cristià; el llibre d'aquesta ciència cada un el porta dins el cor, i més aviat que no pas un llibre és un mestre que en totes les circumstàncies de la vida declara amb veu alta i sobirana el camí que hem de seguir. Es l'Esperit Sant (Hebr. X, 14) qui té son temple en nostre cor i allí ens deixa oir sos divins oracles. Però l'Esperit Sant parla a l'home d'una manera humana; si ens parlava com parlen entre si els esperits no l'entendríem, hi ha d'haver un element material que entri pels sentits; «la fe per la orella», deia l'apòstol Sant Pau (Rom, X, 17), i, no obstant, ell mateix afirmava que la fe provenia de l'Esperit Sant. Aquesta és la llei perpetua de la redempció cristiana, aquest és el camí de la santificació humana: que l'home i Déu vagin a la una; el catequista parla a la orella, estampa ses lliçons en la memòria del deixeble, i l'Esperit Sant a son temps farà que aquelles lliçons parlin a l'ànima, aquelles lliçons se convertiran en veus viventes i predicadores de la Veritat.

La naturalesa i la gràcia, la raó i la fe corren en bona harmonia en l'ànima del cristià. Entre la vida natural i la vida sobrenatural hi ha una conjunció perfecta. L'infant desde que naix té les arrels de la raó, desde que és batejat té les arrels de la fe, però ni l'una ni l'altra poden encara manifestar-se; l'Esperit Sant empelta la fe sobrenatural i divina en la raó humana, i aquesta unió de vida intel·lectual, l'aliança de la raó i de la fé, dona a la intel·ligència humana un poder i eficàcia triomfal (Joan, V, 4).

(...)

En la Sagrada Litúrgia, quan el sacerdot parla oficialment amb Déu en la Santa Missa, demana al Senyor per a tots els fidels una comunicació, una participació (*partem aliquam donare digneris*) amb els apòstols i màrtirs. Nos desitgem a tots vosaltres, caríssims germans i fills, una participació en la dignitat apostòlica, la missió principal de la qual consisteix en el zel i pràctica de la propagació de la Veritat, i de la Justícia, i de la Caritat cristiana, és a dir, en catequitzar, paraula ja usada per Sant Pau (Galat, VI, 6), a fi de que després d'aquesta vida de batalles espirituals, mereixem formar, al costat dels Sants Apòstols, fonament de tot el Cristianisme, la Cort gloriosa i feliç de l'Omnipotent.

LA CONFESSIÓ DE LA FE

† Josep, Bisbe de Vich, 25 de janer, festa de la Conversió de Sant Pau, de 1906

VANITAT DELS INTEL·LECTUALS EN VOLER ENSENYAR LA VIDA

(...) La vanitat dels qui a si mateixos s'anomenen intel·lectuals és insuportable. Ignoren el misteri de la vida i volen passar per mestres de la vida humana, viuen entre tenebres i caminen palpant i ensopgant i s'anomenen fills de la llum. Són enemics de la fórmula i l'univers enter és una immensa fórmula, i el nostre enteniment és una fórmula i la nostra vida és una fórmula; una fórmula viva que no pot passar dels termes que la comprenen. En el llenguatge inspirat de les Sagrades Escripures trobem un mot que equival a la paraula fórmula, *verbum*, que significa no sols la idea, sinó també la expressió i la realitat de les coses creades. És la essència de la vida. Hem de viure segons la fórmula, i la nostra fórmula és la santa fe catòlica emanada del Verb de Déu, Jesús, Fill de la Immaculada Verge Maria, i de l'Esperit Sant que Ell envià al món després de la seva misericordiosa redempció.

La pretensió dels nostres intel·lectuals de voler ensenyar als homes el camí de la vida és molt vella en la història; sempre hi ha qui li agrada passar per mestre; però Jesús, el Fill de l'home, deia (Matth., XXIII, 8 i 10). «No vulgueu ésser anomenats mestres; de mestre no n'hi ha més que un, el Crist.» En aquest concepte Sant Agustí sostenia que la humilitat no tenia més que un mestre, el Verb de Déu, que il·lumina a tota intel·ligència creada.

Per això els cristians perpetuament som deixebles, i sense voler ésser mestres convidem a tots els homes de bona voluntat a matricular-se a la escola divina fundada per Jesucrist i aplicar-se a l'estudi de la seva ciència de salvació, que és la mateixa paraula de Déu. La paraula de Déu és el nostre aliment, la nostra força, la nostra llum i la nostra delícia. Amb ella passem tranquil·lament la nostra vida i amb serena i pacífica humilitat amb ella emprenem el viatge envers la eternitat. La modestia de la nostra vida cristiana contrasta amb la ufana dels nostres intel·lectuals. Ells tot ho remenen, cel i terra; els cristians ens contemtem, Jesucrist se contentà amb la societat existent, sense parar mai, no obstant de fer-li tot el bé que podia, de millorar-la i de rectificar-la (Matth., V, 171); i així

continua obrant la Santa Mare Iglesia. El cristià més eminent se regoneix un deixeble perpetuu, hem d'aprendre fins a l'hora de la mort. Hem de fugir de la originalitat, de la vanitat de tenir idees propies; lo que és molt propi són els nostres pecats. Tot lo demés, les nostres idees, els nostres sentiments i tota la nostra vida, la major sublimitat i heroisme de la vida, la major elevació de les nostres idees i la major noblesa dels nostres sentiments té un origen més alt; deriva de la Font de vida a la qual el cristià acut continuament perquè la seva vida aquí en el món, corrent per la terra que embruta l'aigua més cristallina, sàpiga conservar la excel·lència amb que'l Criador la dotà i que restablí Jesús Senyor Nostre en els dies de la seva predicació, passió i mort sacratíssimes.

Aquesta humilitat, caríssims, us explica la unitat de la nostra Santa Iglesia, estesa per tot el món en tanta diversitat d'homes de diferents temperaments, llengües i costums i en èpoques tant distintes de la història. La iglesia dels intel·lectuals és la Babilònia de la confusió, ni s'entenen ni es poden entendre, és una escola sense mestre, o més ben dit, és una escola que tothom vol ésser mestre i els mestres que arriben a imposar-se ho són solament per torn de moda. És una de les grans manifestacions de la vanitat humana, capaç d'excitar la curiositat, d'entretenir la ociositat, però no de satisfer la humanitat.

¿Quina regla de vida personal o social han portat al món?

VALOR JUST DE LA CIENCIA EN LA CONQUESTA DE LA FE

Tot ho volen passar pel cedaç de la seva intel·ligència (per això es diuen intel·lectuals) i donar-nos als altres la regla de vida, o més ben dit, se manifesten enemics de tota regla i, creient-se il·luminats, s'emprenen de dirigir als altres homes. Ells volen ésser la regla i els petits déus del món.

La Iglesia nostra Mare ama, respecta i fomenta el treball intel·lectual, els seus doctors han sigut uns atletes de la intel·ligència humana, el gust de la especulació intel·lectual ha sigut vivíssim en moltes generacions monàstiques i eclesiàstiques, fins

devegades han arribat al refinament, i la Iglesia ha tingut que posar-hi mida. Perquè nosaltres els homes racionals no som pures intel·ligències, perquè la intel·ligència, si bé és la nostra potència, més noble i la directora, no obstant, no és l'única força humana; la imaginació i el sentiment representen una força de difusió admirable i sens elles la intel·ligència fóra estèril i quedaria molt reduïda la força motora de la voluntat. En tot moviment espiritual, doncs, la intel·ligència es transfondeix mitjançant la imaginació i el sentiment. Però lo essencial del món, lo essencial de la societat, l'ennobliment de la vida humana, no neix d'una força humana, perquè una cosa no pot ésser filla de si mateixa, la més noble vida humana neix d'una força sobrehumana. La orientació de la nostra vida no depèn del drama, de la novela, de la crítica o de la filosofia; els intel·lectuals no sabem que hagin orientat però sí desorientat a molta gent.

La mateixa difusió del Cristianisme, la il·luminació del món, no's feu per un pur procediment intel·lectual; avui mateix les conversions dels heretges, sempre nombroses, la purificació dels pecadors, la extensió de la Iglesia catòlica no és un efecte acadèmic; la fe no és el resultat, no és la conseqüència d'un raciocini, no és filla de la ciència, de l'art o de la literatura, sinó d'una influència sobrenatural i divina. La ciència, l'art i la literatura no tenen prou forces per a produir la fe, que és d'un ordre superior a elles i que és una regla sobre l'home, una llei de l'home posada per l'Autor de l'home, com tot autor posa la llei a l'obra que fa, conforme a la naturalesa de l'obra i en harmonia amb ella.

La fe, doncs, és una llei que Déu ha donat a la seva criatura racional. Qui es pensa amb la ciència conquerir la fe s'enganya del tot; la ciència prepara el camí, treu obstacles, demostra que havem de creure; però la infusió de la fe en l'esperit de l'home és una operació divina (...)

LA FE ÉS OBRA DE L'ESPERIT DE DÉU

La fe és un fruit de l'Esperit Sant, és una il·luminació que persevera en l'esperit del vertader deixeble de Jesucrist i li constitueix un hàbit en virtut del qual pensa, judica i viu. Constitueix una nova vida, per això aquell qui perd la fe és mort per a la vida sobrenatural; la fe és un requisit essencial per a la vida cristiana; la fe és l'arrel i la font de la vida sobrenatural; la fe no'ns ha de venir dels homes, no pot venir-nos dels homes, sinó del mateix Déu.

I aquesta lliçó convé donar-la en veu molt alta i que tothom la entengui perquè avui és molt

oblidada, i molts pensen que la fe s'alcança amb indústries o diplomàcies de l'enginy humà, que és un resultat que s'obté per les habilitats del subjecte qui vol propagar-la, quan la fe és un fruit de l'Esperit Sant, i, de consegüent, l'Esperit diví no's comunica per medis humans, sinó per una influència sobrenatural. Jesucrist Senyor Nostre clarament ho manifestà a Sant Pere, quan l'antic pescador esplèndidament confessà la fe que tenia en la seva divinitat, dient-li aleshores Jesús aquelles paraules que consigna l'Evangeli (Matth., XVI, 17): «No és la carn, ni la sang, oh Pere, qui t'ha fet aquesta revelació, sinó el meu Pare, qui està en el Cel.»

L'activitat científica del temps modern, desptant en el nostre llinatge les seves ambicions antigues i sempre frustrades, que's manifestaren ja en el paradís terrenal, de voler arribar a saber tant com Déu, ambicions que sempre acabaràn en confusions, i en no saber-se entendre, fet que'ns conta la Sagrada Escripura amb la torre de Babel, i que avui veiem reproduir en les nombroses sectes qui neguen els vincles socials, i que, de consegüent, signifiquen que'ls homes no s'entenen; l'ambiciosa, doncs, activitat científica de la gent moderna, i els refinaments literaris i artístics que formen la delícia de la seva vida han enterbolit la grandiosa i verdadera idea de la fe en molts enteniments, d'altra banda ben intencionats, i prenen la excelsa filla de l'Etern, la fe divina, com una manifestació de la consciència humana, com un fruit que espontaniament ha produït la humanitat, i no com una paraula que Déu ha parlat als homes pel ministeri dels antics profetes i sobre tot per Jesucrist, en qui s'inclou explícita o implícitament tota la revelació divina.

La revelació és una, com la humanitat és una, com la Religió és una, com Déu és hu. Per això també és una càtedra de la doctrina celestial. Desgraciada de la humanitat si tenia diferents mestres, si havia d'obtenir la veritat essencial amb discussions, amb investigacions científiques, amb sistemes filosòfics, amb intuïcions artístiques. Desgraciats de nosaltres si Déu hagués fiat la veritat eterna als fills dels homes dels quals digué ja el Psalmista (X, 2) que disminuïen la veritat. Ni el principi, ni la difusió, ni el sosteniment de la Veritat eterna en el món és obra de les forces humanes; els homes solament han sigut instruments tenuíssims de Déu en la constitució de son regne en la terra. Avui es parla molt de la difusió del Cristianisme per medi de la controversia, de la investigació i dels estudis, com si la Religió fos un ram literari i no una infusió de vida sobrenatural.

TORRAS Y BAGES TEÓLOGO DE LA HISTORIA

J.J. ECHAVE SUSTAETA

En junio de 1881 el sacerdote Torras y Bages recibía de manos del Cardenal Casañas una estatua del Arcángel San Miguel enarbolando el estandarte del Corazón de Jesús. Era el premio a su trabajo *«La Influencia de la Devoción al Sagrado Corazón de Jesús en los tiempos modernos»*, galardonado en el Congreso de Tarragona. En él podemos ver compendiada su visión de la historia de la humanidad en su lucha y sometimiento a los planes de Dios, con el anuncio del seguro triunfo de Cristo en la historia, precisamente cuando sus enemigos crean habérselo arrebatado.

Su esperanzada visión, fundada sólo en la seguridad de las promesas de Dios, y causada sólo por su iniciativa sobrenatural, nos resulta hoy mucho más necesaria que hace un siglo, pues las consecuencias de la tentación de separar primero, y de expulsar después, a Dios de la sociedad de los hombres, han llegado a sus últimas consecuencias.

Mas ello, para Torras y Bages, al igual que para el P. Ramière, no es obstáculo, sino al contrario, requisito, para el triunfo prometido, pues éste se obra por la actitud misericordiosa y compasiva de Dios con la humanidad perdida en el abismo de sus desgracias y pecados. es entonces cuando Dios la restaura por medio de las misericordias de su Divino Corazón.

Transcribimos unos fragmentos de esta obra en la que el autor sintetiza su filosofía, y más aún, su teología de la historia, que, años más tarde, siendo ya obispo, desarrollaría en numerosas pastorales y escritos.

«Como la geometría nace de los primeros principios, la filosofía de la historia nace del principio de que Dios gobierna a los hombres».

CRISTO ES EL SEÑOR DE LA HISTORIA

... Dios ha instituido la sociedad y es el Señor de la misma, a quien corresponde gobernarla y dirigirla, y a quien deben acudir en busca de consejo los encargados de conducirla a la consecución de sus fines.

(...)

Ya desde antiquísimos tiempos resonó la voz de los profetas que anunciaban la venida del gran Rey

que había de reconstituir y dar nuevas leyes a la sociedad... Consignó Dios, pues, la humanidad en favor de su Hijo Unigénito, al que le dio por herencia todas las gentes y todas las generaciones, extendió su dominio desde los confines del mar hasta el cabo de la tierra, le confirió cetro de hierro con que gobernarlas y quebrarlas como vaso de alfarero, y con aquella voz que hace estremecer al mundo, promulgó a éste el deber de que todos sus reyes le rindieran vasallaje y le pagasen tributo, y después de establecer este supremo dominio en favor de su Hijo, dirigiéndose a los reyes de la tierra y a los rectores de las naciones les dice: «Y ahora reyes aprended, dejasos aleccionar, jueces de la tierra». Y el mundo a su tiempo aceptó a tan ilustre Rey y las sociedades todas civilizadas le proclamaron Rey de los reyes y Señor de los que dominan.

EN LA CRISTIANDAD, CONJUNTO DE NACIONES SURGIDAS DE LA IGLESIA, DIOS Y EL HOMBRE CONVIVÍAN EN PAZ EN TODOS LOS ÓRDENES DE LA VIDA INDIVIDUAL Y SOCIAL

La Iglesia, esposa de Cristo, es la madre que en su seno formó las naciones de Europa, y de su conjunto que llamamos la cristiandad. La Caridad era el vínculo que todo lo ligaba suavemente, y admitiendo la sociedad aquel sublime principio de que la Caridad es la vida, dio muestras en aquellos tiempos de un vigor y energía que admiran a los siglos actuales, incapaces de oponer las resistencias y vencer los obstáculos que entonces se vencieron.

(...)

España, porque ha sido la nación más católica, es también la que presenta tal vez un ejemplar más magnífico de esta vida social movida a impulsos de la Caridad.

Cuando la sociedad era cristiana de veras el Cristianismo formaba su sustancia, es decir se admitía el Cristianismo tal como lo enseña la Iglesia... Dios era el Padre y amigo del hombre... duran en nuestro Principado de Cataluña como un precioso resto de un estado social eminentemente cristiano, danzas que en

las plazas de los pueblos se bailaban al compás del canto de la historia versificada de la pasión de Cristo. Entonces el hombre siempre era cristiano: éralo en el escondite de su conciencia y en la plaza pública, en la gestión de los negocios políticos y en la de los domésticos, cuando se ocupaba de filosofía y literatura, y cuando manejaba el arado y la lanzadera; éralo en la junta, donde debatía asuntos importantes, y en el baile y en el teatro donde se entregaba alegremente al esparcimiento. Dios y el hombre siempre andaban juntos, y éste vivía de la vida de Aquél, que es la única y verdadera vida.

LA REBELIÓN SATÁNICA DEL HOMBRE CONTRA DIOS, COMENZÓ POR SEPARAR LA RAZÓN DE LA FE

El hombre debe estar unido a Dios mediante la inteligencia y la voluntad, y siempre que se consuma el fatal divorcio entre el Creador y la criatura, se empieza rompiendo la alianza de la Fe con la razón...

El hombre quiso sobreponerse a Dios, la razón disipar la Fe, y por lo mismo el estado prescindió de ella para el gobierno de la sociedad. Todo quiso hacerlo de nuevo la soberbia humana, y, aborrecedora de Dios como es de suyo, fue a buscar los moldes de su pretenciosa creación en los tiempos anteriores a aquellos en que la Sabiduría divina se difundió sobre la tierra. Todo lo que se había formado al calor de la Iglesia era imperfecto y debía destruirse... Empezaba aquella odiosa separación de la inteligencia humana y la divina, la lucha satánica del hombre contra Dios, que debía acabar en nuestros días por proclamar a Dios enemigo del hombre, levantándose éste en son de guerra contra Dios.

(...)

Al hombre nada le halagaba tanto como usurpar los derechos de Dios, sentarse en su trono; la historia de los hombres políticos de toda clase de gobierno lo patentiza y la de los filósofos lo pone más claro que el mismo sol. La independencia de la razón, la ilimitación del derecho, la destrucción de la obligación y el querer sujetar a los otros e imponerles leyes, es común entre los primeros, que pretenden gobernar y no ser gobernados, y entre los segundos, que por lo regular no quieren ir en pos de los maestros y ellos se erigen en maestros de los demás.

COMO EL ÁRBOL NO PUEDE VIVIR CON LAS RAÍCES SEPARADAS DE LA TIERRA, ASÍ EL HOMBRE NO PUEDE VIVIR SEPARADO DE DIOS

... Todo debía secularizarse y gobernarse con un criterio puramente humano, y la destrucción de la antigua unión entre el poder civil y el religioso, a la revolución contra el predominio de Dios en la sociedad, se la saludó como el principio de una época de libertad, como el ocaso y caída de una época de esclavitud.

DIOS Y EL HOMBRE NO PUEDEN VIVIR SEPARADOS...

Nunca como en los tiempos actuales, las sociedades abiertamente se han rebelado contra Aquél que habita en las alturas y que se complace en gobernarlas con amorosa sabiduría. Dios ha sido echado de la sociedad. Con altisonantes palabras los doctores comenzaron a proponer su expulsión como un remedio eficaz para que de aquélla desapareciesen todas las dolencias; Dios y el bienestar, decían, son incompatibles en el mundo, y complaciendo esta doctrina en gran manera a la mayor parte de los que han gobernado las naciones por espacio de más de un siglo, han ido rompiendo uno a uno todos los hilos dulcísimos que ligaban a la sociedad con Dios. ¿Podrá vivir separada de Él? No hay nadie de los que creen en Dios que no esté tan seguro de su imposibilidad, como de que un árbol, arrancado de cuajo de la tierra, viva y prospere con las raíces al aire.

CUANDO SE EXPULSA A DIOS DE LA SOCIEDAD SE HUNDEN LA PATRIA Y LA FAMILIA

(...)

Mas por lo mismo que la Caridad es una irradiación divina, cuando una sociedad desecha a Dios de su seno, al mismo tiempo en ella fenece aquella virtud excelentísima... al desaparecer el Estado cristiano, la Caridad se vuelve al cielo; dejando Cristo de ser el vínculo que unificaba la nación y unía entre sí las sociedades, al desaparecer aquella hermosísima confederación que se llamaba la Cristiandad, reaparecieron las antiguas «gentes», y como de las de su tiempo afirmaba San Pablo, que eran «sine affectione», así también las modernas...

La patria y la familia dejan de ser amadas cuando Dios deja de ser amado, y cuando Dios es aborrecido, aquellas dos nobilísimas instituciones sobre las que descansa la dignidad de la sociedad humana, son perseguidas y muertas.

Es cierto que nunca como ahora el hombre había dominado la materia; pero también lo es que tal vez nunca la materia había dominado tanto al hombre.

... Mas, a pesar de estas profundas llagas, la sociedad

moderna, formada bajo los auspicios del Estado racionalista, tiene brillante perspectiva y fortísimos estímulos para los ojos y corazones carnales.

... Dios es el que gobierna la sociedad, el que la forma y la organiza, por lo cual siempre que el hombre pretende usurparle este derecho, que tan debido le es, la sociedad reporta de ello una terrible pero debida paga. El no atender a las indicaciones divinas, el erigirse en creador de la sociedad, no contentándose con el papel de instrumento de la Providencia, siempre que el Estado deja de ser la prolongación o complemento del hombre en todas sus relaciones, o sea de la familia, aquél, no siendo la forma natural de la sociedad, no sirve para la perfección y felicidad de ésta, antes por el contrario, la desazón domina en ella y la falta de acuerdo entre ambos acaba con una catástrofe.

ES INDUDABLE QUE NUESTRA SOCIEDAD HA DE SER RESTAURADA POR DIOS PARA SU GLORIA

Mas si el hombre tiene un fatal e inmenso poder para desprenderse de Dios, no lo tiene para buscarlo, por lo cual todo remedio ha de ser divino. Dios es el solo que puede curar a las sociedades, ostentando en estas maravillosas curaciones los mismos sublimes atributos que manifestó en su constitución; Él tan sólo conoce y domina su naturaleza, y, por lo tanto, a Él está reservada la curación. Y es indudable que la sociedad debe ser restaurada, pues si Dios la comenzó, Él ha de perfeccionarla y no dejar que se frustre como se frustran las obras humanas; ha de conducirla a feliz y magnífico término como en demostración de la gloria de su Hacedor. Mas ¿quién podrá purificar lo que es impuro? ¿Quién podrá fortificar lo flaco? Únicamente Aquél que es puro por esencia y fuerte por naturaleza podrá expeler de la sociedad la escoria que en ella han acumulado las pasiones humanas y llenar el vacío de sus debilidades con sus poderosísimas influencias. El mal de la sociedad no es otro que haberse separado de Dios, y tal ha sido siempre el mal del hombre que pugna para separarse de Aquél sin cuya unión no puede vivir; por lo cual el único remedio es la infusión de Dios en esta misma sociedad, la mezcla del elemento divino con todo el conjunto de elementos que la componen, y de los cuales ha de ser la base, el nexa que entre sí los ligue. A Dios no pueden ponérsele cortapisas ni limitaciones, por lo cual quiere penetrar con su influencia hasta las entrañas y los más recónditos átomos de la sociedad. Por no haber sido así, porque los hombres y las sociedades en vez de admitir el ser legislados por

Dios, quisieron legislarle a Él, por haber querido sacudir el yugo divino o secularizándose, han quedado yertas y frías, la Caridad que las animaba se ha desvanecido, y ha resucitado aquel antiguo y egoísta monstruo del Estado que no piensa ni obra más que para sí mismo.

DIOS HA REVELADO EN ESTOS TIEMPOS MODERNOS LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS PARA ATRAER Y RESTAURAR A LA SOCIEDAD POR EL AMOR DE SU MISERICORDIA

(...)

Nunca los hombres volverían a Dios cuando han emprendido los caminos de perdición, si Él, en su infinita sabiduría e inefable misericordia, no hubiese dispuesto las cosas de tal manera que, siguiendo la sociedad el curso que le abren sus apetitos, no se encontrase miserablemente perdida...

En estos días de desolación y amargura en que se han aflojado los lazos de aquella estrechísima unión entre la divinidad y la humanidad que se consumó con la Encarnación del Verbo, habiéndose la sociedad separado de Cristo, quiere Éste otra vez enlazarla consigo en amorosísimo consorcio; para ello, ha revelado a la Iglesia la devoción excelentísima de su amoroso Corazón, que venerables revelaciones y robustas argumentaciones prueban que ha de ser la restauradora de esta desvencijada sociedad, a la cual traerá el soplo divino que ha de rejuvenecerla y vigorizarla, atrayéndola por medio del amor a aquella unión con la Divinidad que forma su grandeza.

EL REMEDIO: LA CONSAGRACIÓN DE TODOS LOS HOMBRES AL CORAZÓN DE JESÚS

Así aquel magnífico Pontífice que destruyó en el terreno especulativo las gigantescas y flacas construcciones del liberalismo y de la revolución, al lanzar desde lo alto del Vaticano la condenación y anatema de los principios fundamentales de una civilización anticristiana, considerando sin duda la desolación de la sociedad, que por unos momentos se había enamorado de un vano ídolo, con dulce y poderosa voz exclama: *«En medio de las multiplicadas calamidades por que pasa la Iglesia y la sociedad civil, acójense todos a Jesucristo y a su Corazón dulcísimo, y pídanle que con los lazos de su amor todo se lo atraiga, para que los hombres, inflamados con su amor santísimo, anden en conformidad con los deseos de su Corazón».*

Así hablaba en aquella inmortal Encíclica «*Quanta Cura*», que, acompañada del «*Syllabus*» dejó pasmados a amigos y enemigos. Y la confianza del valeroso Pío IX en el Sagrado Corazón fue creciendo... hasta que habiendo llegado ya la Iglesia a su completo abandono de los poderes terrenos, cuando no sólo dejaron de considerarla como madre, sino que la trataron como enemiga, convoca a todos los que sienten

en su alma el amor de Cristo y les intima a que se consagren a su Corazón.

JOSÉ TORRAS Y BAGES

«Influencia de la Devoción al Sagrado Corazón de Jesús en los tiempos modernos»

Tarragona, 26-VI-1881



Pío IX.

EL CARDENAL VIVES I TUTÓ, VISTO POR EL DOCTOR TORRAS I BAGES

fr. VALENTÍ SERRA de MANRESA, ofm cap.

La positiva incidencia del purpurado capuchino José de Calasanz Vives i Tutó en la vida eclesial de la Cataluña de siglo, ha sido estudiada, últimamente, con gran fecundidad por beneméritos investigadores de nuestro pasado eclesial (1). En esta breve nota queremos aportar, simplemente, el testimonio lleno de gratitud, simpatía y respeto que, el Doctor Torras i Bages, obispo de Vic, amigo personal del Cardenal Vives, manifestó en ocasión del fallecimiento del cardenal ocurrido en Monteporzio (2) [2] el 7 de septiembre de 1913.

Transcribimos, seguidamente, un fragmento de la semblanza que el obispo Torras escribió del Eminentísimo Cardenal Vives para el número extraordinario de la revista *Estudios Franciscanos*, que la Provincia de Capuchinos de Cataluña dedicó en homenaje al cardenal. Así se expresa el prelado ausetano sobre Vives i Tutó:

“En el Cardenal Vives armonizaban admirablemente la humildad del tosco sayal franciscano y la majestad de la Púrpura Romana. Era un Príncipe asceta, un cultivador de la ciencia eclesiástica y de la devoción cristiana, un contemplativo constante de las verdades sobrenaturales y un celoso é incansable propagador de la Religión... fundador del Convento de Capuchinos de la ciudad de Igualada, catalán insigne que nunca olvidó y amó tiernamente á su país, y sobre todo sacerdote de admirable virtud, piedad é ilustración” (3).

El mismo Torras i Bages, en la *oración fúnebre* que pronunció, el día 17 de noviembre de 1913, en los solemnes funerales que en la Santa Iglesia Catedral de Barcelona se dedicaron al fallecido cardenal, acabó de matizar la semblanza del cardenal Vives, añadiendo importantes aspectos sobre la proyección eclesial del humilde capuchino:

“La influencia espiritual sobre el clero es la más trascendental que puede ejercerse en la Iglesia de Dios. Dominado profundamente por esta idea, la actividad asombrosa del cardenal Vives, en los libros que publica, en sus pláticas y relaciones espirituales, en su labor legislativa

y, sobre todo, la influencia personal, directa, íntima y espiritual ejercida tratando á los jóvenes sacerdotes con quienes estuvo en relación [...] Sin duda porque la persona de nuestro querido Cardenal despedía el olor de la santidad, y reflejaba siempre una acrisolada discreción, los Romanos Pontífices León XIII y Pío X le escogieron para ejercer las funciones más delicadas del supremo magisterio de la Iglesia. Miembro de muchas y trascendentales Congregaciones Cardenalicias, formaba además parte de dos Comisiones, que podemos decir están destinadas á regularizar la vida interior y exterior de la Iglesia: la Comisión para los Estudios Bíblicos, y la que prepara la Codificación del Derecho Canónico. La fe y las costumbres son el todo de la vida cristiana, y el cardenal Vives, de riquísima cultura eclesiástica, de vivo y penetrante ingenio, espíritu equilibrado, fino y recto, conocedor de la tradición de la Iglesia, saturado de las verdades reveladas, de las cuales vivía, hecho al trato de las gentes de distintas razas, era hombre á propósito para tomar parte en la doble tarea de la defensa de los Libros Sagrados, que contienen la palabra revelada; y la de la vida pública de la Iglesia, que ha de irradiar su belleza interna, á pasar de la fragilidad humana, en los organismos destinados á sostener la vida sobrenatural del linaje humano” (4).

También el cardenal Vives por su parte manifestaba una gran admiración y aprecio por el prelado vicense y, en este sentido, las cartas que habitualmente se dirigían son un precioso testimonio de esta amistad y admiración compartidas; por ejemplo, cuando apareció el primer volumen de la traducción castellana de los escritos de Josep Torras i Bages (5), el Cardenal Vives i Tutó, se expresaba desde Roma con los siguientes términos:

“Con satisfacción muy grande he sabido que va a ser un hecho la publicación de los preciosos escritos pastorales de V.E.I. Con ello veo cumplido un vivo deseo y ruego mío, que

tantísimas veces he repetido en mis cartas; porque cada día estoy más convencido del grande servicio que con ello prestará a la Iglesia, al clero español y a los escritores católicos. Dios Nuestro Señor le ha concedido un don especial para tratar con exquisita discreción, eficacia y sabiduría las cuestiones más difíciles Teológicas, Filosóficas y Sociales... Felicito, pues, de corazón al Obispo, peritísimo teólogo, filósofo profundo y apologista insigne, que siempre me han revelado los escritos de V.E.I.; le doy gracias por haberse decidido a hacer violencia a su excesiva modestia, accediendo a mis continuos ruegos y a los de otros, que, conociendo el inestimable valor de sus escritos, deploraban no fuesen conocidos como merecían” (6).

Esperamos que a través de esta breve nota histórica, hayamos contribuido a perfilar el rostro e incidencia espiritual de dos grandes figuras eclesíásticas de los albores de nuestro siglo, con la esperanza que, su actitud de amor y servicio a la Iglesia, sean estímulo para nosotros, creyentes que nos tocará de protagonizar la

“nueva evangelización” que, decididamente, ha de marcar el tercer milenio.

Notas

1. Ver, principalmente, los estudios de J. BONET i BALTÀ recogidos en el libro *L'Església catalana de la Il·lustració a la Renaixença* (Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1984).
2. Vg. BASILI de RUBÍ, *Necrologi dels Caputxins de Catalunya i Balears*, Barcelona 1945, p. 251. El Cardenal Vives había nacido en St. Andreu de Llavaneres el 15 de febrero de 1854. Capuchino desde 1869, recibió el sacerdocio en 1877 y después de trabajar en la Curia General de la Orden en Roma, fue nombrado consultor de distintas Congregaciones Romanas. En 1899 fue designado Teólogo-Consultor del I Concilio Plenario Americano y nombrado cardenal por León XIII. Una biografía, bien documentada, escrita poco después de la muerte de Vives i Tutó, es la del P. ANTONIO M. DE BARCELONA, *El Cardenal Vives y Tutó de la Orden de Frailes Menores Capuchinos*. Barcelona, Ed. L. Gili, 1916.
3. Vg. Josep TORRAS i BAGES, *El Eminentísimo Cardenal Vives, a Estudios Franciscanos* (extra 1913) pp. XVI-XVII.
4. *Ibidem*, pp. 237-238.
5. Cfr. J. TORRAS i BAGES, *De la Ciudad de Dios y del Evangelio de la Paz. Cartas Pastorales*. Traducidas al castellano por el P. Ignacio Casanovas. Barcelona, Ed. Ibérica, 1913 (3 vols.)
6. ADV. Carta del Cardenal Vives al obispo Torras i Bages. (Roma, 24 set. 1912).



El Emmo. y Rdmo. P. José de Calasanz Vives y Tutó (1854-1913)

EL DR. TORRAS Y BAGES Y LA MÚSICA

HUG BANYERES BALTASÀ, 2º organista de la Catedral de Lérida

La lectura atenta de la reflexión del Dr. Torras y Bages nos hacen patente al Venerable Obispo de Vic como poseedor de una Metafísica de la Música que supera y trasciende con frecuencia las más altas expresiones de los más notables Maestros; y no podía ser de otra manera, si se acerca a ella desde perspectivas cristianas, amparadas especialmente del método de Santo Tomás, en quien, como se sabe, la analogía atraviesa como un rayo de luz y por completo toda su concepción sistemática. Resulta un excepcional y profundo conocedor, que en modo alguno huye del uso de los tópicos cuando son útiles como entrada a consideraciones de mayor densidad, situando el Arte sublime de la Música en lo íntimamente recóndito del espíritu, y aún más alto: en la mismísima voz angélica que alaba al Cordero ante el Trono, la más elevada misión para la criatura inteligente. Lástima que tanto la capacidad personal, como muy especialmente la profundidad del tema, solamente permitan un modesto esbozo, al que no obstante no han de faltarle ni entusiasmo ni buena voluntad.

Torras y Bages señala para el Arte en general que *“es el grado más elevado de la vida racional, y efecto de la operación más excelsa en el orden especulativo”*. Es difícil mayor contenido: El Arte es, pues, el hecho que más revela el acto más perfecto del entendimiento, y por lo tanto de la realización de la criatura humana; el acto cumbre, en el que aquella mejor representa el Ser a imagen del Cual ha sido hecha. Acto purísimo de la mente, en el que ha de hacerse evidente la superior y acabada identificación entre la inteligencia y lo que le corresponde como propio y connatural. Si es así, nada más coherente que la substanciación del Arte llegue a ser, especial y necesariamente, Belleza como esplendor de la Verdad, y del Amor.

Cuando expresamente se refiere a la Música —y siempre se refiere a ella en su sentido más perfecto— dice que *“es expansión de la naturaleza racional”* y *“la inclinación natural del espíritu”*. Por lo tanto, nada hemos de encontrar en la Música que no sea a la vez o parte esencial o propiedad de la inteligencia. No caben en ella, en su esencia, elementos de orden inferior al ser, ni referentes a los productos de desperdicio de nuestra psicofisiología, o misteriosas resonancias del inconsciente. Por ser la Música esencialmente racional

es que el gran Obispo puede decir que es *“lenguaje inteligible a todos los hijos de Adán*, reposando la vía de comunicabilidad en el trascendente accesible a toda inteligencia, perceptible por cualquier mente, apta por esencial para la percepción de la verdad del ser.

En la economía de la dirección y gobierno de las apetencias del ser humano, es a la razón que pertenecen las riendas y el timón. Y es la naturaleza racional de la Música que le autoriza a atribuirle como propiedad la condición por excelencia de *“arte de mover los afectos”* y *“educadora de los sentimientos”*, *“gobernadora de las pasiones”*. Por esto llega a ser *“consuelo en la pena”* ... *“motivo de alegría”*, y *“contrarresta el sensualismo de las costumbres y el vicio”*. Nuestro Doctor hace suya, y la supera, la expresión de Aristóteles en su Política: *“Puede verse como, después de haber oído una música que ha conmovido su alma, se tranquilizan de pronto al sentir los cantos sagrados, que vienen a ser como una especie de curación y purificación moral”*. Para el Dr. Torras la Música es, pues, medicina; pero más: factor educativo de primerísima importancia, y valiosa ayuda para tirar el lastre de las incontinencias i manchas morales, y para prevenir su ataque, a semejanza de Amfión que movía las piedras con su Música y, obediente, formaban las murallas de Tebas.

El valor educativo de la Música le hace decir que *“es medio de aprendizaje de las verdades cristianas”*; y que *“difunde en las almas la impresión de la Belleza que es comunicación de uno de los atributos de la Divinidad”*. Pero el hábito de la analogía le permite ir más allá: La Música, *“símbolo de toda la Religión de Jesús, que es Música divina; expresión la más adecuada de las cosas divinas”*; *“expresión y símbolo, imagen y figura, resonancia de la vida superior que obtiene la humanidad en Cristo”*. *“Representación de la eterna Gloria, de la vida celestial; símbolo de la plenitud humana definitiva y perfecta”*. ¿No es haciendo estas analogías que el Dr. Torras manifiesta con entusiasmo la verdadera naturaleza metafísica de la Música? La plenitud humana y definitiva, actividad del intelecto contemplando la Eterna Verdad, como enseña Santo Tomás, el acto más perfecto de la razón, y por lo tanto el acto más musical posible.

En nada debe sorprender que, todavía, senseñe: *“La relación que existe entre Música y Religión no es ex-*

terna... sino de substancia y esencia”, de lo que es, y de lo que puede predicarse del ser. Es desde este rayo de luz que dirá que “...ciertas almas elegidas viven ya en esta vida en la región de la pureza y el amor...” la Bondad eterna... queriendo que degustaran las celestiales delicias... se ha valido de la Música, que... a pesar de la distancia entre cosas divinas y humanas, la Música es la expresión más adecuada de la perfección y armonía de éstas”. Y no se estará de decir que “Jesús es verdaderamente como el Orfeo de la humanidad, y su doctrina celestial es una Música divina”. Y como “el canto es la forma propia del amor”, y “Dios atrae por amor”, la Música viene a ser símbolo del amor de Dios.

Con todo, el Obispo de Vic nos advierte: “Hay una música afeminada, sensual y enervadora”... “La sabiduría cristiana ordena abstenerse de toda música que provoque el desenfreno de las malas pasiones para evitar el naufragio del vicio”. ¿Qué diría el venerable

Doctor al oír la esterilidad melódica y la plétora ruidosa y rítmica de la actual música de masas? Se trata de un fenómeno de corrupción de la íntima esencial de la Música, una inversión, al igual que las sectas satánicas invierten la Cruz. Es en ella inexistente la esencia racional, y revelan la existencia del mal en esta esencial privación. Por analogía, podemos concluir que el Dr. Torras vería en ella un símbolo del Misterio de Iniquidad.

Y es obligada una conclusión: En nuestros Templos se han colado melodías que en modo alguno son conformes con el elevado concepto de la Música del Dr. Torras y Bages, haciendo añicos una multiseccular riqueza. Es responsabilidad de los cristianos echar fuera de la Casa del Padre toda señal de profanación, y cuidar en todas partes la auténtica Música Litúrgica, si no queremos renunciar a la cosecha que promete el profundo saber transmitido por este Sucesor de los Apóstoles, el gran Obispo tomista.



LA SEMANA TRÁGICA DE JULIO DE 1909 a la luz del magisterio del Obispo de Vic Dr. Josep Torras i Bages

JOSÉ VIVES SURIÁ

LA REVOLUCIÓN EN VÍA LENTA

Cuando el 26 de julio de 1909, al amparo de una huelga general, las turbas frenéticas y deicidas, dan comienzo al incendio, destrucción, saqueo, profanación y devastación de Iglesias, Centros benéficos, Conventos y edificios religiosos de Barcelona y otras poblaciones cercanas a ésta, que proseguirán hasta el día 30 de aquella semana que ha pasado a la historia con el sobrenombre de SEMANA TRÁGICA, más que ante la tremenda realidad de un hecho «nuevo», que hubiese surgido de improviso, nos hallamos en una de las crestas culminantes de un proceso revolucionario iniciado con mucha anterioridad. Un proceso en el que se genera y desarrolla el foco cancerígeno, para decirlo con una imagen, que mina y acabará arruinando todo el edificio de la Restauración. Sin entrar en valoraciones de las personas que ostentaron la realeza, es indudable que la Restauración es en gran parte el triunfo de una maniobra para impedir el triunfo del Carlismo, que era entonces —en aquellos tiempos cargados con toda suerte de turbulencias que siguen a la Revolución del 1869 y que se agravan con la República del 1873, tan parecidos a los nuestros de hoy— la fuerza y bandera a que se acogían la gente honrada y de orden. Este origen, esencialmente tarado de la Restauración, como fórmula propicia a amansar el carácter violento de la Revolución, situando a ésta en la vía lenta, y no en la de intentar ponerle fin, lo vendría a reconocer claramente el Capitán General de Madrid Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque, que el 3 de enero de 1874 disolvía el Congreso de Diputados para poner fin al caos republicano, mediante una acción violenta que no ha sido cuestionada por sus beneficiarios. Habían fracasado sucesivamente, en el corto espacio de diez meses, los tres primeros presidentes de la República, Figueras, Pí y Margall y Salmerón, y la inminente caída de Castelar, su cuarto y último presidente, estaba a punto de sumir a dicho Régimen en la anarquía. El hecho de fuerza, cuidadosamente planeado por el general Pavía, lo explica éste transcurrido algo más de un año de la siguiente manera:

«Había yo escrito varias veces a los Ejércitos del Norte, del Centro y de Cataluña y había mandado comisionados con el objeto de saber cómo opinaban respecto al gobierno que sucediera al señor Castelar y respecto de aquellas Cortes. En los Ejércitos del Centro, del Norte y de Cataluña reinaba el mismo desconcierto que en las fracciones políticas: todos estaban unánimes en obedecer al señor Castelar y eran contrarios al Gobierno que le sucediera y todos se mostraban agresivos contra aquellas Cortes.

«La anarquía hubiera sido el triunfo del Carlismo.

Mi actuación de Capital General de Madrid, ante unas Cortes impotentes para gobernar, era difícilísima. Así, pues, me decidí a llevar a cabo el acto violento del 3 de enero.

¡Ah, señores diputados! Si yo no hubiera ejecutado ese acto, España entera me habría despreciado y el Ejército me hubiera maldecido, porque sin aquel acto no hubiera quizá terminado el 3 de enero sin que hubiera entrado en Madrid don Carlos de Borbón» (Discurso pronunciado en el Congreso el 17 de marzo de 1875).

LA REVOLUCIÓN MANTIENE EL SENTIDO Y LA DIRECCIÓN DE SU MARCHA

Con la Restauración, culminada por el general Martínez Campos con el pronunciamiento de Sagunto el 29 de diciembre de 1874 al proclamar Rey a don Alfonso XII, la Revolución no era vencida, ni siquiera se detenía decisivamente. Simplemente, se limitaba mientras así le conviniese, a mantener sin estridencias el sentido y la dirección de la marcha. En cualquier caso, la Restauración brindaba a las fuerzas disolventes una cobertura legal, hija de los principios que la informaban, una cobertura que no habría tenido con el Carlismo al que por segunda vez se cerraba el camino de su acceso al poder. Los hombres de la anarquía y de la Revolución podían por el momento nadar y guardar la ropa. Andando el tiempo, con las masas seducidas por mil mentiras y engaños, y abrasadas por unas propagandas libertinas, brutales y exentas de toda clase de escrúpulos, con las gentes de orden adormecidas y

somnolientas por el virus de los principios liberales, ya volvería a llegar irremisiblemente la hora de la Revolución fiera. Era cuestión de paciencia. De paciencia y de no dejar poner la reja del arado sobre el surco. En el Debate, órgano de la Masonería, número correspondiente al 30 de septiembre de 1882, se descifra el enigma:

«El Código inmortal de 1869, que no pudo arraigarse en nuestro país bajo la monarquía de don Amadeo de Saboya, por razones que están al alcance de todo el mundo, echará raíces bajo la de don Alfonso. Tras un largo e infructuoso período de aventuras, tras el desdichado ensayo de la República, durante el cual la nación estuvo a punto de caer en los brazos de la demagogia primero y después en las garras del absolutismo, es lógico que pensemos todos, que piensen todos los demócratas, en contribuir, con su prestigio y con sus fuerzas, a robustecer lo existente, buscando la restauración de las conquistas de septiembre por los medios suaves y pacíficos, y abandonando, por gastado, los recursos revolucionarios» (Mauricio Carlavilla. EL REY. Radiografía del Reinado de Alfonso XIII, pág. 12).

Paso a paso, sin hacer demasiado ruido a veces, en otras sin dejar de hacer el necesario para sus planes siniestros, se iba apilando la leña y manteniendo cada vez más vivo el rescoldo de la Revolución. Las sucesivas crestas de la ola revolucionaria, con sus abominables consecuencias, ya vendría en los momentos propicios y por sus pasos contados. Hemos de insistir en ello. Las logias masónicas eran cada vez más influyentes y numerosas, y a su amparo la Revolución cobraba día a día nuevas fuerzas. Comprémos esta pujanza:

«En septiembre del 1882, el Serenísimo Gran Oriente de España publicó un manifiesto en el que daba cuenta de su creciente desarrollo, representado en 39 Capítulos y 280 Logias, sin contar las Cámaras superiores, ya filosóficas, ya sublimes, y cuyo número jamás alcanzó nuestra Institución en este desgraciado país, ni aun en las épocas en que, abiertas con la Revolución de septiembre de 1869 las válvulas de la libertad y del progreso, el espíritu de una propaganda más entusiasta que reflexiva atrajo infinitos iniciados a nuestros talleres, que pronto se multiplicaron en asombrosa proporción, comparada con la forzada inercia a que la Masonería redujera en época anterior al fanatismo político de la intolerancia religiosa» (Autor, libro y página anteriormente citados. Reproducido de la revista masónica LATOMIA, Vol. II, pág. 246, 1933).

Estas eran las consecuencias de la política reinante, tan parecida a la de ahora en nuestra Patria, aunque no lo vieses o aparentasen no verlo unos doctrinarios que, según feliz expresión de Vázquez de Mella, «levantaban tronos a los principios y cadalsos a las consecuencias».

LA REVOLUCIÓN ENTRA EN UNA ESPIRAL DE VIOLENCIA

A medida que van quedando lejos los actos de fuerza de Pavía y del pronunciamiento de Sagunto de Martínez Campos, de fechas 3 de enero y 29 de diciembre de 1874, respectivamente, el proceso revolucionario se agudiza y entra en una espiral de creciente violencia. A partir de la muerte de Alfonso XII en el Real Sitio del Pardo el 25 de noviembre de 1885, entresacamos un muestrario de hechos:

El 6 de agosto de 1897, asesinato de Cánovas, el hombre clave de la Restauración, por el anarquista italiano Angiolillo en el Balneario de Santa Agueda; el 12 de agosto de 1904, el anarquista Joaquín Miquel Artal apuñala a Maura, a la sazón Jefe del Gobierno y del Partido Conservador, en la plaza de la Merced de Barcelona; el 31 de mayo de 1905, en París, tentativa de regicidio en la persona de Alfonso XIII, en el cruce de las calles Rohan y Tívoli, mediante lanzamiento de bomba contra la carroza en la que regresaba de la Ópera con el presidente de la República francesa Francis Louvet, y posible intervención como autor o coautor de Mateo Morral, bajo iniciativa de Francisco Ferrer y Guardia; el 31 de mayo de 1906, un año después de la anterior, nueva tentativa de regicidio por lanzamiento de bomba cuando la carroza regia, rodeada del mayor fausto palatino, regresaba de la Iglesia de los Jerónimos, donde la real pareja acababa de contraer matrimonio, y discurría frente al número 88 de la calle Mayor de Madrid, con el resultado de 24 muertos y 101 heridos, hecho perpetrado por Morral, que acabó suicidándose, bajo la más que probable inducción de Ferrer y Guardia; y para no alargar más esta nota baste decir que desde el mes de marzo de 1907 hasta el año 1909 estallan en Barcelona 27 bombas, sin contar otras diez halladas en la acequia de la calle Condal.

Todo ello no se producía porque sí, ni podía constreñirse al resultado de unas acciones plagadas de simple fanatismo individual. Las propagandas más bajas y disolventes, las campañas de prensa más inicuas e impías, el avivamiento más pérfido de las más viles pasiones, el uso y abuso de la letra impresa sin freno y sin conciencia, las asambleas y mítines anticlericales, constituían una permanente llamada a la Revolución que un día u otro, en el momento oportuno, había de llegar. Allí, formando haz, se unían los ímpetus de demagogos y de políticos turbulentos, de anticlericales y masones, de ácratas y anarquistas. Y, por si fuera poco, en Barcelona, Alejandro Lerroux, apodado «el emperador del Paralelo», de fogosa palabra e incontenible audacia verbal, había tomado en sus manos la tea incendiaria con la que se proponía reducirlo todo

a pavesas. A sus juventudes —a las que acabaron cortando el paso en seco las juventudes carlistas— se las conocía con el sobrenombre significativo de «jóvenes bárbaros». Querían ser los amos y señores de la calle, los dueños de vidas y haciendas, y su jefe, Alejandro Lerroux, las había arengado en el curso del año 1906 —unos tres años antes de la Semana Trágica— de esta manera:

«¡Jóvenes bárbaros de hoy!: entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura; destruid sus templos; acabad con sus dioses; alzad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres para virilizar la especie; penetrad en los Registros de la Propiedad y haced basuras con sus papeles para que el fuego purifique la infame organización social; entrad en los lugares más humildes y levantad legiones de proletarios para que el mundo tiemble ante sus jueces despiertos. Hay que hacerlo todo nuevo, con los sillares empolvados, con las vigas humeantes de los viejos edificios derrumbados; pero antes necesitamos la catapulta que abata los muros y el rodillo que nivele las hogueras. No os detengáis ante los sepulcros, ni ante los altares... Hay que destruir las Iglesias. Luchad, matad...» (Historia de la Cruzada Española, volumen I, tomo III, pág. 45).

Maura, el hombre político más entero de aquel régimen, había sometido invariablemente su acción al siguiente principio: «el pensamiento no delinque». Pero en el pensamiento, como había enseñado Jesucristo en el Evangelio, se halla la raíz del mal, y en su libre expresión, cuando vulnera los más elementales principios del derecho natural, el verdadero origen y la causa nefasta de numerosos y gravísimos males. Cuando lleguen los días terribles de la «Semana Trágica», que está ya ahí incubada y latente, podremos repetir como un lamento aquellas palabras que a raíz de la Revolución de septiembre brotarán como un apóstrofe del alma extraordinariamente sensible de Aparisi y Guijarro: «sembrasteis y la mies maldita amarillea».

LA REVOLUCIÓN AL ROJO VIVO. LA «SEMANA TRÁGICA»

Es dentro de este contexto, y no otro, en el que se produce la «Semana Trágica», que tiene por epicentro a Barcelona y se extiende a otras poblaciones, entre ellas la de Manresa, durante los días 26, 27, 28, 29 y 30 de julio de 1909. Es cierto que poco antes se había reproducido el conflicto de Marruecos, al que el gobierno de Maura hizo frente con la llamada impopular y probablemente errónea de los reservistas, y que frente al amasijo de la Solidaridad Catalana se levantaba la conjunción tal vez más íntima y estable de la Solidaridad Obrera, amén de otras muchas cuestiones siempre latentes en un régimen

de lucha sin escrúpulos por la tenencia y posesión del poder político. Pero la clave, la verdadera clave, está en otra parte. En la guerra a muerte declarada a la Religión y a todo lo religioso, anidada en las Logias masónicas, estimulada por el Partido Liberal y sus secuaces, avivada por los fanáticos de la acracia y del anarquismo, recalentada por las enseñanzas de la llamada Escuela Moderna y exacerbada, si ello fuera posible, por el verbo demagógico de Lerroux, el hombre que se hallaba siempre en su sitio a la hora de las palabras y que con frecuencia aparecía más o menos distante en el momento de la ejecución de los hechos. Tanto hablar además de lucha social y de reivindicaciones obreras, los asilos, las casas de beneficencia, los conventos y los edificios religiosos son en aquellas horas trágicas la presa codiciada de incendiarios y saqueadores y el objeto principal de sus depredaciones y expolios. Y las sepulturas profanadas y violadas son las de unas pobres monjitas, cuyos restos mortales convierten los más desalmados en triste espectáculo de degradación y ludibrio. Había en todo ello una forma de deicidio del que las turbas, más o menos fanatizadas, parecían como inmediatamente responsables. Mucho más y realmente lo eran aquellos hombres que si no aparecían con la tea incendiaria en la mano —Torras y Bages lo explicó claramente— habían sin embargo provocado el incendio.

En lo material y por vía sintética puede estimarse suficiente para el conocimiento de los hechos la descripción que hace de éstos Jesús Pabón. Así la verifica:

«Resumamos. Las fechas en primer lugar: inicióse la huelga el día 16, la sedición duró, en todo su rigor, hasta el día 30, en que se inició un descenso tan rápido que pudo darse por concluida al día siguiente, sábado 31. La extensión, muy irregular, después; iniciada y sostenida en Barcelona, la huelga se corrió a Sabadell, Tarrasa, Reus, Villanueva y Geltrú, Badalona... Dueños los revolucionarios de la situación, proclamaron la República en Granollers, Mataró, Manresa, Vilasar, San Feliu de Guixols. Sucesos habituales en un movimiento anárquico: barricadas en las calles; tiroteos desde los balcones; armerías asaltadas, puentes volados, líneas férreas levantadas, poblaciones sin telégrafo, teléfono, ni luz. Y en el desorden y las tinieblas un único objetivo claro: los edificios religiosos —iglesias, conventos, centros benéficos y de enseñanza— que ardieron total o parcialmente, en número superior a sesenta, y en cuyo saqueo o incendio no faltaron los disparos contra los frailes en huida —San Felipe Neri—, ni las profanaciones de cadáveres de monjas —Jerónimas y Dominicanas» (Jesús Pabón. CAMBÓ, vol. I, pág. 330).

Aquellos hechos, aparte otras condenas, tuvieron el epílogo de la condena y ajusticiamiento de Francisco Ferrer

y Guardia en Montjuic, tras el correspondiente juicio sumarísimo. La tempestad que se levantó a escala internacional, dirigida y orquestada por las Logias masónicas a bombo y platillo, fue una de las más duras, sino la más dura, de las que jamás se hubiesen levantado contra España. Maura, hostigado por todas partes, caía fulminado al negarle la confianza Alfonso XIII y allí moriría políticamente. Moret, Jefe del Partido Liberal y masón de primera línea, había sido el cómplice e instrumento de aquel dictado masónico, en una maniobra que el realismo plástico y el buen sentido de Josep Pla describe de esta manera:

«Quan Maura obrí les Corts el 18 d'octubre en mig d'una polèmica encesa sobre la setmana tràgica, amb una campanya contra Espanya terrible a tot el món portada per la maçoneria llatina —sensiblement diferent de l'anglosaxona— els diputats catalans prengueren una posició expectant. Presenciaren en Aquests estat l'acte de bandolerisme parlamentari més fabulós que recorden els anys del Congrés espanyol: el veure l'oposició de S.M., els lliberals, donar la batalla al govern amb una acritud, una mala fe i un oblit tan gran d'allò que els lliberals tiraven sempre a la cara dels catalanistes —vull dir amb una manca tan gran de patriotisme— que Maura quedà amb la boca oberta i literalment astorat» (Josep Pla. *CAMBÓ*, vol. II, págs. 283 i 284, Llibreria Catalònia MCMXXIX).

La culpabilidad objetiva de Francisco Ferrer y Guardia —de las intenciones solamente juzga Dios y aun para los que no las tuviesen buenas imploramos su infinita misericordia— parece indudable, y sin duda la conocían mejor que nadie la mayor parte de aquéllos que pregonaban a boca llena su inocencia. La izquierda ha tenido siempre, y sigue teniendo, una insolencia y un descaro inauditos en las horas de hacer el mal y es maestra en presentarse como una pobre víctima en los momentos de rendir cuentas. Los mártires, los hombres de bien, suelen aceptar sus responsabilidades más claramente, no ya sólo en el instante postrero de comparecer ante el pelotón de ejecución o la patrulla de asesinos, sino al tiempo de personarse en las Salas de Justicia o los Tribunales Populares. Y siempre pueden acabar diciendo aquello que tan valientemente dijera san Justino: «Como no tenemos las esperanzas puestas en las cosas de este mundo, despreciamos a nuestros matadores y más siendo la vida una cosa que también se debe acabar». O aquello otro, más sublime aún, en que los días de la Cruzada Nacional decía un sacerdote en la zona roja a sus asesinos: «Así, de espaldas, ¡no!, hijos míos. ¡Hacedlo de cara!. ¿Por qué?, le replicaron. Y la víctima, otro Cristo por su sacerdocio y su martirio, les responde mansamente: porque así, de cara, mientras vosotros disparáis yo os podría bendecir y os podría perdonar». O repetir aquellas palabras sin igual que las

avanzadillas de un Tercio de Requetés habían grabado con letras de sangre en el blanco inmaculado de su Bandera: «Cristo, por Ti lo hacemos. Acuérdate en el Día del Juicio».

Unamuno, con desgarrada rotundidad, sintetizó así el episodio que ponía punto final a la «Semana Trágica»:

«Se fusiló, con perfecta justicia, al mamarracho de Ferrer, mezcla de loco, tonto y criminal cobarde, a aquel monomaniaco con delirio de grandezas y erostratismo, y se armó una campaña indecente de mentiras, embustes y calumnias. Todos los anarquistas y anarquizantes se juntaron; se les unieron los «snobs» y estuvieron unos meses repitiendo los eternos disparates respecto a la inquisitorial España, que es el país más libre del mundo. El judío fanático Maquet, el monstruoso Reny de Gourmont..., toda la golfería —sí, así como suena— toda la golfería intelectual. Y dále con la canción de que se fusiló al inocente Ferrer... Levanta el estómago» (Hernán Benítez. *EL DRAMA RELIGIOSO DE MIGUEL DE UNAMUNO Y CARTAS A JIMÉNEZ ILUNDAIN*, págs. 430 y 431, Buenos Aires, 1942).

Allí, en las pavesas de aquella Semana Trágica, acabó la vida política de Maura, con la que anteriormente no había podido acabar el puñal de un asesino. También la monarquía de Alfonso XIII quedaba allí definitivamente sentenciada, aunque el cumplimiento de la condena quedase aplazado hasta el 14 de abril de 1931. No vale olvidarlo. La Revolución elige siempre el camino que más le conviene y no perdona jamás.

LA PASTORAL DEL OBISPO DE VIC DR. TORRAS Y BAGES

Humeaban todavía, metafóricamente hablando, los edificios religiosos calcinados por el fuego, cuando el entonces obispo de Vic, de santa memoria, Josep Torras y Bages, publica la hermosísima pastoral de 18 de agosto siguiente a aquel mes de julio en que ocurrieran los hechos de la «Semana Trágica». Toma por lema aquella impetuosa afirmación paulina: «Fins ens gloriem en les persecucions». Su corazón de hombre íntegro y varonil, su conciencia de pastor del rebaño que tenía confiado, su hondo sentido de la paternidad espiritual, le ponen desde el primer momento en pie y le impulsan a dirigirse amorosa y recientemente a sus diocesanos. Aunque no vuelva a repetir las, parece que siguen resonando en su interior aquellas palabras que el mismo había escrito con motivo del atentado cometido contra el Emmo. Sr. Cardenal Casañas, Obispo de Barcelona, en la noche de Navidad de 1905 a la salida de la Catedral. Es oportuno recordarlas:

«L'atemptat sacríleg comés contra la vida del senyor Cardenal Bisbe de Barcelona —escribía en su pastoral de

27 de diciembre de 1905, dos días después de perpetrarse dicho atentado— comés pel fill d'una honesta família d'aquesta ciutat de Vic, urgeix la nostra consciència de Pastor i ens obliga a donar el crit per a despertar l'esperit cristià ensopit, a fi de que el Pastor únic i universal del llinatge humà, en el dia que li haurem de dar compte de la nostra administració pastoral, no pugui dir-nos. «Gos mut, ¿perquè no lladraves quan veies que el llop devorava les ovelles que t'havia confiat?» (Isaías II, 10).

La inicua violència de los hechos, algunos de ellos, como los de Manresa, ocurridos en territorio de su diócesis, golpea con fuerza, como hemos escrito, en su corazón de padre de la grey que tiene confiada, y le mueve a salir con presteza a la primera línea de combate. Parece que le acucia aquel soplo cálido, aquel vigoroso toque de clarín de aquella intrépida y ferviente santa Teresa, de la que mi mujer (q.s.g.h.) era tan devota:

«Todos los que militáis
debajo de esta bandera,
ya no durmáis, ya no durmáis,
que no hay paz sobre la tierra».

El santo Obispo de Vic ni duerme, ni siquiera dormita. Sus labios rezadores no paran de rezar. Su pluma, siempre luz en las tinieblas, va derecha al grano, en una versión de los hechos que muchos no han tenido en cuenta y que otros ni siquiera saben que haya existido. Desde el primer momento, como clave que lo explica todo, resume su pensamiento en una conclusión que pone de manifiesto el carácter de insurrección y guerra contra Dios de tales hechos. Sus palabras nos lo dirán con mayor claridad:

«Amadisimus: Els incendis i destrucció d'Eglésies i Convents, les sacrílegues profanacions de la Santíssima Eucaristia i totes les sagrades imatges, que acaba de presenciar la cristiana ciutat de Manresa del nostre bisbat, i la gran ciutat de Barcelona i altres poblacions, significa una insurrecció contra Déu i Aquests espectacle diabòlic, eco de la rebel·lió primitiva dels àngels i homes contra son Criador i Senyor, Nos mou a dirigir-vos la nostra paraula evangèlica...

Aquests espectacles repugnants i inhumans de cadàvers, executats en mig de ciutats populosos, com cercant la contemplació d'un públic nombrós i amb un cert aparell escènic, prescindint dels executors immediats inconscients i enlluernats sens dubte en sa major part, revela en els actors principal, en sos projectes i propòsits, l'etern pla de guerra contra Déu» (Il·lmo. Dr. TORRAS Y BAGES. OBRES COMPLETES, vol. III, Pastorals, part. 3^a, págs. 31 y 32).

A partir de aquí, Torras y Bages va llegando a una serie

de conclusiones, que por nuestra parte nos limitamos a numerar bajo un título significativo y que en cada caso trataremos de fundar en sus propias palabras.

1^a conclusió: VERDADERA PERSECUCIÓN RELIGIOSA

«I és indubtable que pel Nom adorable de Jesucrist solament han patit persecució. Perquè portan estampat el Nom de Jesús, la perversitat humana els avorreix. Els perseguidors han parlat amb sos fets amb una eloqüència meravellosa. No han al·legat com a raó cap dels conflictes de la lluita humana, ni podien al·legar-lo. L'odi a Déu i a les coses divines, la lluita contra Déu era solament lo que movia a la multitud fanatitzada al fanatisme anticristià. No era la falta de fe que la movia; era aquella fe que sant Jaume (Rom. VIII, 39) diu que tenen els dimonis, que creuen i estan furiosos.

No ha sigut aquella explosió d'odi una manifestació d'antagonisme del treball contra el capital, ni d'un sistema polític contra un altre, a que s'acusa de tenir la protecció de l'Església; la persecució ha tingut una gran sinceritat; no s'ha valgut de cap pretext; s'ha presentat a cara descoberta; d'una manera incontrovertible ha manifestat que lo que pretenia era esborrar el Nom de Déu de la societat humana, com els masons que governen la França l'esborren de tots els llibres de les escoles de nois i noies d'aquella nació.

L'actual persecució no ha tingut, doncs, motius humans. Són raons més fondes que l'han determinada, son raons teològiques, com deia ja en el seu temps el doctor màxim de la revolució, Proudhon. I en aquests temps en que els mestres de l'ateisme es mofen de la teologia, es bo que la revolució, per ells produïda, amb sos fets els desmenteixi, encenent, enrunant i robant esglésies i convents i perseguint les persones consagrades a Déu, no per cap motiu humà, no en nom del socialisme, ni de la llibertat política, sinó per esborrar el nom de Jesús de la societat humana» (Obra y volumen, antes citados, págs. 35 y 36).

2^a conclusió: EL BIEN Y EL MAL SON IRRECONCILIABLES

«En l'evangeli de sant Joan (XV, 19) ja s'explica d'una manera naturalíssima el perquè els qui són de Déu seran avorrits pel món pervers, si fossin del món, el món ja els estimaria, ara no pot estimar-los perquè no són d'ell. La pietat i la impietat, la humilitat i la supèrbia, la luxúria i la castedat, la enveja i la caritat són irreconciliables; entre ells ha d'haver-hi una guerra perpètua; per això Jesús,

Príncep de la Pau, deia que havia vingut a portar l'espasa (Mtth. X, 34). L'espasa del Verb Diví és de dos talls i penetra fins a les entranyes de l'ànima de l'home, i divideix el bé del mal. El primer fi del Verb de Déu és la divisió de la llum i les tenebres, evitar la confusió del bé i del mal; i la impietat moderna te per fi primari, clarament manifestat en sis principis, en sa filosofia i en sa legislació, esborrar la diferència entre el bé i el mal; i el mal persegueix al bé amb la intenció de fer-lo desaparèixer.

És la concupiscència que persegueix a la gràcia. La profecia hebraica amb son simbolisme ja ens ho ensenya. Dins del ventre de Rebeca lluitaven dos bessons, Esaú i Jacob, símbol l'un de la concupiscència humana i l'altre de la gràcia divina (Genes. XXV, 22). Dins de la nostra pàtria, la nostra mare comuna, veiem també aquesta lluita i aquelles fileres de monges tretes de ses cases per l'incendi i injuriades per la torba, són la gràcia perseguida per la concupiscència. La nostra persecució actual, la persecució d'origen masònic, és un episodi de la lluita eterna; i els perseguits són també màrtirs, testimonis de la diferència entre el bé i el mal, perquè el bé és la irradiació de Déu, el calor i l'amor del qual és la vida cristiana.

per això el nostre Santíssim Pare Pius X, en sa encíclica sobre sant Anselm, es fixa tant en la necessitat de l'afirmació categòrica. La professió dels principis és necessària. Sense principis no hi ha res possible, perquè principi és el començament, i les coses vives no existeixen sense un principi i basa, i el fonament de la vida social, el ritme de les relacions humanes necessari per l'harmonia de la distinció entre el bé i el mal, entre la llum i l'ombra» (Obra y volumen referidos, pág. 39).

3ª conclusión: EL «SÍ» Y EL «AMÉN» A LA DOCTRINA DE JESÚS REPUGNA A MUCHOS HOM-BRES

«A molts homes avui la confessió de fe, el «sí» i el «amén» a la doctrina de Jesús, els sembla una tonteria, una impertinència mancada d'il·lustració, i per això, pels il·lustrats, el «sí» i el «no» al decantarse a totes direccions, la indistinció entre el error i la veritat, l'admetre igualment el bé que el mal, els sembla llibertat d'esperit, quan lo que significa és inutilitat de l'enteniment i turpidesa de cor, és una flaqueza en el funcionament de l'esperit que porta a la aniquilació, que destrueix la raó i acaba en el nihilisme. El savi que proclama el «sí» i el «no» és un no-res, perquè el «sí» i el «no» es destrueixen, i els incendiaris, saquejadors i profanadors de tombes, que han eixit en l'última persecució, són una generació nascuda de la conjunció del «sí» i del «no», i per això són nihilistes, no saben el que volen, no volen res; i sos ideal és la destrucció, i en l'ordre

pràctic i popular estan en perfect paralelisme amb la doctrina dels savis que proclamen com l'última etapa de la civilització la destrucció del llinatge humà» (Obra y volumen dichos, págs. 42 y 43).

4ª conclusión: LOS PERSEGUIDOS ELEVADOS A LA CATEGORÍA DE MÁRTIRES LO HAN SIDO POR SER DISCÍPULOS DE JESUCRISTO

«Els màrtirs són els herois de la dignitat humana... L'última persecució, tan miserable, ha produït una gran evidència i ha caracteritzat als perseguits posant-los en la categoria de màrtirs del Cristianisme, perquè els han perseguit per deixebles de Jesucrist. No han produït cap altra raó, ni ha perseguit a ningú més del món; ha respectat totes les opinions polítiques, econòmiques i socials; sols ha cremat el que portava el nom de Crist, els seus sagrats temples, profanant els sants sagraments i destroçant les imatges de Jesucrist, de sa Santíssima Mare i dels sants, i els convents on vivien els servidors de Déu i cuidaven, instruïen o alimentaven als fills dels pobres.

I vosaltres, sacerdots i religiosos, que haveu vessat la sang o haveu sigut perseguits i robats; a vosaltres, religioses injuriades, fins després de mortes, i llençades pels incendiaris de vostres cases, obligades a anar cercant un aixopluc i un tros de pa, a vosaltres Déu us ha fet aquella gràcia singular que cada dia demanem al Senyor en el sant sacrifici de la Missa i que els profans són incapaços de comprendre; entrar en el gremi dels sants apòstols i màrtirs qui patiren per Jesucrist» (Obra i volumen indicados, págs. 42 y 43).

5ª conclusión: LA SECTA NO QUIERE QUE EL PUEBLO SEA CRISTIANO

«Vosaltres, caríssims perseguits, haveu sigut els màrtirs de Jesucrist i del poble, l'odi de la secta és contra Déu i el poble. No volen que el poble sia cristià. A França la injustícia de la llei és la que pretén exterminar el Nom dolcíssim del Redemptor Jesús del cor del poble; a Espanya la destrucció i l'incendi han manifestat evidentment el mateix propòsit, i és que existeix unitat d'acció. Mes nosaltres, homes i dones que tenim la vida consagrada a Déu i al pròxim, havem de continuar la nostra obra, que no s'acabarà fins al darrer dia del món» (Obra i volumen referidos, pág. 46).

6ª conclusión: TODAS LAS GENERACIONES TIENEN NECESIDAD DE LA FE

«La persecució de l'últim juliol és un episodi de la lluita

eterna que glorifica al Redemptor Jesús i humilia la supèrbia humana. En aquelles escenes els homes del món, en general, queden o repugnats o ridículs; els homes de Déu, els homes i dones consagrats al servei de Déu i del pròxim, resignats, pacients i soportant la persecució i constants en son propòsit i vocació, quan es veuen reduïts a viure precàriament i injuriats, donen a Déu, als àngels i al món l'espectacle agradabilíssim de la força de la fe. I aquesta força de la fe continuarà i la constància en l'evangelització del poble es reproduirà, perquè totes les generacions tenen necessitat de la fe; i així com el sacrifici de la redempció que oferí Jesucrist en el Calvari, místicament cada dia es renova a la santa missa, les escoles, les esglésies, els establiments benèfics cristians s'alçaran altra vegada pel bé corporal i espiritual del poble, perquè tota la malícia humana no és capaç d'estrancar la gràcia divina, i el tornar bé per mal, el fer bé a aquells qui ens injurien i persegueixen, és el distintiu del cristià, i principi i fonament de la nostra llei.

Ara altra vegada, homes i dones perseguïts pel nom de Jesús, haveu d'ésser testimonis de la veritat de la nostra doctrina de salvació, de la invencible força de la fe cristiana. Haveu de burlar els vostres perseguïdors amb la serenitat i pau de la vostra vida; ells han de veure en vosaltres homes i dones diferents dels que produïen la terra, han de conèixer amb el vostre exemple la excel·lència de la gràcia cristiana, que baixa del cel i omple els buits de la naturalesa i supleix els seus efectes. Que coneguïn ells, amb el nostre exemple, que la religió cristiana és l'únic remei pel desterrament d'aquesta vall de llàgrimes i per arribar amb tota seguretat al port de la vida eterna per entre les tempestes i perills del mar d'aquest món» (Obra y volumen citados, págs. 48, 49 y 50).

7ª conclusión: EL AMOR A LOS PERSEGUIDOS

«Estem segurs que l'obra de l'amor de Déu, que començareu a l'ésser perseguïts pel nom de Jesucrist, la continuareu pregant pels vostres perseguïdors. Aquesta és la marca dels perseguïts pel nom de Jesús. Els altres perseguïts maleïxen els seus perseguïdors, els perseguïts pels enemics de Déu prenguen i fan bé als seus perseguïdors. Jesús en la Creu diu al Pare celestial: «perdoneu-los Senyor, que no saben el que es fan» (Luc. XXIII, 34) Sant Esteve, morint a cops de pedres, amb gran unció exclamava: Senyor, no els poseu en compte Aquests pecat» (Ac., VII, 59). I aquesta unció i aquesta serenitat i Aquests esperit d'amor els haveu trobat en les nostres caríssimes filles, les monges perseguïdes de Manresa, i en altres religiosos qui sofriren en l'última persecució. Continueu l'obra del amor invencible. La passió de Jesús aprofità als amics i als enemics. Vosaltres, deixebles seus predilectes, que haveu merescut aquella distinció d'ésser

perseguits pel seu sant Nom, continueu pregant i fent bé als vostres perseguïdors» (Obra y volumen referidos, pág. 44).

De los párrafos transcritos, que hemos creído preferible reproducir literalmente a dar una versión extractada y menos auténtica, se desprende que la pastoral del doctor Torras y Bages sobre los hechos de la «Semana Trágica» de julio de 1909, prescinde de la anécdota y va directamente a la categoría. La lucha entre el bien y el mal, la verdad y el error, que de algún modo centra el contenido de su pastoral es de ayer, de hoy y de siempre. Empieza con la rebelión angélica, continúa con la desobediencia de la primera pareja humana, prosigue en el curso de la historia y no concluirá hasta el fin de los tiempos. Esta manera de contemplar los hechos, que se halla permanentemente presente en las enseñanzas del santo obispo de Vic, entraña y trae consigo una grave y permanente cuestión: Si el «sí» y el «amén» a la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo constituyen la esencia del ser cristiano, a prueba de todas las pruebas, incluso la del martirio, o bien si caben acomodaciones, si pueden hacerse arreglos y establecerse consensos, con el fin de llegar a un «sí» y un «amén» condicionados, dichos en voz baja y en tono menor, como un punto medio entre Nuestro Señor Jesucristo y el mundo, entre el Evangelio y las leyes humanas, entre la oración y la blasfemia, entre la pureza del espíritu y la concupiscencia de la carne. No lo decimos desde el ángulo de un angelismo pretencioso, ingenuo e irreal, pues todo hombre cuando mira hacia sus adentros tiene que empezar diciendo yo pecador. Sino de los principios, de aquellos primeros principios de los que hablaba también el doctor Torras y Bages en su pastoral y que consideraba imprescindibles para el conocimiento de la verdad y para establecer con solidez la sociedad humana.

Torras y Bages lo veía muy claro y lo expresaba además con absoluta transparencia para que todo el mundo pudiera entenderle. Hoy con frecuencia no se considera así y suele partirse de hipótesis híbridas que se acercan a una especie de contubernio entre la verdad y el error, el bien y el mal, el Evangelio y las leyes humanas, entre Nuestro Señor Jesucristo y el mundo. La progresiva y acentuada decadencia de nuestro Catolicismo, sobre todo en nuestra tierra de Cataluña, parece dar la razón al santo obispo de Vic. Sería bueno que recapacitando seriamente y en todos los niveles, se la diésemos nosotros también. En otro caso, no tendría sentido —y podría parecer una arbitraria manipulación— el pedir la elevación a los altares del venerable obispo de Vic si habían de quedar relegados al desván de los trastos viejos sus constantes desvelos y magisterio en favor de una Cataluña cristiana y acorde con su tradición y con su historia, y no de una Cataluña antiespañola, jacobina y prendida en las redes del liberalismo.

LA ACCION DE TORRAS I BAGES, INCULTURACIÓN DE LA FE CATÓLICA EN CATALUÑA

*Este artículo contiene las palabras pronunciadas por nuestro redactor FRANCISCO CANALS I VIDAL en el acto de presentación del libro del Dr. D. Oriol Colomer i Carles titulado **El Pensament de Josep Torras i Bages** (Ed. Claret, Barcelona. Prólogo de Monseñor Guix, obispo de Vic). Dicha presentación tuvo lugar el 13 de mayo de 1992 en el Salón de Actos de la Balmesiana, organizado conjuntamente por esta institución y por la Sociedad Internacional Tomás de Aquino.*

En un estudio sobre las ideas políticas de Valentí Almirall —que con su obra *Lo catalanisme* iniciaba la actuación política del catalanismo—, Alexandre Plana distinguía dos corrientes opuestas en la interpretación de este movimiento: la que llama “centrífuga” (que mejor podría llamar “intrínsecista”) y la “centrípeta” (que con más propiedad podemos llamar “extrínsecista”). La primera posición busca explicar la génesis y la orientación del catalanismo en un esfuerzo de concentración en las vivencias e ideales tradicionalmente arraigados en Cataluña; el origen del catalanismo sería interno al propio ser de la Cataluña histórica. La segunda propugnaría el reconocimiento de que el catalanismo procede de un impacto extrínseco y, concretamente, proveniente de los ideales y de las realidades políticas que se originaron con la revolución francesa. Seguidor de Almirall, Alexandre Plana adopta esta tesis extrínsecista: el catalanismo procede del espíritu revolucionario francés.

La posición intrínsecista está expresada en algunos pasajes de la obra de Prat de la Riba *La nacionalidad catalana*. En esta obra su autor afirma como origen lejano pero esencial del despertar de Cataluña en la Renaixença la entrada de la “gent pagesa” en la vida política, que se produjo en las Cortes de 1702, poco antes del alzamiento catalán contra Felipe V que iniciaría la guerra que había de terminar en Barcelona el 11 de septiembre de 1714. Pero el historiador Rovira i Virgili, en su *Història dels moviments nacionalistes*, advierte que esta interpretación histórica se contradice con la tesis del propio Prat según la cual los pueblos despiertan con movimientos iniciados en elites culturales a partir de las cuales se produce un movimiento de círculos

concéntricos que llegan finalmente a la masa del pueblo y a la multitud de los ciudadanos. De hecho, nota este historiador en otro lugar, hacia el año 1900 apenas había catalanismo en Cataluña fuera de la ciudad de Barcelona.

Rovira i Virgili asume, pues, la tesis de Plana, el nacimiento del catalanismo por influencia de ideales revolucionarios franceses, pero con una importante corrección: el influjo revolucionario no pudo ser directo, en razón de los planteamientos *centralistas* del jacobinismo, a partir de las Cortes de Cádiz. El espíritu revolucionario —precisa Rovira i Virgili— sólo pudo penetrar en Cataluña por mediación de las actitudes culturales del romanticismo.

Muy resueltamente enfrentado a Prat de la Riba, Rovira i Virgili desde su opción valorativa resueltamente extrínsecista, niega que pueda establecerse una conexión entre las actitudes de la Cataluña rural de los primeros años del siglo XVIII y las de los catalanistas de su época, en el siglo XX. Los herederos de 1640 y de 1740, precisa Rovira i Virgili, son más bien los carlistas de la montaña catalana. La línea que arranca en las gentes y hechos aludidos por Prat de la Riba, culminados en la oposición a Felipe V, es la que conduce a la “Guerra Gran” contra la revolución francesa —tan popular en Cataluña—, se continúa inmediatamente con la guerra de la independencia contra la invasión napoleónica y en una continuidad de ideales y de actitudes va a parar hasta las guerras carlistas. Podemos añadir aún, en el período inmediatamente anterior, la “guerra dels agraviats” de 1827, primer precedente de las guerras carlistas, e incluso, un poco antes, el alzamiento en favor de la regencia de Urgel durante el trienio liberal de 1820-23; ambos hechos de armas fueron exclusivos de Cataluña

y no se dieron en el resto de España.

Contemplada desde fuera, y con un esfuerzo de objetividad, esta polémica entre intrinsecismo y extrinsecismo podríamos verla políticamente reflejada en el enfrentamiento entre un catalanismo de “derechas” y uno de “izquierdas”, habiendo tenido ambos diferente despliegue y habiendo pasado por diferentes vicisitudes a lo largo de los últimos cien años de nuestra historia. Lo sintetizaba muy bien Pujols cuando decía que así como Rovira i Virgili, con su síntesis entre Almirall y Prat de la Riba, entre el izquierdismo laico del primero y la filosofía nacionalista del segundo, trataba de pescar federales, la “Lliga” con su doctrina de un nacionalismo historicista y su lenguaje y táctica política regionalista trataba de pescar —por cierto con mejor éxito que el correlativo intento izquierdista— los carlistas y los integristas, para el movimiento político catalanista.

Sin embargo, el común entronque nacionalista es equívoco, pues leyendo *La nacionalitat catalana* de Prat de la Riba, y tomando sin más matizaciones como un catalanismo de “derechas” o incluso “tradicionalista”, sorprende su afirmación de que una Cataluña nacional será solamente catalana, y por ello podrá ser católica o librepensadora, centralizada o descentralizada, socialista o liberal. Es sorprendente porque esta posición desplaza y deja sin efecto político las actitudes iniciales del catalanismo tradicional del “grup vigatà” de las *Bases de Manresa* y de la “Unió catalanista”. Todo ello nos muestra una complejidad e incluso una ambigüedad de la que es preciso que nos ocupemos con decisión y que hay que afrontar con sinceridad contemplando cara a cara el problema.

Desde el punto de vista cultural y, concretamente lingüístico, hay que tener presente que la cultura romántica en Cataluña, iniciada con la revista “El Europeo” durante el trienio liberal y reasumida durante la primera guerra carlista con “El Vapor”, y que es presentada por Rovira i Virgili como la que introduce en Cataluña la modernidad, es realizada por una generación que no sólo escribe en castellano sino que es la definitiva introductora de un lenguaje castellano en Cataluña desde los tiempos de Boscán. Ante tal evidencia Rovira i Virgili se ve obligado a afirmar que, aunque pervivía en Cataluña entonces una poesía popular en lengua catalana, tiene que reconocerse que por su nivel “vallfogonesco” no cuenta para el renacer de Cataluña, y en consecuencia, tiene que buscar su génesis en la cultura expresada en lengua castellana por los románticos catalanes.

Bajo otro aspecto, esta cultura vista como globalmente moderna por un hombre de tan caracterís-

tica tendencia ideológica, tiene en realidad, en muchos de sus representantes y dimensiones, el carácter de un romanticismo histórico con mucho entronque con pensamiento europeo en la línea de la *restauración*. No sólo se pueden rastrear en Cataluña vagas influencias escocesas en lo filosófico en Martí de Aixelà y Llorens Barba, sino también de filosofía tradicionalista, que precisamente entra en España por la generación romántica catalano-balear: Ferrer Subirana y José María de Quadradó por una parte, mientras el obispo Costa i Borràs introduce a su vez en Barcelona a Ventura de Ráulica. Como expresión de esta paradoja es notable atender el juicio del P. Ignacio Casanovas quien nota que muchos que en su juventud habían vestido el uniforme de la milicia nacional —o sea republicanos convencidos— se integran después en una corriente globalmente apologética y de pensamiento católico, diríamos, conservador.

Esta última dimensión que está inserta en el romanticismo hace posible que en la búsqueda de raíces intrínsecas al catalanismo —con un intento en cierto sentido análogo al que llevaba a Prat de la Riba a aludir a los hombres de las cortes catalanas de 1702— se haya podido señalar el entronque de este catalanismo con corrientes de arraigo secular en Cataluña a través de los movimientos culturales que hicieron posible el surgir en Cataluña de la cultura romántica, poniendo además de relieve su resultado “modernizador y europeizador”. Se pretende encontrar en esto un argumento de intrinsecismo frente a la iconoclasia del izquierdismo y del catalanismo de izquierda.

Dentro de esta línea puede situarse la interpretación del P. Ignacio Casanovas sobre las raíces históricas de la Cataluña contemporánea. El ilustre historiador se sitúa así en una posición intrinsecista, pero invirtiendo la valoración de los hechos acaecidos en el siglo XVIII. La acompasada uniformidad oficial, impuesta por el decreto de Nueva Planta y la fundación de la Universidad de Cervera —con la abolición de todas las demás—, ya no es juzgada como la que preside la decadencia de Cataluña sino, al contrario, el origen de su despertar. Escribe el P. Casanovas en su estudio sobre Finestres que “aquella Universidad misteriosa, fulgurante y huidiza como la estrella que guió a los Reyes hacia la cuna del Redentor, es la que nos ha de llevar a nosotros hasta la cuna de la nueva cultura catalana. El siglo de muerte para nosotros es el siglo XVII, el siglo XVIII es de verdadera resurrección y ha llevado tras de sí por la fuerza de las cosas todo lo que ahora tenemos”. Los precursores de la *Renaixensa* son Balmes, Roca i Cornet, Milà i Fontanals, Rubió i Ors, Martí d’Aixelà, Javier

de Llorens, Bofarull, etc. y proceden de Ramon Llàtzer de Dou, el último canciller de Cervera, Vega i Sentmenar y, a través de ellos, llega la gran figura de Josep Finestres. El sentido humanista y crítico, el espíritu jurídico, la mentalidad *antiguo-nova* típica de la escuela filosófica cervariense, la renovación científica concreta en las instituciones creadas por la Junta de Comercio de Barcelona, son los rasgos fundamentales de esta cultura catalana del siglo XVIII, cuya herencia se centra en Barcelona después de trasladarse aquí la única Universidad de Cataluña.

El P. Casanovas constata que los hombres de la última generación ceriverina, que amaban de corazón a Cataluña, sentían una gran reverencia por Felipe V y por Carlos III. El Dr. Dou proclama a Felipe de Anjou el *Solón* de Cataluña, por razón precisamente de su decreto de Nueva Planta. Como también advirtió Miguel de los Santos Oliver los espíritus selectos de la Cataluña de aquella época “escriben como verdaderos *botiflers* y la opinión ilustrada se muestra abiertamente filipista”. Nada más lejos del odio expresado setenta años después en los cenáculos literarios que lo que sentían o decían los abuelos intelectuales de los modernos *floralistas*.

Pero mientras el historicismo romántico de la generación de los juegos florales y de la *Renaixensa* valoró negativamente el siglo XVIII y glorificó a los hombres del alzamiento antiborbónico, lo que implicaba en definitiva una perspectiva medievalizante, la política de la *Mancomunitat* —fundada por Prat de la Riba— concretada en el *Institut d'Estudis Catalans*, el *Noucentisme*, el “seny ordenador”, el “Neoclasicisme” de *La ben plantada*, no sólo reaccionaba contra todo lo decimonónico, incluido lo floralista, lo pairalista, lo ruralista, y el teatro de Guimerá y la poesía de Verdaguer, sino que afirmaba decididamente que los hombres de 1714 habían presidido la decadencia de Cataluña y tendía a afirmar que hacía falta encontrar la Europa perdida desde los comienzos de la edad moderna y vivir, por primera vez, una cultura clásica y “urbana”. De aquí el ideal de la “Catalunya ciutat” que no se refería tanto a lo que llamaríamos glorificación material de la ciudad, sino necesidad de vivir por primera vez de un modo análogo a la urbe latina o a la polis griega, porque Cataluña había sido tierra de oscuridad y tenía que ser por primera vez tierra de ilustración y racionalidad civilizada. El *Noucentisme* se enfrentó al modernismo —culminación artística y literaria del romanticismo— y no aceptó ninguna raigambre genuinamente catalana en sus aspiraciones europeístas. A diferencia de la admiración por Balmes del P. Casanovas, el filósofo de Vic fue despreciado y, en general, se juzgó que en la

época moderna Cataluña no había creado nada de valor permanente. Tenemos, pues, aquí el más rotundo y desafiante extrinsecismo.

Más recientemente, este extrinsecismo ha sido asumido y radicalizado por un historiador que ha sintetizado, sin oposición, una mentalidad próxima a los intelectuales de izquierda con una admiración, no exenta de crítica y de ironía, por la burguesía catalana del siglo pasado. Se trata de la visión del catalanismo ofrecida por Jaume Vicens Vives, que ha tenido reciente influencia en un sector que podemos llamar “conservador-progresista”. Conviene recordar aquí sus palabras: “La Nueva Planta de Felipe V fue un desastre que al echar por la borda del pasado un anquilosado régimen de fueros y privilegios, obligó a los catalanes a mirar hacia el porvenir y los libró de las paralizadoras trabas de un mecanismo legislativo inactual”. A juicio de este historiador el catalanismo incorporaba Cataluña a Europa de una manera total e irrenunciable. Con este movimiento —escribe Vicens Vives— entraron en Cataluña el impresionismo, la música de Wagner, los dramas de Ibsen y la filosofía de Nietzsche. Junto a estas preferencias culturales se constata un deseo de “teléfonos” y “buenas carreteras”, en fin de tener para Barcelona el ambiente de París, de Londres y de Berlín. En definitiva, “el encuentro de Europa, después de cuatro siglos de ausencia, es el significado más relevante del movimiento catalanista después de Almirall, Mañé i Flaquer y Torras i Bages”.

Escrita la obra de Torras i Bages *La Tradició catalana* (1ª ed. Barcelona 1892, 2ª ed. Vic 1905) frente a la de Almirall, no nos hemos de extender en probar que su interpretación de la tradición catalana y sus opciones e ideales para el catalanismo están en posición antitética a la de cualquier extrinsecismo revolucionario. Recordemos su total descalificación de la revolución francesa consecvente con sus constantes condenaciones del espíritu masónico, del naturalismo y secularismo liberal, y del socialismo. El regionalismo —ideal de Torras i Bages— no sólo no nace de la revolución francesa sino que «la Revolución» es un gravísimo mal social precisamente posibilitado por la previa desaparición del regionalismo que es su antítesis más exacta:

La Revolució, doncs vingué a conseqüència de l'anihilació de la antiga societat regionalment organitzada, i, per tant, en virtut d'aquest pecat en que fou concebuda i que forma part de sa naturalesa, es necessàriament antiregionalista. No és una institució indígena, nascuda espontàniament en el sí de la humana

societat en aquestes o en aquelles circumstàncies històriques, en aquesta o en aquella regió; no és fruit d'una generació ni raça; no és l'encarnació d'una civilització determinada; és una pura i estèril negació, és un disolvent poderosíssim; no és el sentiment de l'amor que fecunda i engendra, és la torpíssima passió del odi que mata. La Revolució ni és francesa ni alemanya, ni espanyola; no és ni tan sols humana; no és planta o rebroll que neix en una terra convenient i creix fins a convertir-se en arbre frondós; no la parí la terra; com el llamp es formà en la tenebrosa regió dels núvols amb els fluids malignants que es despregueren de la fermentació de la carn i de la supèrbia humanes; vingué doncs de les altures, no nasqué del poble.

Para el gran obispo de Vic es un hecho evidente el tenaz aferrarse de Cataluña al espíritu de la Edad Media; a esto se debe el amor a la verdadera libertad, a la tradición y al modo de ser de la patria. Contradiciendo no sólo, y del modo más opuesto, a los novecentistas, sino también a quienes buscan en la cultura del siglo XVIII, cerveriense o ilustrada, el germen de la modernidad que caracteriza la Cataluña buscada por el catalanismo, Torras i Bages defiende una interpretación histórica audazmente «medievalizante»:

Els frares Predicadors queden tan identificats amb la corrent civilitzadora d'aquella època a Catalunya, que creiem es pot dir que així com l'historiador Gibbon assegura que l'Anglaterra fou obra dels monjos, com la bresca ho és de les abelles, igualment se pot assegurar que'ls frares foren qui donaren forma a l'esperit català. Expressió sintomàtica de lo que acabem de dir, és que potser la major part de les constitucions i altres drets de Catalunya es formaren en Corts reunides en els convents de Predicadors i Menorets, com una planta que per a nàixer cerca la terra que més li agrada.

El oriente y el ocaso de la cultura catalana en su gran época coinciden con el predominio de la visión del mundo expresada en la síntesis doctrinal del Doctor Angélico, pues el tomismo es el sistema intelectual característico de nuestra mentalidad.

L'orient i l'ocàs de la nostra nació en son ser propi i independent, coincideixen exactament amb l'orient i l'ocàs de la gran filosofia escolàstica; d'aquí que's pugui dir que fou una nació qui portà l'esperit d'aquella maravellosa filosofia, i per lo mateix havem afirmat que l'ordre de frares Predicadors, espècie de sacerdocí no sols de la església catòlica, sino també d'aquella escola filosòfica, fou la vera educadora de la nostra gent. No és, doncs, estrany que en aquella interessantíssima època de la civilització europea, que's desenrotllà als fecundats raigs de la síntesi científica que personifica Sant Tomàs d'Aquino, Catalunya tingués excepcional importància dins el quadro de la civilització general.

De aquí que Torras i Bages apreciase menos y considerase artificiales y extrínsecas a nuestro modo de ser las aportaciones culturales del humanismo renacentista:

Per això, en l'època del reneixement els dos pensadors nostres més il·lustres, Sant Vicens i Fra Francesc Eiximenis, són vehements sostenidors de l'antic ordre de coses, de més humils apariències, però de major solidaritat i bondat que la nova manera d'ésser social, que baix formes brillants i grandioses havia d'ofegar la llibertat pública, l'espontaneïtat del pensament, i substituir a la jerarquia social, fundada en la naturalesa i produïda per la terra, una altra provinent de la llei humana.

La frase escrita en la abadía de Montserrat, «Catalunya serà cristiana o no serà», resume con fidelidad el pensamiento de Torras i Bages. Así lo dice, con otros términos, al final de su obra *La Tradició Catalana: el catalanisme, si vol reixir, mai deu separarse del catolicisme*. Si el catalanismo no es católico no llevará sino a la construcción de una Cataluña de papel, es decir, a una fantasmagoría sólo real para intelectuales desconocedores de las cosas y de los pueblos. Parece evidente que la filosofía nacionalista de inspiración alemana que ve en el espíritu nacional algo absoluto, puso a Prat de la Riba en frente de Torras i Bages, en este punto decisivo.

Se discute también hoy la madurez nacionalista de Torras i Bages, pero es una discusión estéril e incluso sin sentido, no sólo porque Torras i Bages no era na-

cionalista sino sobre todo porque sus tareas en el catalanismo tenían una intención explícita de lo que podríamos hoy llamar inculturación de la fe católica. Y si Torras i Bages no fue ciertamente —a diferencia de la inmensa mayoría del clero catalán de su época— ni carlista ni integrista, fue, muy explícita e inconfundiblemente, uno de los grandes hombres de Iglesia genuinamente *ultramontano*, en la línea de los grandes apologistas y servidores de la autoridad pontificia. Un fidelísimo, insistente y enfervorizado predicador de las orientaciones enviadas al pueblo cristiano, e incluso a toda la humanidad, desde la Cátedra de Pedro.

Tal es la perspectiva de Torras i Bages que no puede, en modo alguno, coincidir con quienes a fuerza de nacionalismo tienden a convertirse, aprovechando tantas

veces estructuras eclesiales, en «cristianos para el nacionalismo». Por contraste con esta desviación, puede decirse de Torras i Bages que fue «catalanista para la Iglesia católica», «catalanista para la vida cristiana», poniendo lo humano, lo natural y lo histórico, al servicio de lo divino, sobrenatural y escatológico.

Desde esta preocupación fundamental, la tarea del obispo de Vic no puede tampoco asemejarse a la del sacerdote Carles Cardó, pues las tareas de éste —como las de Angel Herrera en España, o las de Dom Sturzo en Italia— se dirigieron bastante inmediatamente a la creación de un partido democristiano nacionalista. Torras i Bages nunca fue un líder político ni se le puede atribuir la fundación o inspiración de partido alguno. Su vida estuvo totalmente caracterizada por ser la de un hombre de Iglesia en su tiempo y en su pueblo.

Todos los errores y herejías, después de haber tenido su período ascendente, han tenido también el descendente; cuando no han podido alucinar la razón católica con la mentira torpemente manifiesta han tomado un disfraz católico; mas esto, que es un involuntario apologismo, suele señalar la aproximación del imperio manifiesto de la verdad religiosa. Al arrianismo siguió el semiarrianismo, al pelagianismo el semipelagianismo, al liberalismo el semiliberalismo, o sea el catolicismo liberal, que consiste no en que la Religión rija, gobierne y acomode a sus preceptos e inmutables principios a la humanidad, sino en que ésta sea la árbitra de la Religión, la que la acomode a las circunstancias, a las necesidades, a las nuevas formas que vayan tomando la sociedad arrastrada en su curso por múltiples concupiscencias, cercenando de la Religión lo que parezca inconciliable con el estado presente y sujeto lo que bajó del cielo, lo que de Dios dimana, a un criterio puramente humano.

(Torras i Bages: Influència de la Devoció al St. Cor en els temps moderns)

LOS CONGRESOS EUCARÍSTICOS INTERNACIONALES. HISTORIA Y SIGNIFICADO

J.M. ALSINA ROCA

El próximo mes de junio durante los días 7 al 13 se celebrará en Sevilla el XLV Congreso Eucarístico Internacional bajo el lema «Christus, lumen gentium». Juan Pablo II al elegir la ciudad de Sevilla quiso enmarcarlo en las celebraciones del V Centenario de la evangelización de América. En próximos números «Cristiandad» dedicará especial atención a estos tan significativos acontecimientos eclesiales.

El origen y difusión de los primeros congresos eucarísticos celebrados en diversas ciudades europeas, especialmente francesas y belgas, durante el pontificado de León XIII se debe sobre todo al tesón y fervor de diferentes obras eucarísticas, que ponían en la intensificación del culto eucarístico el medio necesario para la renovación de la vida de la Iglesia y la transformación cristiana de la sociedad.

Desde sus comienzos los Papas siguieron su desarrollo con gran interés, con palabras de aliento y apoyo. Durante el pontificado de San Pío X que en 1905 hizo celebrar el XVII C.E.I. en Roma, los congresos asumieron con gran entusiasmo el deber de hacer conocer y poner en práctica los decretos referentes a la comunión eucarística frecuente y diaria y a la comunión en edad temprana de los niños. Forman parte del programa del «papa eucarístico» de participación activa de los fieles en la misma, quien mostró la Liturgia como la fuente primaria e indispensable para la renovación de la vida cristiana, personal y social.

Juan XXIII dio un nuevo impulso a los congresos al proponerlos, en una carta al cardenal legado del XXXVII C.E.I. de Munich, como una «Statio orbis»: «Debe ser una función para el mundo entero, en que la multitud de fieles dirijan fervientes oraciones al cielo por la Iglesia militante y por las necesidades del mundo», uniéndolo a las mismas intenciones y necesidades por las que había convocado el Concilio: «es por la misma razón que Nos hemos decidido a convocar el Concilio Ecuménico. Rogad pues, en el congreso, todos unidos, a Dios el Señor a fin de que el materialismo que amenaza la vida moral de la humanidad desaparezca y sobre todo

es necesario rogar para que la religión de Cristo pueda extenderse, superando los obstáculos, por todo el mundo, y para que las leyes sociales y las costumbres sean conformes a las leyes cristianas, y los matrimonios se celebren y se vivan de una manera verdaderamente santa según las leyes religiosas».

Los C.E.I. después del Concilio Vaticano II celebrados en Bombay, Bogotá, Melbourne, Filadelfia, Lourdes, Nairobi y Seúl han sido encuentros de oración y estudio en los que se ha dado un significativo testimonio de unidad y de la universalidad de la Iglesia reunida en torno a Jesús eucaristía.

Lo mismo que en sus comienzos también hoy los papas ven en los congresos eucarísticos internacionales acontecimientos eclesiales que deberán interesar a todos, y comprometer a todos aquellos que forman parte del Pueblo de Dios. Son: «una ocasión —como ha afirmado Juan Pablo II— providencial para hacer crecer el sentido de la Eucaristía entre los sacerdotes, los religiosos y los fieles. Se trata de hacer comprender mejor el lugar central de la Eucaristía en la Iglesia».

En resumen los congresos a lo largo de su historia han sido expresiones del crecimiento de la Iglesia, descubriendo cada vez más profundamente las inestimables riquezas del inestimable Don que es la Eucaristía: la adoración cada vez más extendida como expresión viva de la fe en la presencia real del Señor Jesús solemnemente expuesto y celebrado como Rey en las espléndidas procesiones, la comunión frecuente y diaria, incluso de los niños; la participación cada vez más activa en el Sacrificio eucarístico, el testimonio de la vida y solidaridad con todos los hombres, especialmente con los más necesitados, en el Espíritu de Cristo que se da con su Cuerpo y su Sangre.

Para muchos de nosotros estos acontecimientos eclesiales no son algo extraño a nuestra propia experiencia, por el contrario, aún está vivo el recuerdo de la impresionante manifestación de fe eucarística que dio al mundo la ciudad de Barcelona en su congreso eucarístico realizado en 1952. Nos puede ayudar a reavivar esta fe este recuerdo y también las palabras

escritas por el obispo Torras y Bages con motivo del congreso eucarístico internacional de 1911: «Aquests congressos eucarístics internacionals són una nova demostració de que l'Eucaristia és el Sagrament de la Unitat. Juntan en un llaç d'amor diví a homes qui parlen diferents llengües, qui pertanyen a distintes parts del

món, qui tenen diferents costums i idees, i que són de diverses classes socials. Són la demostració de la veritat del simbolisme de pa sagrat, format i amassat de molts grans de blat diferents; així aquests congressos formen també de tants homes un pa diví, una mateixa massa unificada pel comú amor a Jesús sagramentat».

ACTE DE CONSAGRACIÓ AL SAGRAT COR DE JESÚS

(compuesta per Torras i Bages, bisbe de Vic)

Só vostre, oh bon Jesús, perquè sou mon Criador, perquè de tota l'eternitat m'haveu portat dins de vostra intel·ligència com una criatura és portada per la mare; só vostre perquè m'haveu rescatat del poder del dimoni i m'haveu comprat pel preu de vostra preciosíssima sang; só vostre com el fill és del pare, com el sarment és del cep, com el fruit és de l'arbre, puix fruits de la vostra Creu som tots els cristians: i encara que mil vegades m'he rebel·lat contra de Vós, el vostre Cor dolcíssim mai ha deixat d'estimar-me; haveu llençat per mi doloroses llàgrimes en els dies de ma prevaricació, i, mogut per vostre Cor amantíssim, no haveu parat fins a fer-me tornar a la gràcia. ¡Oh Cor que tant m'haveu estimat! ¡oh Cor a qui tantes vegades he entristit i omplert d'amargura! A Vós em consagro i protesto mil vegades de no donar-vos d'aquí endavant cap motiu d'afflicció; sinó que, al revés, recordant-me de les ocasions passades en què us he omplert d'amargura, proposo d'aquí endavant estimar-vos pels qui no us estimem, honrar-vos pels qui us desprecien, propagar la vostra glòria per a satisfer les amargures que al vostre Cor causen aquells qui estant obligats a propagar la vostra glòria, us miren amb la major indiferència. Proposo emprar tot el meu cor en estimar-vos i voldria tenir mil cors per estimar-vos més encara; vull que des d'ara la meua ànima sia un sagrari vostre tancat a tota vana passió humana, un lloc de repòs per Vós, una viva imatge del vostre Cor, de manera que, dedicant-se durant tota la vida a amar-vos, l'últim pensament que faci a l'hora de la mort sia un acte d'amor a Vós, oh Jesús dolcíssim, qui voleu glorificar la meua ànima per tota l'eternitat. Amén.